

la Jiribilla de papel



www.lajiribilla.co.cu

• publicación mensual •

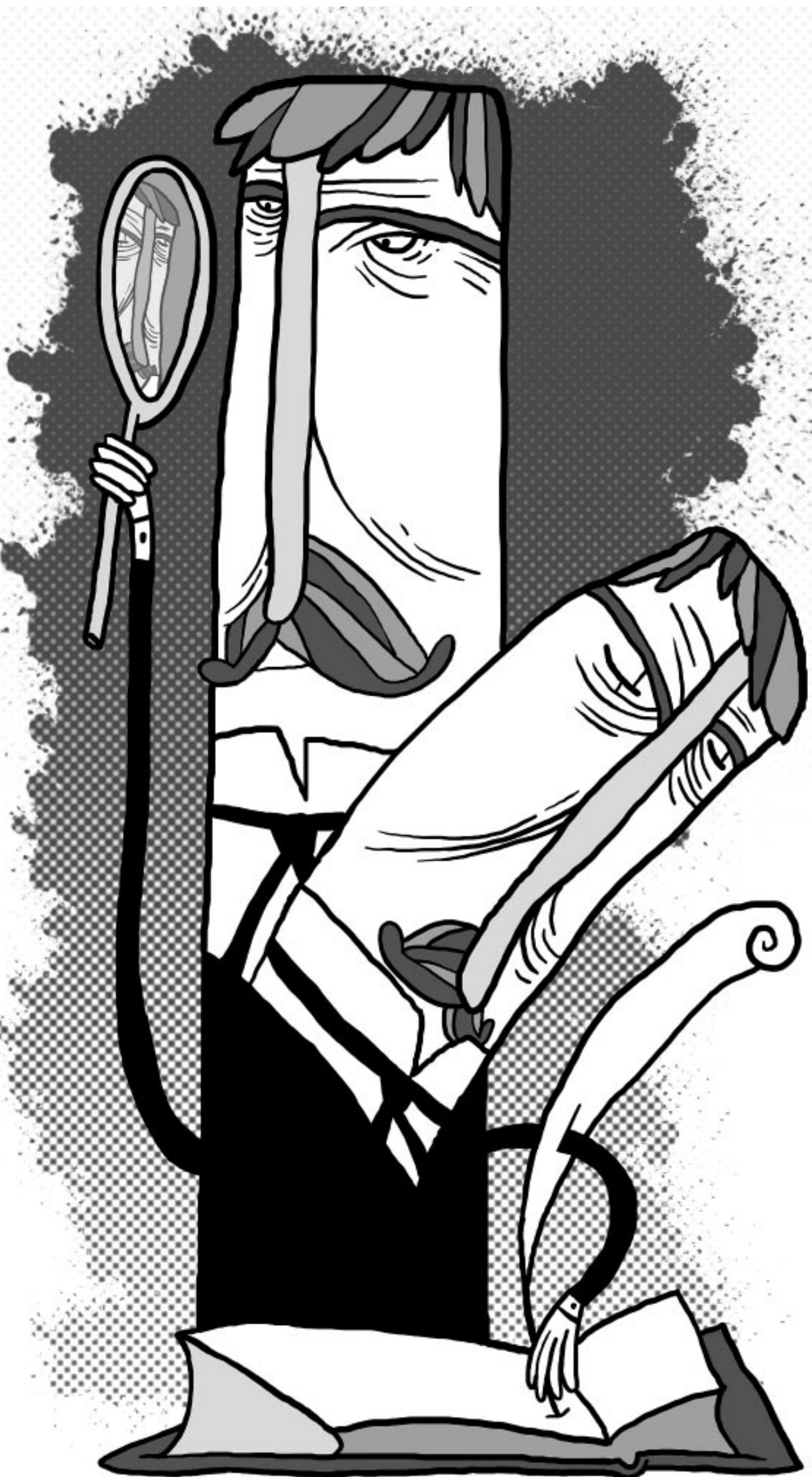
www.lajiribilla.cu

Dossier:
Espejo de paciencia
**Cuatro siglos
de tradición literaria**

Encuentro con...
Pedro Álvarez Tabío
**«Un país no puede
perder su historia»**

Periodismo SIGLO XXI
Rafael de Águila

MARTA ROJAS
Leyenda viva
Nancy Morejón





Dossier

- 3 Cuatro siglos de tradición literaria
Espejo de paciencia: ingredientes p'al ajiaco
DENIA GARCÍA RONDA
- 6 Sorpresas en el *Espejo...*
CINTIO VITIER
- 10 Novedades poéticas en los 60 del siglo XVIII
AMAURI GUTIÉRREZ
- 12 El Puerto Príncipe de Don Silvestre
ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ
- 14 Periodismo siglo XXI: del *Acta diurna urbis* a Internet
RAFAEL DE ÁGUILA

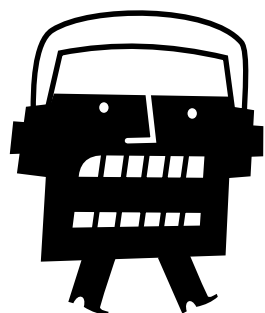
Secciones

- Encuentro con...**
- 16 Pedro Álvarez Tabío
«Un país no puede perder su historia»
YINETT POLANCO
- Poesía**
- 19 *Espejo de paciencia*
SILVESTRE DE BALBOA Y TROYA DE QUESADA
- Memorias**
- 20 La partida de Varela y la llegada de Martí
ELIADES ACOSTA MATOS
- La crónica**
- 21 Lorca envía y recibe
AMADO DEL PINO
- La mirada**
- 22 El paradigma mutilado
ANDRÉS D. ABREU
- 23 Parábola de los abrazos
CARIDAD BLANCO DE LA CRUZ
- En prosenio**
- 24 Tubo de ensayo, espacio de la posibilidad y lo visible
WILLIAM RUÍZ
- La Butaca**
- 25 Cine pobre: el destino de los perseverantes
SERGIO BENVENUTO
- 26 Marta Rojas. Leyenda viva
NANCY MOREJÓN
- 27 Cosas de Marta
PEDRO DE LA HOZ
- Aprende**
- 28 A guitarra limpia. El jardín de las delicias de la trova
BLADIMIR ZAMORA CÉSPEDES
- La otra cuerda**
- 29 Silvio, el futuro está asegurado
GUILLE VILAR
- Narrativa**
- 30 Salvador Golomón
ALEXIS DÍAZ-PIMENTA

«Al comenzar nuestra literatura un libro se brinda con un título de una fascinación mágica y severa. Es un título que hay que ir a buscarle par en la sabiduría china [...] o en la gran secularidad que unía la fuerza medioeval con la elegancia del flamígero o del curvo [...] Comenzar una literatura con un título de tan milenarío refinamiento como *Espejo de paciencia*, título que menos que un esqueleto regala una nadería, nos sobresalta y acampa, nos maravilla y aguarda.»

JOSÉ LEZAMA LIMA

«Introducción a un sistema poético». En: *Tratados en La Habana*, La Habana, Imprenta Úcar, García, S.A, 1958, p. 24



Jefe de Redacción:
Nirma Acosta

Edición:
Roberto Méndez

Redacción:
Johanna Puyol
Yinett Polanco
Farah Gómez
Kaloian Santos

Corrección:
Odalys Borrell
Margarita Pérez

Diseño:
Víctor Junco
Gustavo Gavilondo

Webmaster:
René Hernández

Realización:
Isel Barroso

Análisis de información:
Yunieski Betancourt
Martha Ivís Sánchez

Correspondencia:
Madelin García

Consejo de Redacción:

Julio C. Guanche, Rogelio Riverón, Bladimir Zamora, Jorge Ángel Pérez, Omar Valiño, Joel del Río, Teresa Melo, Zaida Capote, Daniel García, Alexis Díaz-Pimenta, Ernesto Pérez Castillo, David Mitrani, Reynaldo García Blanco.

Calle 5ª #302 esq. D,
Vedado, Plaza de la Revolución,
CP 10400, Cuba.

Impreso en los Talleres del
Combinado Poligráfico Granma

☎ 836 97 80 al 82
✉ lajiribilla@enet.cu
www.lajiribilla.co.cu
www.lajiribilla.cu
Precio: \$1.00





Cuatro siglos de tradición literaria

Cuba festeja en este año cuatro siglos de fecunda tradición literaria. Como punto de arranque, los estudiosos han escogido el año 1608, cuando se redacta en Puerto Príncipe el primer texto conservado: el poema épico *Espejo de paciencia*. De este modo, el escribano canario Silvestre de Balboa y los seis parientes o amigos que festejaron el suceso con sendos sonetos laudatorios, se convierten en el primer círculo letrado insular. A partir del hallazgo de la obra por el erudito José Antonio Echeverría y su divulgación desde las páginas de la revista *El Plantel*, en 1838, las letras cubanas ganan un punto de arranque y una demarcación temporal visible.

Sin embargo, la pieza no ha estado libre de cuestionamientos, si su autenticidad ha sido suscrita por figuras tan respetables como Néstor Ponce de León, José María Chacón y Calvo, Felipe Pichardo Moya, Cintio Vitier y Enrique Saínz, no han faltado otros que teman su condición apócrifa, desde 1914, cuando Carolina Poncet, en su tesis *El romance en Cuba*, señaló la posible condición de apócrifos, no solo del poema en cuestión, sino de la *Historia de la Isla y Catedral de Cuba* del Obispo Morell de Santa Cruz, donde el texto fue insertado.

Un punto de vista semejante ha sido suscrito en años recientes por Leonardo Padura, a partir de su conocimiento de la psicología pragmática del círculo de

Domingo del Monte. El animador de las paradigmáticas tertulias y sus amigos estaban empeñados en fundar una literatura nacional, lo mismo que elaboraban una idea patricia y utópica de la patria cubana. En la medida en que pudieran escribir una historia de nuestra cultura al margen de la historiografía oficial española, estaban otorgando antigüedad y título de nobleza a la Isla. A diferencia de otras naciones americana como México y Perú, no poseían una gran civilización aborigen en la que apoyarse para sus empeños nacionalistas. Del siglo XV al XVII había una gran laguna en la cultura insular. Si no había modo de encontrar por las buenas productos de la sensibilidad local que apoyaran sus teorías, era preciso inventarlos, y la erudición, el ingenio y cierto espíritu bromista les ayudaron —quizá— a elaborar un apócrifo literario, con muy buena fortuna.

¿Fueron así las cosas? No hay muchos estudiosos que suscriban esta novelesca hipótesis, que convertiría al *Espejo...* en una superchería interesante, al modo de la *Crónica de Hernando de la Parra*, redactada por el erudito Joaquín José García, para llenar la laguna de los primeros años de la historia habanera. Sin embargo, pesa sobre muchos la sospecha de que, aunque la mayor parte del texto sea auténtico, Echeverría y sus amigos hicieron en él posibles interpolaciones, como las estrofas dedicadas a elogiar a Salvador, el «etíope»

matador del corsario, muy útiles para fundar una tradición abolicionista de cuya propaganda se ocupaban por esos años, bajo la tutela de agentes británicos.

Pero los misterios del *Espejo...* no tienen fin. Para despejar las sombras que sobre él arrojara la doctora Poncet, el poeta y arqueólogo camagüeyano Felipe Pichardo Moya le dedicó al poema un *Estudio crítico* que vio la luz en 1942. En él, además de la relación de peripecias del texto desde su «descubrimiento», añade una pretendida confirmación genealógica de la existencia de sus autores, derivada de los archivos de una dama principesa, Doña Cupertina de Varona, viuda de Meso, aunque no citó textualmente los documentos en su estudio. Para colmo, cuando, décadas después, un historiador de la ciudad de Camagüey pidió a las hijas de Cupertina el acceso a tal archivo de genealogías, estas le contestaron que tal cosa no existía, que Pichardo había exagerado el alcance de los «papelitos de mamá». Por cierto, estos papeles corrieron el mismo destino misterioso de otras pruebas relacionadas con el poema y desaparecieron sin rastro tras la extinción de la familia Meso. A esas pérdidas, se suman otra, constatada por Cintio Vitier: la de las copias de Echeverría, que Julio Ponce de León depositara en el Archivo Nacional y no han dejado rastro allí.

El historiador Manuel Moreno Friginals, acostumbraba a repetir que ese texto no era más que «un poema escrito por un contrabandista, sobre un Obispo contrabandista, liberado por otros contrabandistas», pero esa visión economicista dejaba fuera la poesía y las intrigas. El dossier que incluimos en este número nos conduce de la mano de Cintio Vitier por las detalladas peripecias del hallazgo del texto y por los más sutiles detalles que avalan el valor de esas octavas reales. El lector podrá disponer así de un texto capital sobre el tema, escrito por su autor en 1960 para acompañar la reedición de este monumento literario e incluido en 1988 en su volumen *Crítica cubana*.

Completan el conjunto un artículo de Roberto Méndez que se ocupa del contexto geográfico y social en que debió redactarse el poema, así como un análisis de Denia García Ronda y Ana Cairo, sobre las implicaciones sociológicas e históricas de la obra, y su condición de punto de partida para obras literarias posteriores como la novela *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier y la pieza teatral *Azogue*, de Gerardo Fullea León.

Aunque nuestra literatura, si fuera a fundarse sobre estrictos conceptos de valor, arrancarían con la figura de José María Heredia, tiene algo de apasionante que lo haga a partir de un enigma, de esos que animaron a Umberto Eco a escribir *El péndulo de Foucault*.

Aunque no creo que *Espejo de paciencia* (1608), el poema épico-heroico de Silvestre de Balboa, sea tan deleznable desde el punto de vista literario, como algunos creen, me parece que la «entrada» a él no debe ser por la puerta del análisis poético —en cuanto a su composición, recursos, etcétera— sino por la antropología, la sociología, y aun lo económico-político. Esto da por resultado, según mi criterio, el conocimiento y el disfrute de un documento de extraordinario valor, incluso para comprender la paulatina evolución de la personalidad nacional, e incluso de la conciencia identitaria.

Sin olvidar diferencias clasistas y de otra índole, el conglomerado social que se lanza, en 1868, a tratar de completar, con la independencia, el proceso nacional cubano, es ya un «pueblo nuevo», según la clasificación de Darcy Ribeiro; es ya un resultado «cubano» de la amalgama que se ha ido sintetizando a través de la experiencia colonial.

En tal resultado, ha tenido no poca importancia, además de la coexistencia e interacción de los distintos grupos etnoculturales, el espacio natural en que estas se han realizado: la posición geográfica, la insularidad, lo tropical, la exuberancia de la flora, la masedumbre de la fauna. Como ha dicho José Juan Arrom, en su conceptualización del criollo americano, «el ambiente geográfico primario, como el social, ejercen un influjo decisivo en el modo de ser, de pensar, de hablar, de estos «hombres nuevos» del Nuevo Mundo»¹.

En el caso específico de Cuba, por la variedad y fuerza de sus raíces etnoculturales y por el «ambiente geográfico primario», el ser nacional ha resultado, según la feliz metáfora de Fernando Ortiz, un verdadero «ajiaco». Siguiendo esa metáfora, se puede pensar que en *Espejo de paciencia*, el modesto, pero no tan ingenuo poema de

Espejo de paciencia: ingredientes p'al ajiaco

Denia
García Ronda



Silvestre de Balboa, se encuentran, en primera ebullición, muchos de los ingredientes del ajiaco nacional cubano.

La crítica y la historiografía literaria, sobre todo las cubanas, se han encargado de señalar y valorar los elementos que pudiéramos llamar de protocubanía en el poema de Balboa, como la apasionada simpatía por la naturaleza insular, la legitimación de lo criollo, el apego a la circunstancia cercana, la síntesis de lo recibido de la tradición occidental y de los elementos autóctonos; a más de la narración de la actividad conjunta de españoles, criollos blancos y negros, aborígenes, y aun naturales de países europeos no españoles. No pretendo, por tanto, en esta apresurada exposición, insistir en lo ya conocido, ni aportar elementos nuevos a la investigación, sino escoger algunos de los aspectos protoplasmáticos presentes en el poema, para compartir algunas reflexiones sobre ellos.

Nada más justo que empezar por el autor, y por decir que doy por legítima su autoría del poema, aunque el fantasma de la posibilidad de un apócrifo —fantasma divertido, qué duda cabe— agite de vez en cuando su sábana y sus cadenas, y que últimamente, incluso, se le quiera quitar su primogenitura en cuanto a obras documentadas de la literatura de la Isla.

El canario Silvestre de Balboa Troya y Quesada forma parte de una inmigración confirmativa de la continuada transculturación. Tiene razón Enrique Sainz cuando señala las diferencias entre los primeros colonizadores, de condición aventurera, y los que, sobre todo después de concluida la conquista de América, se asientan definitivamente en la Isla y contribuyen a la conformación del ser nacional². Entre ellos se cuentan, desde muy al principio de la colonización, y progresivamente hasta bien entrado el siglo XX, los canarios. No hay que olvidar su impronta —que dura hasta hoy mediante sus descendientes— en el perfil nacional cubano. La condición de poeta de Balboa le permite expresar no solo la identificación de intereses inmediatos entre los nacidos en Cuba y los inmigrantes asentados en ella, sino el influjo que el entorno natural pudo tener en su asimilación afectiva al nuevo espacio y nuevas circunstancias. Sin proponérselo, él mismo es un ejemplo de la capacidad integradora de la Isla. Es ya un «aplatanado», más cerca de lo cubano que de su lugar de origen.

Tampoco sospechó Balboa que inauguraría toda una línea —no solo poética— de identificación hombre cubano/naturaleza cubana, que recorre prácticamente todo nuestro discurso literario. Dentro de esa línea, la mitificación del entorno natural ocupa un lugar privilegiado.

Balboa no tenía conocimiento de las cosmogonías indígena y africana; la Isla misma carecía de una tradición histórico-cultural. No cabe esperar entonces que el autor pudiera captar y expresar determinados encuentros de mitos occidentales con los locales, prácticamente borrados en cuanto a lo indígena y todavía informes en cuanto a los aportados por los africanos. Sin embargo, opone, a partir de la inevitable tradición clásica, una visión mitológica nueva, transgresora del propio modelo en el que se apoya: visión sustentada «en el fiestón de la alharaca excesiva de la fruta», como diría Lezama³.

En caótica enumeración, portadas por ninfas, aparecen en *Espejo de paciencia* las frutas cubanas —guanábanas, gegiras, caimitos, mameyes, piñas, aguacates, plátanos, mamones— en una alabanza que, en el futuro, estaría muy unida a las manifestaciones literarias de la Isla, desde los dieciochescos Zequeira y Rubalcaba, transgresores como Balboa, esta vez de los cánones neoclásicos, hasta la barroca «Corona de frutas», de Lezama.

No solo las frutas aparecen en goloso despilfarro en el poema; también una fauna autóctona, sobre todo acuática, y flores o ramas de árboles cubanos. El regusto que se aprecia en el narrador al enumerar frutas, animales, flores y yerbas no se limita a lo que puedan denotar de manjares o de belleza; sino que sugiere una fruición por el juego fonético de sus nombres, casi siempre indígenas —como lejano antecedente de las descripciones de árboles en *Diario de campaña*, de José Martí—, en combinación con los clásicos de los personajes mitológicos.

Como ha explicado Cintio Vitier, «al introducir esos trozos agrestes de naturaleza indígena en su canto, Balboa no estaba copiando ni siguiendo una corriente favorecida por la época [...] Sus plantas no son ciertamente las de Virgilio y Plinio. Sintió la tierra y la puso, para honrarla, en las manos ilustres de las ninfas»⁴. No estaba copiando, sino inaugurando una tradición de mitificación de la Isla, que se proyectaría hasta nuestros días.

Fundador es igualmente el gesto de Balboa de tratar, no solo esos dones, sino los acontecimientos de la historia que transcurre en ese espacio natural.



La selección, como asunto, de un suceso de indudable significación para el conglomerado humano de la Cuba de principios del siglo XVII (el secuestro de un obispo por un pirata), por la contradictoria relación de sus vecinos con contrabandistas y piratas⁵, y por la importancia social y espiritual del secuestro, indica el interés por lo circundante, lo propio; y un afán por hacer trascender, mediante la literatura, un hecho local.

Esa voluntad testimoniante se une a un orgullo por lo propio; lo que se concreta en la aseveración del hablante de *Espejo de paciencia*: «Que nuestra Troya hoy es el Bayamo»; frase que inevitablemente hace recordar la que pronunciara José Martí en 1890: «Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra»⁶.

Uno de los mayores méritos de *Espejo de paciencia* en cuanto a lo que estamos tratando está en el censo de personajes representativos de la población de una villa colonial en la Cuba de principios del siglo XVII, y en el tratamiento de ellos, que presenta una cierta homología con la situación futura de los sectores representados tanto en la pirámide social, como en la integración del ser nacional.

Algunos críticos hablan de un «sentido democrático» en el poema; criterio sustentado en la «unidad», para el enfrentamiento al pirata, de hombres de distinta procedencia y condición social. Veamos el desfile de los hombres de Gregorio Ramos antes de la

batalla contra Gilberto Girón: dentro de los «24 valientes insulanos» no se cuentan y, por tanto, no se presentan con sus nombres, los «cuatro etíopes de color de endrina», a pesar de que es uno de ellos, el negro Salvador (no Golomón, que era el nombre de su padre), el que da muerte al pirata. Este detalle —además de servir de argumento a los que opinan que las dos estrofas laudatorias a Salvador, fueron añadidas por José Antonio Echeverría, descubridor del poema— demuestra, en el texto, la falta de personalidad jurídica de los cuatro negros y su posición subordinada dentro del cuadro poblacional presentado; lo que se ratifica en algunos otros fragmentos del poema. El motivo de elogio a Luis de Salas, por ejemplo, es precisamente, la actuación de sus esclavos en la batalla:

¡Oh, Luis de Salas, provisor honrado,
benévolo, cortés, sabio y prudente,
que hasta tus esclavos en la tierra
sirven a Dios y al Rey en paz y en guerra.

Se hace evidente en el poema —y no solo en el fragmento citado— que los esclavos fueron al combate llevados por sus amos, y no «democráticamente» convocados.

No obstante la discriminación que se evidencia hacia la raza negra —nada extraña en una obra que refleja una

sociedad que ya iba siendo esclavista—, el hecho de dedicar seis estrofas a las acciones de Salvador y el reconocimiento de su valor y audacia, es un punto a favor de Balboa. No hay que olvidar que en relación con el Rey sobre los sucesos que redundaron en la muerte de Gilberto Girón, el obispo Fray Juan de las Cabezas y Altamirano no menciona al esclavo. La ausencia de Salvador en esa relación, si bien despierta sospechas sobre la autenticidad del poema, no les resta significación a sus acciones dentro de la obra literaria, sino todo lo contrario.

Un caso distinto, pero igualmente relacionado con la realidad nacional futura, es la presencia de al menos dos indígenas en el desfile previo a la batalla: Juan Gómez y Rodrigo Marín, quienes, ya con nombres castellanos, son tratados con igual deferencia que el resto de los combatientes blancos.

Hacia 1604 —(fecha de ubicación de la historia presentada)—, la población indígena cubana había sido mermada en una proporción enorme, y los que sobrevivieron estaban siendo aculturados paulatinamente por la estructura colonial, no solo en el sentido jurídico, sino a través de la convivencia y el continuado mestizaje. En 1534, Manuel de Rojas, gobernador de la Isla, informaba al rey de «personas amancebadas y abarraganadas con sus propias naborías, y aun con sus esclavas y con hijas de españoles y mujeres de esta tierra, con tanta paz y sosiego como si estuvieran en ley de bendición».

Eliminadas las encomiendas en 1543, el proceso de asimilación debió hacerse más firme, hasta que los remanentes de la raza indígena fueron «desculturados de su indianidad», como ha expresado Darcy Ribeiro⁷, y fundidos —sin apenas dejar huellas— en la amalgama nacional.

A principios del siglo XVII tal proceso tenía casi cien años. Juan Gómez y Rodrigo Marín todavía son «indios», pero ya visten a la europea, ya desfilan en condición de igualdad con los principales hombres de la villa, e incluso tienen a otros indios, innominados, bajo sus órdenes («Juan Gómez con los indios que allí trujo»). ¿Son esos indios simples conocidos o tienen algún vínculo de dependencia económica con él? Ello no lo explica el texto; pero parece estar clara la diferente posición social de Gómez y Marín respecto a los otros indígenas guerreros, los que, por cierto, pusieron el único muerto de la escuadra de Gregorio Ramos.

Algunos otros misterios reviste el mencionado desfile: ¿no serán indios o mestizos ese Martín García, adornado con una pluma, o ese Juan Guerra, con «mil plumas de aves peregrinas»? ¿A qué se deben los dos puntos colocados después del verso «Y Rodrigo Marín, indio gallardo:» para añadir, sin otras explicaciones, «cuatro negros de color de endrina»? ¿Son acaso esclavos del indio? De todos modos, al igual que los indios de Juan Gómez, de ellos no se describen sus armas, sus vestidos u otro elemento que no sea su color.

Hay otros no menos importantes ingredientes del ajiaico cubano que lamentablemente no puedo desarrollar aquí, porque tendría que demorarme en aspectos históricos; pero que, por lo menos, apuntaré. Uno es la presencia en aguas de Manzanillo (Manzanilla, dice Balboa) de supuestos italianos y portugueses, que para muchos críticos no son otra cosa que judíos camuflados, y que son los garantes de los criollos en las transacciones con los contrabandistas y piratas, acciones que realizaban cotidianamente ante el desamparo a que los condenó la Corona española, y que Balboa describe sin ningún tipo de temor:

Aquí del Anglia, Flandes y Bretaña
a tomar vienen puerto en su marina
muchos navíos a trocar por cueros
sedas y paños y a llevar dineros.

No hay que insistir, por sabido, en que «Anglia, Flandes y Bretaña», eran protestantes, y tradicionales enemigos del imperio español. Esto se relaciona con una característica que ha identificado al cubano de todas las épocas,

hasta hoy: su capacidad de encontrar soluciones a sus problemas de supervivencia por cualquier vía.

Otro ingrediente que dejó para otra ocasión es el uso del humor, aspecto poco abordado por los especialistas. La descripción del secuestro de Altamirano, desnudo, envuelto en una sábana, y sin oponer ninguna resistencia, ni siquiera oral, y su valoración como una muestra de paciencia cristiana, pudieran considerarse sinceras en el hablante; pero el discurso del obispo —que se opone tanto al de Gregorio Ramos, basado en San Ignacio de Loyola («que un buen morir cualquier afrenta dora») como al de Gilberto Girón («Que con la vida al fin todo se alcanza») que refiere al estereotipo de hedonistas de los franceses—, mueve a reflexiones acerca de la seriedad o la sátira de Balboa en su tratamiento.



El obispo pide en las tres estrofas de su discurso-plegaria, que Dios le salve la vida, bajo el pretexto de que tiene cosas que hacer en la Iglesia. El principio cristiano «Hágase tu voluntad», proveniente de las palabras de Cristo en la cruz —y que siglos después el poeta Plácido asumiría ante su inmediato fusilamiento—, en el obispo tiene connotaciones oportunistas. Dice Altamirano:

Pero si tu piedad quiere y consiente
Que tenga esta prisión por beneficio,
A todo estoy sujeto y obediente,
Y como Isaac humilde al sacrificio.
Mas acordaos, Señor, que estoy ausente
De la Iglesia, mi esposa, y que mi oficio
Es enmendar, cual veis, faltas y sobras;
Y el verdadero amor se ve en las obras.
(el énfasis es mío. dgr)

Uno de los mayores méritos de *Espejo de paciencia*, en cuanto a lo que estamos tratando, está en el censo de personajes representativos de la población de una villa colonial en la Cuba de principios del siglo XVII

En mi lectura, el tratamiento del obispo por Balboa es, por lo menos, ambiguo. Contra la tradición épica, la figura central (Altamirano) no es el héroe de las acciones. No es su actividad, sino su contrario, lo que lo caracteriza. Balboa convierte, por lo menos en apariencia, en virtudes de norma cristiana la pasividad del obispo ante su secuestro, y organiza su personaje a partir de adjetivaciones, muchas veces hiperbólicas. La comparación igualitaria con un modelo inalcanzable —en este caso Cristo— desarticula la verosimilitud de la valoración del personaje, más cuando las escenas de su secuestro y su traslado a la nave de Girón están expresadas —aun si no hubiera estado en la intención del autor— como una farsa que provoca, al menos en el lector actual, un resultado cómico.

Su significación en la obra, sin embargo, no es poca. Altamirano representa la ideología en la que se sustenta el sistema de valores éticos de la joven colonia y, sobre todo, personifica la religión de la que son fieles los bayameses. En el poema se desarrolla una oposición entre la necesidad de supervivencia, que crea una conciencia pragmática, significada en el comercio de rescate —explícito y apenas criticado en el texto—, y la voluntad de reconstruir un estatus, violado por la acción del pirata, y de defender valores ideales trascendentes. Esto hace que, teóricamente, la oposición se plantee en los términos de catolicismo/heresía, aunque la acción de Girón no tuviera nada que ver con lo religioso. Tal oposición dialéctica pragmatismo-idealismo será, en el plano psicosociológico del cubano, uno de los factores de nuestro desarrollo como nacionalidad.

Otras fulguraciones de lo cubano aparecen en *Espejo de paciencia*: el lenguaje apegado a la oralidad, la ruptura de lo trascendente o solemne mediante un toque humorístico o familiar, la tendencia a la hipérbole, la proyección de una ética no dogmática, dada con un tono popular y una estructura sentenciosa. Y más, que el espacio de que dispongo no me permite desarrollar aquí.

Basta, sin embargo, con lo apuntado, para vislumbrar los primeros atisbos de lo cubano en el entrañable poema épico de Silvestre de Balboa, que inicia lo que para la expresión americana pedía Lezama: «reconstruir, con platerescos asistentes de uno y otro mundos, una de esas fiestas regidas por el afán, tan dionisiaco como dialéctico, de incorporar el mundo, de hacer suyo el mundo exterior, a través del horno transmutativo de la asimilación»⁸. ■

1. José Juan Arrom, «Criollo: definición y matices de un concepto», *Certidumbre de América*, Madrid, Gredos, 1971.
2. Enrique Sainz, *Silvestre de Balboa y la literatura cubana*, La Habana, Letras Cubanas, 1982.
3. José Lezama Lima, «Corona de frutas», *Imagen y posibilidad*, La Habana, Letras Cubanas, 1981.
4. Cintio Vitier, «Primera lección», *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Arte y Literatura, 1970.
5. Véase César García del Pino, «El obispo Cabezas, Silvestre de Balboa y los contrabandistas de Manzanilla», *Biblioteca Nacional*, a. 66, v. XVII, n. 2, mayo-ago., 1975, pp. 13-54.
6. José Martí, «Nuestra América», *Obras completas*, t. V, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
7. Darcy Ribeiro, «El pueblo latinoamericano», revista *Casa de las Américas*, La Habana, No. 187, abril-junio, 1992.
8. José Lezama Lima, «La curiosidad barroca», *Confluencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1987.

Sorpresas en el Espejo...

Cintio Vitier

En noviembre de 1838, en la tercera entrega de *El Plantel*, revista que publicaba con Ramón de Palma, el poeta, novelista y erudito José Antonio Echeverría ofreció las primeras noticias concretas de *Espejo de paciencia*.¹ Su artículo se propone centralmente dar a conocer y comentar la *Historia de la isla y catedral de Cuba*, del obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, de la cual había encontrado, ya veremos en qué circunstancias, una copia incompleta. «Dos son —dice— las obras del Illmo. Morell: la primera, una *Relación de las tentativas de ingleses en América*, que no he logrado ver: la segunda, titulada *Historia de la isla y catedral de Cuba*, que escribió siendo deán de aquella iglesia, se reduce a una cronología de sus obispos hasta 1732, bien que yo no he conseguido reunir más que tres cuadernos en folio, que solo alcanzan al año de 1659: de esta es de la que voy a ocuparme.» Después de hacerlo con bastante extensión y juicio sagaz, escribe Echeverría, cerrando de este modo su memorable artículo, en el que descubre para nuestras letras la primera historia y el primer poema que nos hayan sido conservados:

«He dicho que una de las fuentes á que acudía el Sr. Morell eran los versos históricos. Dígalo si no, un poema que íntegro traslada, y que en gracia de su antigüedad y de las galas poéticas que brillan en él de cuando en cuando, quiero dar á conocer al público, presentándole algunas muestras. Titúlase *Espejo de paciencia*, y lo escribió en 1608 en octava rima, Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria, y vecino de Puerto-Príncipe. Visitaba su diócesis por el mes de abril de 1604, el obispo D. Fr. Juan de las Cabezas Altamirano, á la sazón que en el puerto de Manzanillo estaba anclado un bergantín al mando del arrojado pirata francés Gilberto Girón. Supo éste que el Pastor estaba en las haciendas de Yara, cinco o seis leguas de la costa; y con la esperanza de un buen rescate, determinó apoderarse de su persona. Pensarlo y hacerlo fué una misma cosa: amanecía apenas, cuando Gilberto y los suyos dieron sobre los que saboreaban en Yara el sueño de la madrugada.

«Por de contado que jente tan sobrecojida no dio mucho que hacer a los piratas; quienes, con mil denuestos y tropelías, se llevaron al obispo, y á un Canónigo que lo acompañaba. No había echado mal sus cuentas Gilberto: los vecinos de aquellos alrededores, dolidos de tan triste lance, comenzaron á tratar del rescate, y al cabo se concertó en 200 ducados, mil cueros, y otras vituallas,

que esto del dar allana inconvenientes,
y ablanda todo genero de jentes.

«Salieron las ovejas á recibir en la playa á su rescatado pastor, con notable gusto de todos, menos del pobre canónigo que quedó en rehenes hasta cumplir lo tratado; y como era de ley que en los cantos épicos hubiese su parte maravillosa y sobre-natural, vinieron también á darle la bienvenida todas las náyades, napeas, faunos y semicapros del cortijo, distinguiéndose en especial las bellas amadíades, que

«¡Fuerzas del consonante á lo que obligas! A que tan buen trovador como Silvestre de Balboa Troya y Quesada, disfrazase con tan estorbosa vestimenta á las ninfas de los bosques, que no sé cómo se desenredarían de sus faldas en los saltos de rama en rama á que las impulsa su natural condición! Cada cual fue presentando al obispo en muestras de regocijo, y con acatamientos, quién una guanábana, quién un plátano, este un tabaco, la otra una viajaca, hasta que

...de los estanques del contorno
vienen las lumniades, tan hermosas
que casi en el donare y rico adorno
quisieron parecer celestes diosas;
y por regaladísimo soborno
le traen al buen obispo entre otras cosas
de aquellas hicoteas de Masabo,
que no las tengo y siempre las alabo:
en lo que parece que no iba errado el Sr. Balboa, según
algunas autoridades gastronómicas.

«Libre ya el obispo, parece que no faltaba más que cumplir la paga: pero es el caso que había pechos hidalgos en Bayamo, y entre ellos el de Gregorio Ramos, mozo de espíritu; á quién pareciéndole vergonzoso dejar impune el atentado del pirata, reunió, con la ayuda de Jácome Milanés, 24 mancebos, flor y nata de la valentía de aquellos campos. Antes de acometer la empresa, hizo Ramos reseña de su escuadrón.

Iba delante el capitán famoso
con su espada en la cinta, y en la diestra
una lanza que cuasi competía
con la famosa de oro de Argalia

Jácome Milanés, que á donde quiera
pudiera parecer con su alabarda,
pasó, y por morrión una montera
de paño azul con una pluma parda.

A su lado con él Martin García,
con un chuzo escojido entre cincuenta,
con su pluma de gallo en el sombrero,
mas galan que Reinaldos ni Rujero.

Diego con Baltasar de Lorenzana
pasaron cada uno con su punta,
gallardos mas que el sol por la mañana
cuando sale galan y agua barrunta.
Pisando con furor la tierra llana,
donde antes había estado con su yunta,
pasó Pedro Vergara el de los grillos,
con su aguijada al hombro, y dos cuchillos .

.....
Luego pasó con gravedad y peso
un mancebo galán, de amor doliente,
criollo del Bayamo, que en la lista
se llamó y escribió Miguel Baptista .

«Emboscáronse luego en unas arboledas de la playa del Manzanillo, y con cierto ardid consiguieron que Gilberto Girón bajase á tierra; pero no solo, sino con el Canónigo, y lo que es

mejor, con 26 de los suyos bien armados, y dispuestos á cualquier lance. Cayeron sobre ellos los del acecho, trabándose una encarnizada lidia, en que por una y otra parte hubo loables proezas, y cuyo fin sabrá el que siguiere leyendo.

Andaba entre los nuestros dilijentes
un etíope digno de alabanza,
llamado Salvador, negro valiente,
de los que tiene Yara en su labranza,
hijo de Golomon, vieio prudente;
el cual armado de machete y lanza,
cuando vido á Gilberto andar brioso,
arremete contra él cual león furioso.

Don Gilberto que vido al etíope,
se puso luego á punto de batalla,
y se encontraron; mas quedó del golpe
desnudo el negro, y el francés con malla.

Andaba don Gilberto ya cansado,
y ofendido de un negro con vergüenza,
que las más veces vemos que un pecado
al hombre trae á lo que nunca piensa;
y viéndolo el buen negro desmayado,
sin que perdiese punto en su defensa,
hizose afuera, y le apuntó derecho,
metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado, cuando al punto
el alma se salió por esta herida,
dejando el cuerpo pálido y difunto,
pagando las maldades que hizo en vida.
Luego uno de los nuestros que allí junto
estaba con la mano prevenida,
le corta la cabeza; y con tal gloria
á voces aclamaron la victoria.

¡Oh Salvador criollo, negro honrado!
Vuele tu fama, y nunca se consuma;
que en alabanza de tan buen soldado
es bien que no se cansen lengua y pluma.
Y no porque te doy este dictado,
ningun mordaz entienda ni presuma
que es afición que tengo en lo que escribo
á un negro esclavo, y sin razón cautivo.
Y tú, claro Bayamo peregrino,
ostenta ese blasón que te engrandece;
y á este etíope, de memoria digno,
dale la libertad pues la merece.
De las arenas de tu rio divino
el pálido metal que te enriquece
saca, y ahorra antes que el vulgo hable,
á Salvador el negro memorable.

«Así pagó su arrogancia el pirata, cuya sangrienta cabeza presentaron los monteros al ilustre prelado, que al verla, rogó al Señor por la salvación de su ánima, encaminándose todos en seguida al Bayamo. Allí fueron los regocijos, los cuentos y los parabienes,

que la alegría tras de suerte amarga,
suele ser habladora y manilarga;



bajaron de los árboles en naguas
de virijí cargadas y de jaguas...

y como todos eran cristianos viejos, se dirijieron á la iglesia para dar gracias á Dios por su victoria, donde ya apercebidos el sacristán y otros cantores, entonaron un motete, cuya música es lástima que no se conserve; con lo que da fin a su poema el buen Balboa, y yo también á este artículo, mas largo y menos sabroso que su poema.» Hemos citado íntegro el comentario de Echeverría porque, siendo el primer testimonio de la existencia del poema, tiene un valor de fuente incluso para la fijación del texto en los pasajes que reproduce, y porque el enjuiciamiento crítico, aunque muy rápido y sumario, acierta a dar una imagen suficiente del *Espejo...* y señala ya algunos de sus momentos más valiosos o característicos. Es evidente, por lo demás, que Echeverría dista mucho de exagerar la importancia del poema, ni aun considerando el lugar y la fecha en que fue escrito. El tono de sus palabras es benévolo y risueño, como si le hubiese contagiado la sonrisa de Balboa cuando dice al lector: «No te pido que encubras mis faltas, que bien sé que por mucho que te lo ruegue no lo has de hacer...»

Más de medio siglo después, en una disertación leída en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, bajo el título de *Los primeros poetas de Cuba*, reproducida por la *Revista Cubana* en mayo de 1892, Néstor Ponce de León vuelve a ocuparse con algún detenimiento del *Espejo...* Refiriéndose a la *Historia...*, de Morell, declara: «Poseo una copia, tal vez la única completa que existe, transcrita por mi ilustre é inolvidable amigo Don José Antonio Echeverría, del original, en malísimo estado, que por 1837 existía en la biblioteca de la Sociedad Económica, de donde, según me han dicho, ha desaparecido. El obispo, que era muy aficionado á la literatura, encontró ese poema en los archivos del obispado, y lo intercaló íntegro en su *Historia...*» Pasa en seguida a describir la copia en cuestión, dando cuenta, cosa que no hizo Echeverría, de los seis sonetos laudatorios que preceden al poema. «Grande fué mi admiración —añade— al descubrir que en 1608, cuando Puerto Príncipe era un villorrio que difícilmente contenía 3 000 habitantes en su jurisdicción, había ya entre ellos un poeta de aspiraciones épicas, y seis sonetistas, que por lo menos, sabían las reglas del arte métrica, como lo demuestran sus obras. Muchos años hace que ando buscando algunos datos sobre esa constelación de siete poetas y diré lo poco que acerca de ellos he podido descubrir y que ha escapado á investigadores tan concienzudos como Guiteras, Pezuela y Calcagno.» Inmediatamente relaciona las noticias allegadas por él sobre Balboa y los seis sonetistas: estos datos han sido ampliamente superados por la investigación de Felipe Pichardo Moya, en nuestros días. Después de recorrer el poema y citarlo abundantemente, concluye Ponce de León: «Considero este poema tanto más importante, cuanto que él solo representa todo el movimiento literario de Cuba desde su conquista en 1511 hasta mediados del siglo XVIII, es decir, 250 años, que á no existir ese poema, presentarían el vacío más absoluto. Después de este gran esfuerzo, las musas cubanas cayeron de nuevo en profundo silencio; acaso no fué así, acaso se escribió mucho y probablemente muy malo, pero nada he podido encontrar escrito desde 1608, fecha del poema, hasta mediados del siglo pasado, de cuya época se conservan algunas composiciones de D. José Surí y Águila, que debemos agradecer á la laboriosidad del Sr. D. Manuel Dionisio González que las salvó del olvido.»

Por fin en 1929 la Academia de la Historia publicó los cuadernos que se conservaban de la *Historia de la isla y catedral de Cuba*, en cuyo Libro

Segundo, Artículo VI, aparece el *Espejo de paciencia*. Dos años antes (1927) había aparecido el poema solo en la segunda edición de la *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*, de Carlos M. Trelles, y un año después de esta, es decir, en 1928, José Manuel Carbonell lo reprodujo en el primer tomo de su *Evolución de la cultura cubana*. En el prólogo a la edición de la Academia, Francisco de Paula Coronado expone las vicisitudes de la *Historia...*, de Morell en estos términos: «No sabemos cómo, de quién, ni si completa o descabalada, consiguió la Sociedad Patriótica una copia de la *Historia...*, de Morell, y cuando la Sección referida (es decir, la de Historia) tuvo que abandonar sus propósitos, por causas que son conocidas de sobra, anduvo esa copia rodando por el archivo de la Sociedad, hasta que fue a parar sobre uno de los estantes de la biblioteca, donde cubierta de polvo y comida por la polilla, hubo de hallarla un buen día del año de 1836 el insigne escritor y esclarecido patriota don José Antonio Echeverría, de grata memoria. Así me dijo repetidas veces el licenciado don Néstor Ponce de León que el doctor Echeverría le había referido siempre su hallazgo. Transcribió sin demora ninguna el autor discreto de *Antonelli*, con su letra clara y elegante, a ciento quince pliegos de papel español escritos por las cuatro caras, los tres únicos cuadernos que, con gran trabajo, logró reunir de los muchos de que se sabe se componía la obra; y previsor estuvo, porque la copia de la Sociedad Patriótica no tardó en desaparecer por completo. Conservé la suya el doctor Echeverría

como oro en polvo, al través de su agitada vida, dondequiera que el destino le condujo; y después de su muerte, acaecida en Nueva York en la madrugada del 12 de marzo de 1885, sus hermanas, en cumplimiento de su última voluntad entregaron el manuscrito de Morell de Santa Cruz, junto con otros muchos no menos valiosos, al notable historiógrafo habanero don Néstor Ponce de León, uno de los mejores amigos de Echeverría. Guardó el señor Ponce la *Historia de la Isla y catedral de Cuba* en su rica biblioteca privada durante 14 años, y al fallecer en esta ciudad en 1899, para desgracia de las letras patrias, a las que tanto habría podido ilustrar todavía, heredó el manuscrito, con todos los papeles que conservaba su ilustre padre, el señor don Julio C. Ponce de León y Bachiller, antiguo emigrado revolucionario y jefe que fue del Archivo Nacional de Cuba. A la generosidad de este buen amigo nuestro debemos la fortuna, que le agradecemos en el alma, de poder publicar hoy la *Historia...*, tan en vano buscada, del obispo Morell de Santa Cruz, para que sacien su curiosidad, por tanto tiempo reprimida, los amantes de este género de estudios.»

Coronado en este prólogo se ocupa exclusivamente de la *Historia...*, y de su autor, limitándose a una escueta mención del *Espejo...* como «nuestro primer monumento literario», que acrece la importancia del manuscrito. En cuanto a la primera, rectifica la fecha que le atribuye Echeverría, aceptando con sólidas razones la propuesta por Domingo del Monte, o sea, que la *Historia...* fue terminada hacia 1760; extendiéndose después en la biografía de Morell, no exenta de relieve y colorido, como lo prueba su actitud frente al conde de Albemarle durante

la ocupación inglesa, episodio verificado por el presbítero Diego de Campos en ligeras décimas.

Llegamos finalmente a la edición y estudio crítico del *Espejo...* realizado por Felipe Pichardo Moya en la colección de *Cuadernos de Cultura* del Ministerio de Educación, en 1942. De este ejemplar trabajo de investigación y crítica nos ocuparemos detenidamente al considerar el enjuiciamiento sucesivo del poema. Aquí solo queremos indicar que Pichardo repite y confirma los datos aportados por el prologuista de la edición académica sobre las vicisitudes de la *Historia...*, de Morell, y en nota al pie de la página ocho precisa lo siguiente: «Existen hoy en nuestro Archivo Nacional dos copias del *Espejo de paciencia*. Una, la que está insertada en los cuadernos de la *Historia...*, de Morell, copiados por Echeverría. Otra en cuadernillo aparte, atribuida también a Echeverría, y donada por don Joaquín Llaverías, jefe del Archivo, a quien especialmente agradecemos las facilidades que nos dio para la confección de este trabajo.» Y en la nota preliminar al texto del poema, después de repetir las noticias anteriores, añade: «Esta última copia (es decir, el 'cuadernillo aparte') parece haber sido la utilizada por la Academia de la Historia al publicar en 1929 el *Espejo...*, junto con la *Historia...*, de Morell. Así lo indican algunas notas del Cuadernillo, y algún verso en él defectuoso, que se encuentran igualmente en la publicación de la Academia, y no en la copia inserta en los cuadernos de la *Historia...* Esta copia parece más antigua y cuidada y su texto es el que nosotros seguimos en este *Cuaderno de Cultura*, anotando las variantes que ofrece el Cuadernillo —en realidad de poca importancia.»

Resumiendo, pues, tenemos los siguientes datos, al parecer indubitables:

1- El 30 de julio de 1608, en Puerto Príncipe, según la fecha de su Carta Dedicatoria al obispo Altamirano, Silvestre





inesperadamente barroco y con frecuencia cómico. Pero en esa misma extrañeza y comicidad que provoca el desenfadado apareamiento de palabras como Sátiras, Faunos, Silvanos, Centauros, Napeas, Hamadriades y Náyades, con guanábanas, caimitos, mameyes, aguacates, siguapas, pitajayas, vijirí, jaguará, viajacas, guabinas, hiccoteas, patos y jutías, se esconde en germen (sin intención ni conciencia del autor, por la sola fuerza de los nombres) un rasgo elemental de lo cubano, y es la suave risa con que rompe lo aparatoso, ilustre y trascendente en todas sus cerradas formas.

«La intemperie insular, con su fiel fonetismo indígena, irrumpe en el poema disipando de pronto dos seriedades superpuestas: la mitológica y la épico-heroica. Al no traicionar la flora y fauna de la isla, al atreverse incluso a vestir a las Hamadriades con las naguas tainas y mezclar con los albugues, tamboriles y adufes, las marugas y las tipinaguas en el festejo agreste, dando un ejemplo insólito en su época, Balboa abre ya la brecha, aunque torpemente, para un primer acercamiento a nuestra realidad natural por encima o por debajo de tantas influencias clásicas, españolas e italianas acumuladas en su formación. Este aspecto del *Espejo...* —el fenómeno cultural que significan las divinidades clásicas de los bosques ofreciendo al obispo `de aquellas hiccoteas de Masabo/ que no las tengo y siempre las alabo´ (con ripio y todo), o bien `con muchas cortesías/ muchas iguanas, patos y jutías—, me parece más importante que el cuadro histórico y social que se desprende del poema, sin negar su significación. Comienza aquí además el tema de los frutos y animales de la tierra, el tema que será tratado hasta el cansancio, de la cornucopia frutal y los árboles cubanos; y el procedimiento enumerativo, con ligera o ninguna adjetivación, como si lo más elocuente fuera el sabor y color fonético de los nombres mismos.»

Finalmente, dos rápidos apuntes sobre el valor moral y psicológico del poema.

1- Hay un rasgo característico en el *Espejo...* que no ha sido suficientemente subrayado por la crítica, y es su tono sentencioso, de llana sabiduría popular, manifestado por la extraordinaria abundancia de reflexiones morales prácticas, verificadas con entera naturalidad. Decimos «prácticas», porque no se trata de las reflexiones sobre la Mudanza, la Justicia, la Fortuna, la Codicia, etcétera, habituales en *La Araucana* y poemas similares. Balboa moraliza como un vecino cualquiera, en estilo coloquial, sacando las sentencias del acervo común y cotidiano, hecho de acarreo seculares. La sabiduría que exhibe no sirve para elevarse a grandes perspectivas, sino para vivir con modesta dignidad y conocimiento de la naturaleza humana. Generalmente aparecen dichas reflexiones al final de las octavas, enlazadas sencillamente con la palabra «que», y demuestran que Balboa, aunque por sus aspiraciones cultas y «homéricas» se atrevió al género épico-heroico, empedrado de falsedades y afectaciones, por el fondo de su espíritu estaba más cerca del tono y el sabor de la poesía popular, del «román paladino». Lo que además armoniza plenamente con el sentido democrático del *Espejo...* (en la buena tradición de Bernal Díaz y de Ercilla), donde europeos, criollos, indios y

de Balboa Troya y Quesada terminó su poema titulado *Espejo de paciencia*.

2- Hacia 1760 el obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz dio fin a su *Historia de la isla y catedral de Cuba*, en cuyo Libro Segundo, Artículo VI, insertó el texto del *Espejo...*, del cual había llegado a sus manos una copia, no sabemos cómo.

3- En 1836 José Antonio Echeverría encontró en la biblioteca de la Sociedad Económica una copia incompleta de dicha *Historia...*, incluyendo el *Espejo...*, hallazgo que dio a conocer en su propia revista *El Plantel*, en noviembre de 1838.

4- Echeverría hizo copia del manuscrito hallado en la Sociedad Económica, el cual pronto desapareció. La copia de Echeverría pasó a Néstor Ponce de León, de este a su hijo Julio, el cual lo puso a disposición de Francisco de Paula Coronado, quien en 1929, en unión de José Antonio Rodríguez y García, director de Publicaciones de la Academia de la Historia, realizó la primera edición de la *Historia...* El *Espejo...* apareció aparte, dos años antes, en la *Bibliografía* de Trelles, y uno, en la *Evolución de la cultura cubana* —también según Pichardo, por la «generosidad» de Julio C. Ponce de León.

5- En 1942 Felipe Pichardo Moya afirma que en el Archivo Nacional existen, y él ha utilizado personalmente, no ya una, sino dos copias del *Espejo de paciencia*: la incluida en la *Historia...* y otra en cuadernillo aparte, también atribuida a Echeverría. Y para más laberinto, asegura que, contra toda lógica, esta última fue la incluida en la edición académica de la *Historia...*

Ahora bien, en los momentos en que se escribe esta relación de naufragios, no existe en el Archivo Nacional ninguna copia de la *Historia...*, de Morell ni del *Espejo...*, de Balboa, como tampoco en los archivos de la Academia de la Historia ni en la valiosísima biblioteca particular que fuera de Francisco de Paula Coronado, donde únicamente hallamos la reproducción mecanográfica del texto del poema, que sirvió para la edición de 1929. Los manuscritos tantas veces aludidos, y hace tan pocos años consultados por Felipe Pichardo Moya, no han dejado ni rastros en los tarjeteros de las instituciones encargadas de su custodia. Al no aparecer en el Archivo Nacional ni en la Academia de la Historia (ni, desde luego, en la Biblioteca Nacional, ni en la Sociedad Económica), o se han perdido definitivamente por un accidente fortuito, o será cosa

de echarse a buscarlos en colecciones privadas o extranjeras. No estará de más recordar que esos documentos, que técnicamente pueden considerarse «originales», pertenecen a la nación. Su pérdida constituye un verdadero escándalo.

[...]

Mi valoración personal puede verse en la primera lección de *Lo cubano en la poesía*. De ella solo quiero recordar los siguientes párrafos:

«Lo que suele considerarse un extravagante desacierto en el poema de Balboa —la mezcla de los elementos mitológicos grecolatinos con la flora, fauna, instrumentos y hasta ropas indígenas— es lo que a nuestro juicio indica su punto más significativo y dinámico, el que lo vincula realmente con la historia de nuestra poesía.

«Aunque de un modo tosco, Balboa presiente uno de los problemas esenciales de nuestra lírica en los siglos XVIII y XIX, a saber: la situación de la concreta naturaleza insular (nótese que todavía no aparece el paisaje, ganancia romántica) dentro de la tiránica naturaleza ideal o convencional de los modelos europeos. Esa lucha entre la desarmada realidad inmediata y el mil veces ilustre formato mitológico del humanismo versificante, la resuelve Balboa de un modo primario y pueril: por la simple yuxtaposición de los elementos, lo que produce un efecto

La intemperie insular, con su fiel fonetismo indígena, irrumpe en el poema disipando de pronto dos seriedades superpuestas: la mitológica y la épico-heroica.

africanos, señores y siervos, pudientes y humildes, se confunden en una misma causa, igualados por la necesidad, y es el negro esclavo Salvador quien cosecha las mayores alabanzas.

Veamos una lista de reflexiones, espigadas a través de todo el texto, demostrativa de nuestra observación:

Que un obstinado corazón sin freno
pocas veces se inclina a lo que es bueno.

Que tarde al bien se determina el hombre.

Que el hombre noble y de alta cortesía
aun de quien no conoce se confía.

Que esto del dar allana inconvenientes,
y ablanda todo género de gentes.

Pero nunca quisieron los traidores,
que el ruin jamás de nadie hace confianza.

Que no hay mayor dolor para un discreto
como deber a ruines sin respeto.

Que la resolución no admite excusa.

Porque según se dice comúnmente
si se pierde una vez se cobra tarde;
y es muy cuerdo y de la edad madura
no perder ocasión ni coyuntura.

Que la necesidad todo lo iguala.

Que quien en un trabajo está metido
tienta para salir todos los vados.

Que las más veces vemos que un pecado
al hombre trae a lo que nunca piensa.

Que de la muerte fiera el trago amargo
al más valiente quita la braveza.

Que el miedo de morir y dar la cuenta
hace mudar al hombre los intentos,
y mejora la vida y pensamientos.

Que así castiga Dios los atrevidos
que ponen mano o lengua en sus ungidos.
Que la alegría tras de suerte amarga
suele ser habladora y manilarga.

2- También ha pasado inadvertida la verdad psicológica que revela un paralelo entre los discursos de Gregorio Ramos y de Gilberto Girón a sus hombres respectivos. El español cifra todo su orgullo en la honra de «un buen morir» y sabe que está en el nervio de la raza enardecerse ante la perspectiva de una muerte con honor. Hay mil ejemplos de esta tradición española en las crónicas y los poemas de la Conquista. La muerte es la clave de la vida; el triunfo no ocupa el primer plano, casi se desdeña. Por eso el estribillo de Ramos es este: «Que un buen morir cualquier afrenta dora»:

Esta causa es de Dios: si Él es servido
que le sacrifiquemos nuestra vida,
¿qué mejor ocasión que la de ahora?
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

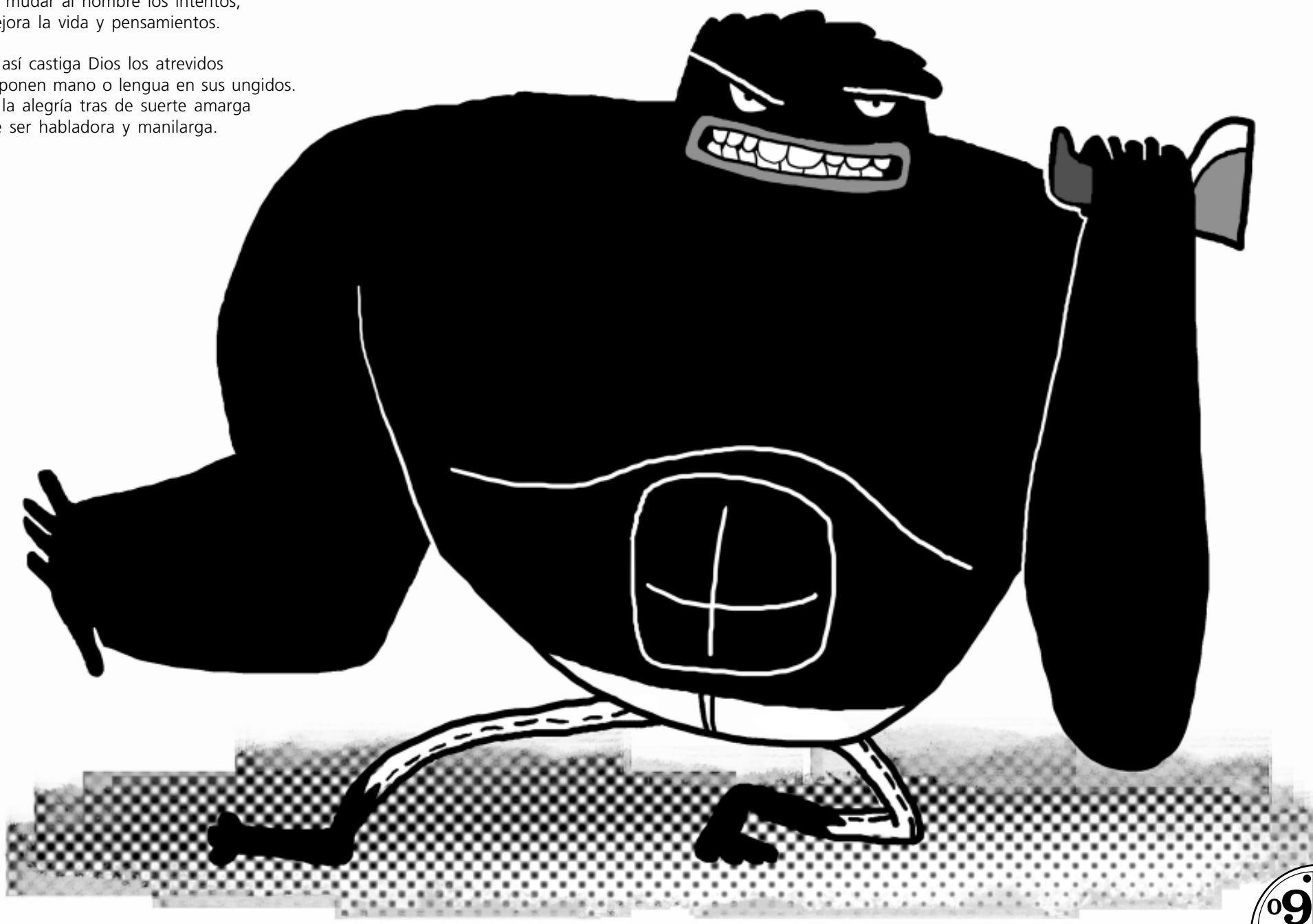
El francés, en cambio, para encender el valor de sus hombres, apela a la vida y a las dulzuras de la patria. No puede darse mayor antítesis. El uno dice: si sois valientes, moriréis bien; el otro arguye: si sois valientes, viviréis y podréis retornar a la *douce France*. Por eso el estribillo de Girón es este: «Que con la vida al fin todo se alcanza»:

Acordaos de la Patria deseada
y de nuestros amigos y parientes...
.....
Si a vida tan süave y regalada
queréis volver, obrad como valientes,
sin que perdáis un punto la esperanza;
que con la vida al fin todo se alcanza.

¿Cuántas sorpresas nos esperan todavía en el *Espejo*...?

1. Un año antes, Palma había publicado en el *Aguinaldo habanero*, cierto escrito titulado «Un episodio de la historia de la isla de Cuba. 1604», en el cual relataba, con rasgos entre históricos y novelescos, el percance del obispo. La trama de su narración, así como muchos de los pormenores, descripciones y símiles, están tomados del *Espejo*... (No todos por cierto: ignoramos de dónde sacó Palma, como no fuera de su fantasía, el nombre del navío, *El Gavilán*, y el minucioso retrato de Girón: «un hombre como hasta de 35 años de edad, de noble porte y bello rostro, si bien la poblada barba que se lo cubría, y la acción del sol que había sufrido en estos climas, junto tal vez con lo perverso del espíritu, daban un cierto aire de siniestro y fosco á su semblante».) Sin embargo, Palma no nombra el poema ni su autor, limitándose a aludirlos con estas palabras que, seguidas del soneto de Rodríguez de Sifuentes, dan término a su breve artículo: «Gran ruido hizo por aquella época este acontecimiento, hasta el punto que un ingenio de Canarias, residente en Puerto Príncipe, se sintió inspirado, y cantó muy menudamente todo el hecho en octavas rimas, dándole á cada uno el lugar que se merecía, para encomendarlo á la posteridad en sus versos. Quisiéramos dar á conocer á nuestros literatos esta anticualla, para que juzgasen del estado de la poesía cubana en aquel tiempo; pero no poseyéndola, nos conformamos con poner por conclusión un soneto, que entre otros hizo en elogio del poeta un regidor de la villa del Bayamo nombrado Juan Rodríguez de Sifuentes.» ■

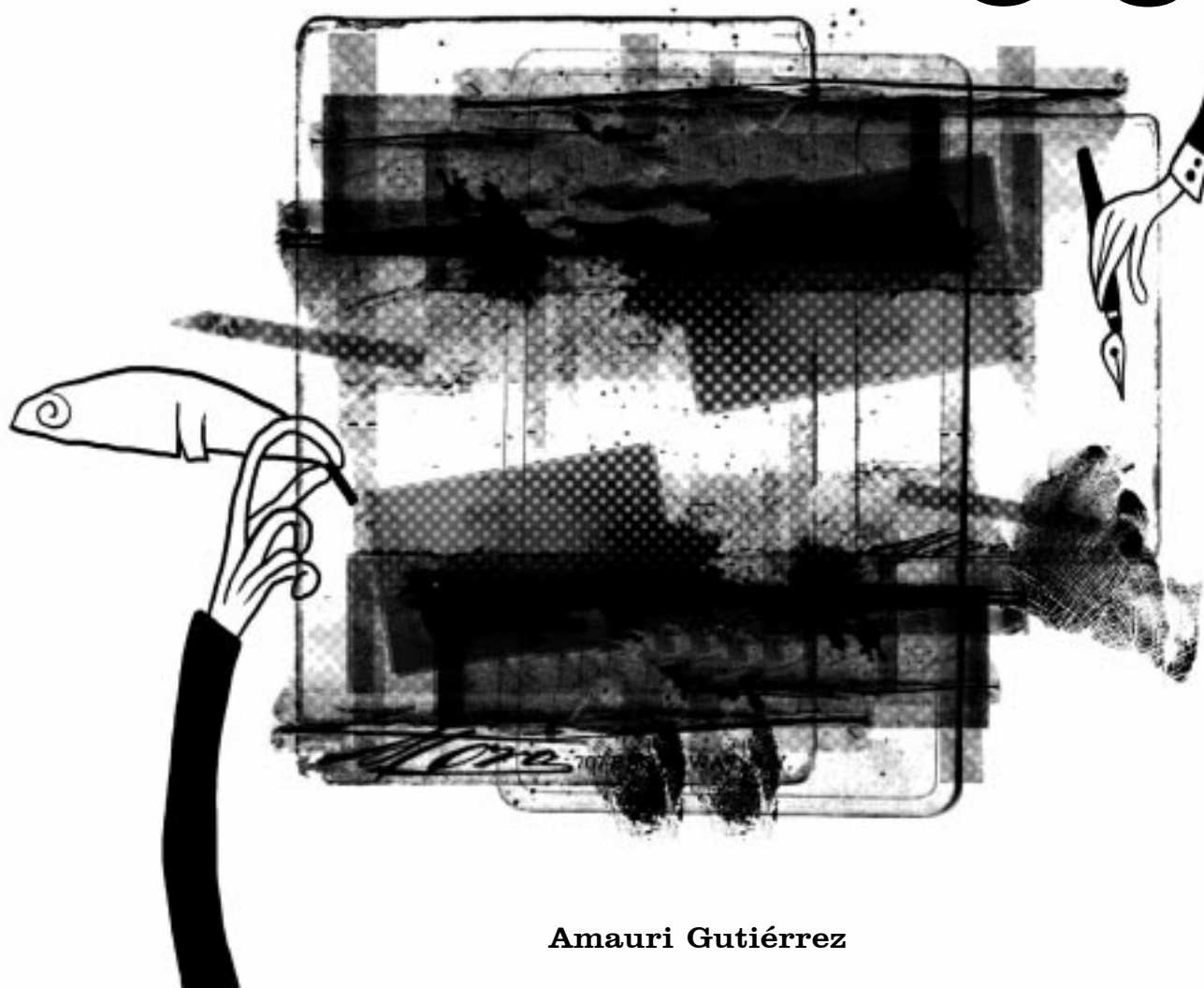
Fragmento del prólogo.
Espejo de paciencia, El principe jardinero y fingido Cloridano.
Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.



Novedades poéticas en los

60

del siglo XVIII



Amauri Gutiérrez

El canon de la literatura del siglo XVIII está aún muy lejos de alcanzar una definición clara como ocurre en el caso de nuestro siglo XIX. Los estudios decimonónicos son mucho más exhaustivos que los dieciochescos. Si bien todo lo relacionado con esta última centuria, conocida por la historiografía mundial como el Siglo de las Luces, se considera «medieval» por buena parte de la historiadores de esa etapa en Cuba. No obstante, recientes investigaciones han echado por tierra este manejado cliché. Véanse, por solo citar un ejemplo, los libros consagrados a la industria azucarera de Mercedes García.

Hace ya varios años abrí una carpeta en la cual coleccionaba composiciones poéticas coloniales anteriores al siglo XIX y no compiladas en los dos repertorios más conocidos: *Colección de poesías. Arregladas por un aficionado a las musas* (1833), de José Severino Boloña, y *Antología de la poesía cubana*. Tomo I. (1965), de José Lezama Lima. También es preciso mencionar a *La literatura en el Papel Periódico de la Havana* (1990), de Roberto Friol, Cintio Vitier y Fina García Marruz, o *Flor oculta de la poesía cubana* (1978), de estos dos últimos autores. La finalidad era reunir las en un volumen que rescatara lo mejor de la versificación colonial cubana que va desde el *Espejo de paciencia* (1608) hasta la aparición de los «tres manuales» a principios del siglo XIX. Con el paso de los años,

me percaté de que se trata de una obra cuyos extensos límites no aprobaría ninguna editorial y, siguiendo el consejo oportuno de la Dra. Ana Cairo, me concreté en el período del cual tenía

hallazgos más sorprendentes y redefinidores de la imagen que se tiene de la «cultura inmaterial» de nuestro siglo XVIII. Me refiero a la década del 60.

Este último momento va signado por la toma y ocupación de La Habana por los ingleses considerada por muchos como uno de los hechos históricos más destacados de la Cuba colonial. Respecto a este último suceso se conocen los siguientes poemas: *Dolorosa métrica espresion del Sitio, y entrega de la Havana, dirigida a N. C. Monarca de S'. Dn. Carlos Tercero (sic) q'. Gue.* por Beatriz de Jústiz y Zayas, *Relacion y diario de la prision y destierro del Ilustrisimo Señor Don Pedro Morell de Santa Cruz por P. Diego de Campos, En regocijo de haberse libertado La Habana del poder de los ingleses, que fue tomada por ellos el dia 6 de junio de 1762, por medio de la capitulación verificada el 2 de julio de 1763* escrita por J. C. y recogida por José Severino Boloña, *Carta testamentaria de la M. N. L. ciudad de la Habana con su última voluntad y Décimas dél año 1762 acerca de la entrega de la Habana á los ingleses hasta su restauracion, en que fué Gobernador D. Sebastian Peñalver y el Conde de Alve-marle*, ambas anónimas y salvadas gracias a Bachiller y Morales. Estas dos últimas han sido citadas fragmentariamente por Enrique Saínz en *Literatura cubana de 1700 a 1790* (1985). Por solo citar un ejemplo de la repercusión de la poesía en los destinos políticos y sociales de la Cuba dieciochesca, la historiografía española más reciente le atribuye a *Dolorosa métrica espresion del Sitio* la responsabilidad de cambiar la resignación de la Corona española frente a la pérdida de La Habana por los ingleses y la

apertura de un juicio sumarisimo para delimitar las culpas de los implicados. En este caso, la poesía movió la política.

A la lista anterior, habría que añadir dos textos capitales: *La Guirnalda de La Habana* y *En elogio de Don Luis de Velasco, capitan de navio, que murió gloriosamente defendiendo el Castillo del Morro en La Habana, y en honor de la Corona de España*. El primero es un texto anónimo compuesto por las tropas inglesas para ser cantado al ritmo de la melodía Boyn Water. El segundo es el primer «pliego suelto poético» de tema cubano conocido, que fue impreso en Sevilla aproximadamente en 1763. Está compuesto por un soneto y dos poemas en latín. La pieza la adquirió hace unas semanas el investigador, bibliógrafo y coleccionista cubano Emilio Cueto, residente en Washington D.C., en Antiques Book procedente de una librería especializada en Argentina. No aparece repertoriada en ninguna de las bibliografías cubanas escritas hasta el momento.

Buena parte de los impresos de los siglos XVI al XVIII en la Península Ibérica y en el Nuevo Mundo eran «pliegos sueltos» cuya finalidad semejaba mucho a la del cartel actual. Se ponía en la puerta de las iglesias o los conventos, en los tabloneros de las universidades o los edificios públicos. Se daba así testimonio de actos culturales y políticos. El suelto forma parte de lo que hoy día conocemos como efímera de papel. Es decir, aquellas publicaciones que están destinadas a ser usadas y desechadas posteriormente como invitaciones, boletas de sorteos y los carteles mismos. Por ello, se trata de piezas verdaderamente raras.

Precisamente, las únicas dos piezas de esta tipología de impreso hechas en Cuba y que se conocen hasta la fecha, también son propiedad de Emilio Cueto. Uno está dedicado al Conde de Ricla y otro a Alejandro O'Reilly, ambos de 1764, los cuales no han sido registrados con anterioridad en ninguna de las bibliografías cubanas. Se adquirieron a través del anticuario neoyorquino H. P. Graus hace unos 20 años. Habían sido propiedad de un tal Giuseppe de la Somaglia quien fuera probablemente un militar de la parte de la Península Itálica perteneciente a la Corona española. Se trata de dos textos que se compusieron para un homenaje que la Real y Pontificia Universidad de La Habana le dedicó a los dos políticos.

Las novedades de la década no terminan aquí. Las más significativas son, sin duda, *TRAGICA DESCRICION, QUE BOSQUEXA LA MOMENTANEA LAMENTABLE defolacion de la mui Noble, y mui Leal Ciudad DE SANTIAGO DE LA ISLA DE CUBA, Caufada por el horrendo Terremoto acaecido â las once, y cinquenta y mas minutos de la noche del Miercoles once de Junio de mil feteientos fefenta, y feis* por el santiaguero Miguel Joseph Serrano quien fuera sacerdote jesuita y *Poética Relazion Christiana, y Moral, con Exemplares de las Divinas, y Humanas Letras, sobre los Extragos que en la Ciudad de la Havana, y sus Partidos, hizo la Expantosa, Formidable Tormenta de Biento, y Agua que se levantò, el Dia Quinze del Mes de Octubre, de Este presente año, de Mill Setezientos, Sesenta y Ocho* por Juan Álvarez de Miranda quien fuera Teniente de Infantería y llegó destacado a la Isla de Cuba desde la Florida a causa de su delicada salud.

Ambos autores están ausentes del *Diccionario de literatura cubana* y les han dado a nuestras letras las obras más extensas del siglo XVIII cubano. El primero impreso en México solo conozco tres ejemplares del mismo: University of California (Berkeley, Bancroft Library), Harvard University (Houghton Library) y Fondo Reservado de la Biblioteca nacional de México. Gracias a la gentileza de esta última institución y a la ayuda de los amigos, he logrado una copia completa del mismo. Según Trelles, hubo una reedición del mismo en 1827 en La Habana pero este ejemplar no ha sido ubicado en ninguna de las bibliotecas consultadas. Está compuesto por 64 décimas y el segundo por 66 octavas reales. Este último hallado en el Archivo de Indias en Sevilla por la historiadora Mercedes García. Álvarez de Miranda hace la única crítica a la esclavitud conocida de la literatura dieciochesca. Abre en nuestras letras la recurrente temática del huracán y a su vez el poema de Serrano inaugura la lírica del catastrofismo que dio las obras de mayor extensión del siglo XVIII cubano. El manuscrito de Álvarez de Miranda es el hallazgo más significativo de nuestras letras desde la publicación del poema de Miguel de Campos por José Lezama Lima en su *Antología de la poesía cubana*. El autor de *Paradiso* dio a conocer un texto del cual se conoce un único ejemplar y que hoy pertenece a manos privadas. Se desconoce su paradero preciso y contiene uno de los más valiosos grabados sobre la toma de La Habana por los ingleses. Se trata del grabado del Obispo Morell al ser expulsado por Alvarado de Cuba que ha sido reproducido en varias ocasiones.

La polémica acerca del catastrofismo se convirtió en uno de los temas esenciales de los siglos XVII y XVIII por sus implicaciones teológicas y filosóficas. Hubo en Iberoamérica varios terremotos que afectaron a diversas urbes y que dejaron una profunda huella en el pensamiento e incluso han sido reflejados en obras literarias. Si en el chileno el Obispo Gaspar de Villarreal interpretó el cataclismo no en clave de «castigo», sino como una prueba para los fieles, en el de la capital portuguesa la reacción fue muy distinta¹. Coincidió el temblor con la celebración de la Misa de Todos los Santos y las velas encendidas en las iglesias y las casas particulares extendieron el fuego por toda la urbe. Los católicos culpaban a los judíos y los anglicanos a las faltas morales de los católicos alegando que el único templo que había quedado en pie era protestante. Si para la teología católica de entonces el mal físico era un resultado del mal moral, los habitantes de la ciudad eran los causantes de esa «ira divina»².

La discusión no solo fue teológica, los filósofos también se hicieron eco de ella. En *Cándido*, de Voltaire, su pérfido protagonista, tras escapar de Lisboa después del terremoto, se pregunta irónicamente y «atónito, desatentado, confuso, ensangrentado y palpitante»: «¿Si este es 'el mejor de los mundos posibles', cómo serán los otros?». Literatura y catastrofismo van de la mano en esta obra representativa de la literatura dieciochesca. Detrás de este comentario, se percibe una crítica a Leibniz quien en 1710 había afirmado: «El Ser perfecto, en virtud de su perfección misma, debe crear 'el mejor de los mundos posibles', por lo cual se entiende aquel mundo que contiene el máximo de realidad, el máximo de esencia.»³.

Este alto nivel de discusión filosófica y teológica se hizo eco en la Península Ibérica durante el siglo XVIII, e incluso antes, y sobresale la figura de Fray Benito Jerónimo Feijoo quien dio a la imprenta su *Nuevo systema sobre la causa physica de los terremotos* (1756).

No debe extrañarnos entonces que 11 años después de los sucesos de Lisboa el obispo Morell en una carta pastoral viera al terremoto de Santiago de Cuba el 11 de junio de 1766 como una consecuencia del «mal moral»

de sus habitantes. De este documento, José Antonio Saco ha dicho: «De las fervorosas declamaciones del venerable Prelado contra los pecados reinantes en aquellos tiempos, puede barruntarse el estado de las costumbres, y el espíritu de la sociedad que alcanzaron nuestros abuelos; pero en grave error incurriríamos, si tomásemos a la letra las exageraciones de la Pastoral, arrancadas, sin duda, por el terror que aquella catástrofe había infundido en todas las almas». Aparece la «causa moral» como justificación de un fenómeno natural que es enviado por dios a los cubanos para castigarlos por sus pecados. Luego la interpretación teológica de la catástrofe purificadora de las faltas humanas procede del discurso eclesiológico. Según Saco, el mismo Morell vio en la toma de La Habana una prefiguración de las «plagas divinas» con las cuales debían ser azotados los cubanos⁴.

A este grupo de textos escritos en Cuba o presumiblemente cubanos, se suma otro conjunto de textos compilados de autores españoles del siglo XVIII que versificaron sobre la toma de La Habana por los ingleses. Me refiero a Nicolás Fernández de Moratín, Juan de Iriarte y García Huerta. Todo lo anterior permitirá dar a la imprenta una antología de la década del 60 del siglo XVIII que redefinirá el canon literario del período y abrirá nuevas líneas de investigación desde el punto de vista editorial y temático. ▀

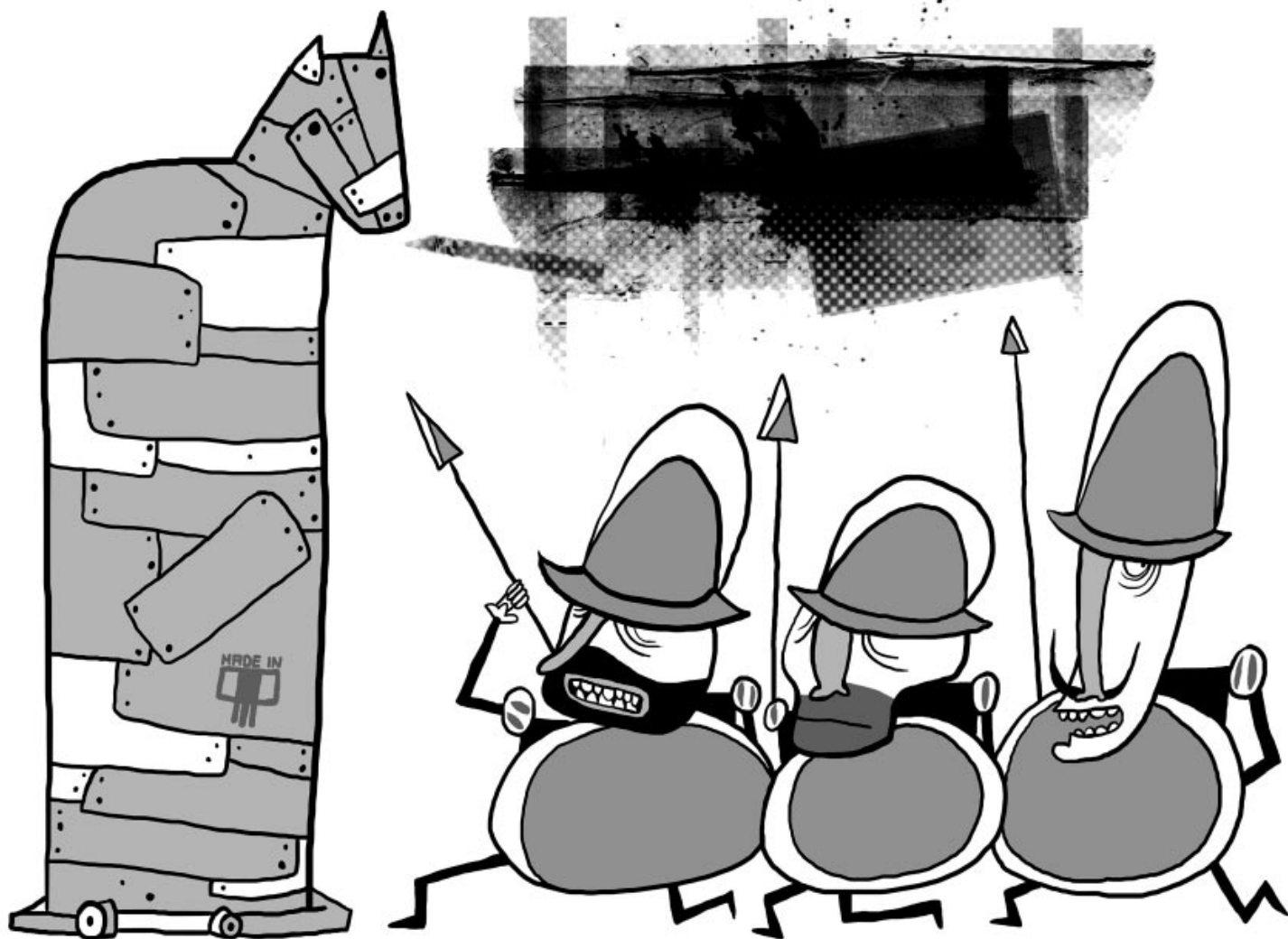
1. Jurado, Juan Carlos. «Terremotos, pestes y calamidades. Del castigo a la misericordia de Dios en la Nueva Granada. Siglos XVIII y XIX». *Religiosidad y costumbres populares en Iberoamérica*. Universidad de Huelva, 2000, Actas del I Encuentro Internacional Celebrado en Almonte- El Rocío (España) del 19 al 21 de febrero de 1999, pp. 257-264

2. Piores, Mary del. *O mal sobre a terra. Uma história do terremoto de Lisboa*. Topbooks Editora, Rio de Janeiro, 2003.

3. Leibniz. *Ensayos de Teodicea*, Parte I, pp. 8-11.

4. Todas las citas son de: Saco, José Antonio. *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y otros sobre la Isla de Cuba*. T. II. Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, París, 1859. p. 399.





La historiografía cubana aceptó durante décadas la afirmación de que los siglos XVI y XVII eran prácticamente imposibles de estudiar, pues de ellos apenas quedaban unas pocas evidencias arqueológicas y contados documentos, más o menos fragmentarios. Eso motivó que aunque se aceptara el poema *Espejo de paciencia* como una importante evidencia cultural, se le ubicara en una especie de «tiempo fabuloso» cuya descripción habitualmente se eludía. Más aún, en reiteradas ocasiones he escuchado a conferencistas y profesores referirse al Puerto Príncipe en el que compusieran el texto Silvestre de Balboa y sus amigos sonetistas, como una villa de caserones coloniales, templos monumentales y calles adoquinadas por las que rodaban airoas volantas, es decir, la imagen decimonónica que ha resultado decisiva para la fisonomía de la ciudad actual. ¿Cómo era realmente aquella Santa María del Puerto del Príncipe en el año de 1608?

La primera constatación es que la villa ni siquiera había nacido en el emplazamiento que tiene hoy. Durante más de 400 años, se aceptó como indiscutible el hecho de que Diego de Ovando, Vasco Porcayo de Figueroa, Martín Méndez y otros aventureros, desembarcaron en la bahía de Nuevitas y en el día de la Virgen de la Candelaria, Patrona de Islas Canarias, el 2 de noviembre de 1514 celebraron, en un lugar que se ha querido identificar como la Punta del Guincho, la tradicional ceremonia en que, despejada una porción de terreno, base de la futura Plaza de Armas, se leía el decreto de fundación a nombre del Rey de España. En las últimas décadas, sin embargo, la historiadora Hortensia Pichardo ha sembrado la duda al respecto, al considerar que la tal fecha fue parte de una información falsa ofrecida por los adelantados a la Corona, para justificar sus acciones en estas tierras y que la villa solo nació a la luz al año siguiente.

Por si esto fuera poco, en 1516 tuvieron los primitivos príncipeños que mudarse tierra adentro, según el obispo Morell de Santa Cruz por el azote de las hormigas, aunque otros señalan como más

El Puerto Príncipe de Don Silvestre

Roberto Méndez Martínez

probable la escasez de agua potable en la zona del Guincho, así como la proliferación de mosquitos y jejenes. El nuevo punto escogido fue el caserío aborigen de Caonao, donde unos años antes había tenido lugar una horrible matanza dirigida por Pánfilo de Narváez. Según la tradición, allí arraigó la villa hasta fines de 1527, cuando tuvo lugar en ella una sublevación de aborígenes, quienes hartos de los malos tratos de los encomenderos, se levantaron en armas y expulsaron a los ocupantes blancos, los cuales, además de cuantiosas bajas, solo pudieron salvar una cruz de madera y la campana de la Parroquial Mayor.

Estos hechos resultan muy oscuros a la luz de la historia. El emplazamiento exacto de Caonao sigue en discusión entre los arqueólogos, pero además, ¿cómo es posible que un grupo de hombres, famosos por su arrojo y crueldad, dotados de cabalgaduras y armas de fuego, fueran derrotados de ese modo y tuvieran que salir, después de más de una década de estar allí asentados, perseguidos por los casi inermes aborígenes?

La leyenda viene a suplir lo que la historia no explica y así, como en una especie de folletín romántico, vemos avanzar a los fugitivos hacia el centro de la región, donde gobierna el bondadoso cacique Camagüebax, quien acoge con amabilidad a los refugiados a pesar de ser verdugos de su propia raza y les entrega un área, equidistante de los ríos Hatibonico y Tíñima, para que funden de nuevo a Puerto Príncipe. Entonces, los recién llegados plantaron allí la cruz de madera que venía de Caonao y trazaron de nuevo la plaza central donde se levantarían los bohíos que tendrían la función de Casa Consistorial, Parroquial Mayor, residencia del Gobernador, así como el cuartel y cárcel. Todavía hoy, una gran cruz adosada a un muro de

la calle General Gómez, esquina a Príncipe, viene a recordarnos aquel momento.

Según viejas consejas locales, los españoles pagaron con más crueldad la inconsciencia de sus anfitriones, el cacique Camagüebax fue asesinado y lanzado desde un cerro de Cubitas y su sangre tornó rojas para siempre las tierras de la región, mientras que su hija, la princesa Tíñima, se lanzó a las aguas del río que tomó su nombre, para impedir que uno de esos blancos la poseyera a la fuerza. Una maldición pesaba sobre la tercera fundación de la trajinada villa.

La población a la que llegó el poeta a fines del siglo XVI tenía apenas unas seis décadas de fundada. En 1570, el obispo Juan del Castillo informaba que tenía «25 vecinos pobres» aunque esta cifra no incluía sino a los cabezas de familia blancos. Pero en el territorio, una vez fracasado el intento de desarrollar una economía minera, el crecimiento de la ganadería debió generar un rápido auge económico pues Don Pedro Valdés, gobernador de la Isla aseguraba en 1605 que tenía «150 casas. Es lugar de gente rica. Tiene muchos hatos de ganado mayor y algunos hidalgos conocidos en él».

De todos modos, el aspecto urbanístico de aquel lugar seguía siendo muy humilde. En la Plaza de Armas, lugar donde se aposentaba la Casa del Cabildo, la Parroquial Mayor y las residencias de los vecinos principales, los edificios eran de paredes de embarrado y techo de guano o tejas. Partían de allí las primeras calles trazadas: Mayor, Candelaria, San Diego, en las que iban emplazándose los habitantes según un estricto sentido jerárquico: se era más notable en la medida en que la residencia estuviera más próxima a la Plaza.

No había alumbrado público. Los vecinos, si salían de su casa después del crepúsculo llevaban acompañamiento de criados con hachones o linternas sordas. Las calles estaban sin adoquinar y en época de lluvias se convertían en verdaderos barrizales. El agua se obtenía de los ríos Hatibonico y Tímina y sus afluentes, o de los pozos que iban excavándose en los patios de las casas, muy pocos de los cuales resistían las prolongadas sequías. Muchos vertían las aguas negras y desperdicios domésticos a las calles y tomó siglos el que dejaran de hacerlo, a pesar de las prohibiciones del Cabildo.

En las casas, el mobiliario, aun en los más afortunados, era muy primitivo: algunas sillas, baúles para guardar las principales pertenencias y hamacas para dormir. Las vajillas, salvo para los que guardaban alguna loza española, eran de barro o madera y la alimentación común se componía de tasajo, carne de cerdo, casabe, alguna pesca y viandas. Los vecinos debían poseer algún arcabuz, tizona o al menos machetes para las frecuentes alarmas, fueran a causa de incursiones de indios sublevados en los campos o corsarios y piratas que irrumpieran en el poblado.

Como en la mayoría de las villas cubanas de la época no había escuelas, ni sociedades de recreo; la primera conocida en Puerto Príncipe surge a mediados del siglo XVIII. La música se limitaba al canto gregoriano en las misas solemnes y a algún laúd o vihuela que pudiera tañer algún vecino.

El analfabetismo era muy elevado no solo entre los servidores aborígenes o esclavos africanos, sino en los propios señores. De ahí la importancia del escribano que no solo se ocupaba de asuntos legales, sino que redactaba la mayoría de los mensajes oficiales y hasta privados de los habitantes. Era un cargo de importancia singular, que se obtenía habitualmente comprándolo, como hizo el propio Balboa, quien lo obtuvo hacia 1619 y desempeñó

durante años, de lo que da fe un tomo de su Escribanía que se conserva todavía, como la pieza más antigua, en el Archivo del Museo Provincial Ignacio Agramonte, de Camagüey.

Las costumbres en aquellos tiempos patriarcales eran bastante simples: los vecinos se levantaban antes del alba y tras el desayuno los hombres debían irse a atender sus fincas o sitios y las mujeres a las tareas domésticas. El almuerzo se servía sobre las 11 y después de la sobremesa venía una prolongada siesta. Tras ella era que se recibían visitas, hasta la hora conocida como «de la oración», al oscurecer, en que se servía la cena y señores y servidores se iban a la cama no más allá de las nueve de la noche, después de dejar bien atrancadas sus casas, que no volverían a abrir hasta el otro día, salvo que hubiera un toque de rebato por incendio o incursión de piratas.

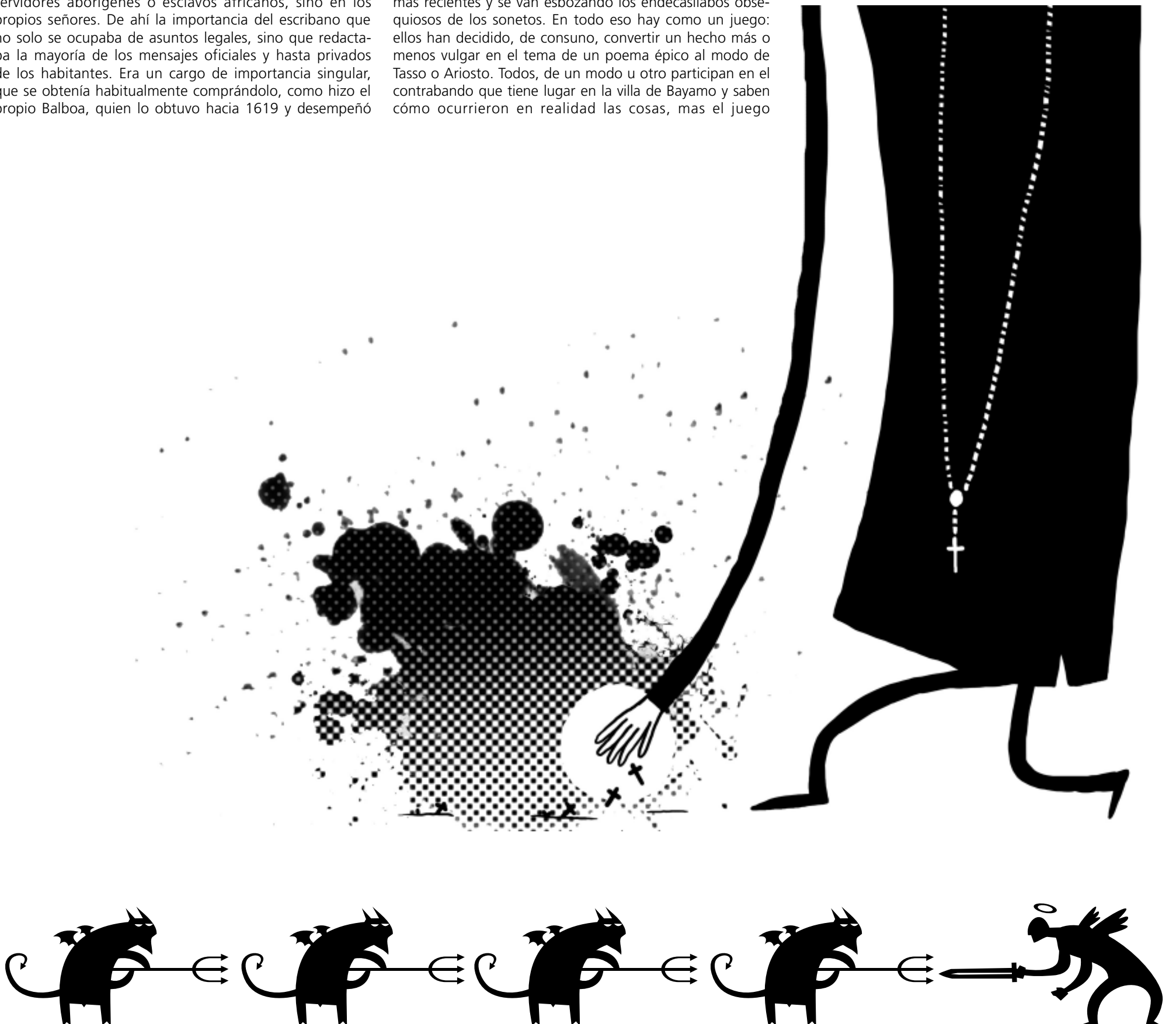
El círculo donde se gestó *Espejo de paciencia* y los seis sonetos que lo acompañan era esencialmente un grupo de parientes y amigos, de cierta ilustración, que por ello diferían del resto de los vecinos. Cristóbal de la Coba era cuñado de Balboa hermano de su esposa Catalina y también del sonetista Bartolomé Sánchez, desposado con su otra hermana, Blasina. La familia de la Coba era natural de Canarias, como Antonio Hernández, otro de los autores de poemas laudatorios, y el propio Silvestre. Todos sabían leer y escribir y más aún, tenían lecturas singulares para aquellos parajes: Fray Luis de León, Lope de Vega, Barahona de Soto, quizá Ercilla. Los libros pasan de mano en mano y en las visitas, se escuchan las octavas más recientes y se van esbozando los endecasílabos obsesivos de los sonetos. En todo eso hay como un juego: ellos han decidido, de consuno, convertir un hecho más o menos vulgar en el tema de un poema épico al modo de Tasso o Ariosto. Todos, de un modo u otro participan en el contrabando que tiene lugar en la villa de Bayamo y saben cómo ocurrieron en realidad las cosas, mas el juego

retórico, la fantasía desbocada y hasta la inocultable ironía hacen que en el papel aparezca ese divertimento fantástico con el que comienzan nuestras letras.

Hoy Balboa se nos antoja el señor barroco de que nos hablaba Lezama en *La expresión americana*, aquel que disfruta de las letras y el arte tanto como de un banquete de frutas y mariscos tropicales y que, como en tan humilde ciudad no puede levantar los templos floridos de Lima o Oaxaca, lo hace sobre el papel, en estrofas delirantes que muchas veces debieron hacer reír a sus contertulios.

La ciudad en que se escribió tan donoso poema ya no existe. El propio Balboa la vio desaparecer. A fines de 1616 un levantamiento de esclavos quemó el rústico caserío y volatilizó la mayor parte de las riquezas de los vecinos y los archivos primitivos. Según el historiador Jorge Juárez Cano, al año siguiente volvió a plantearse el esquema de la ciudad, pero no exactamente en el mismo lugar, sino donde hoy está la plazuela de Maceo.

Pero la novela de Puerto Príncipe continuaba, de peripeca en peripeca. En 1668 la población recibió la visita del corsario Henry Morgan quien de nuevo le dio fuego después de saquear los bienes de los residentes y estos, ya acostumbrados a la vida itinerante, se encargaron de reedificar el sitio, ubicando su centro un poco más allá, cerca de donde hoy se levanta el parque Agramonte. Lástima que Balboa hubiera muerto hacia 1644, porque de otro modo quizá nos legara un nuevo poema sobre los incendios de la ciudad, en que la comparara con las memorables Troya y Cartago. ■



del ACTA DIURNA URBIS a Internet

Rafael de Águila

Han transcurrido más de dos milenios desde que Cayo Julio César ordenara publicar el *Acta Diurna*. Corría el año 59 a.n.e. y el romano que pulverizara las bases mismas de la República hizo publicar la primera de las crónicas diarias. El *acta diurna, commentaria Senatus* hacía públicos los hechos del Senado; el *acta diurna urbis* lo acaecido en las «asambleas» populares, los «tribunales», los «nacimientos», «muertes», «matrimonios» y «divorcios». Cayo Julio César, desde luego, dígame claramente, inauguró la era del periodismo occidental llevado por el empuje de sus más rotundos intereses personales y políticos. Muchas han sido las lluvias y las aguas desde entonces.¹ Entre el Foro romano, lugar de cita diaria de miles de ciudadanos de la Roma antigua y ese otro Foro, cita diaria de millones de humanos, que es la Red de Redes, median más de 20 siglos. Tecnología e intereses parecen ser los elementos que desde los inicios han marcado con huella indeleble el derrotero y la historia misma del periodismo. La flamante y cada vez más asombrosa tecnología del siglo XXI ha multiplicado *ad infinitum* el *acta diurna* cesariana; los intereses de los nuevos césares, sin embargo, están ahí, intactos, infinitamente multiplicados.

El corpus: periodismo y tecnología

La tecnología ha resultado el cuerpo mismo que ha llevado sobre su piel cada una de las letras que el periodismo ha transmitido a los humanos. Fue la tecnología la que posibilitó el dominio del papiro, del pergamino, fue la tecnología la que más tarde condujo al dominio del papel, reto ineludible lo fue la obtención barata y fácil de este soporte. Lo anterior abrió las puertas hacia el sacro altar que Gutenberg había erigido en 1450, la imprenta, una de las creaciones de mayor impacto en los dos últimos milenios.² La palabra escrita alcanzaría todos los sitios, *urbi et orbi*, comenzaban a no importar las fronteras, los hombres podrían leer cuanto se imprimiera. La premisa: saber leer, y, desde luego, tener el peculio necesario para, una vez en posesión del arte de la lectura, lograr ejercerlo. Ah, sí, el dinero, no olvidemos el dinero; el mismísimo Gutenberg debe, en aras de hacer realidad su invento, pedirlo prestado a Juan Fust, un prestamista al que se ve obligado a reconocer como socio. Johannes Gutenberg, el alemán que nos legara la imprenta, acabó sus días arruinado. Modernos émulos de Juan Fust sostienen hoy el poderoso y multimillonario entramado mediático. En 1885, con la linotipia de Ottmar Mergenthaler, se perfecciona el proceso. Las invenciones sucesivas del telégrafo, el teléfono, la fotografía,³ la radio y la televisión representaron impactos tan vastos y decisivos para el arte de difundir noticias como un día lo fue la imprenta allá en la tudesca Maguncia. Con el telégrafo y el teléfono se ganaba en inmediatez; si anteriormente debía aguardarse el arribo de viajeros que portaran las primicias, tales artilugios permitieron transmitir las a enormes velocidades por un cable. El mundo, inexorable, se movía a pasos agigantados hacia los escuetos límites de la hoy llamada aldea global.

En los últimos 20 años, la revolución tecnológica ha resultado tan vasta y profunda que el impacto se extiende sobre cada una de las actividades humanas dominándolo todo (y a todos) en una sinergia de proporciones inconmensurables cuyos efectos son todavía más vastos y profundos. El imponente desarrollo alcanzado hoy en materia de electrónica, telecomunicaciones y cibernética, baste citar apenas esos tres dominios, deja sentir su peso como nunca antes lo hizo alguna otra tecnología sobre el oficio de obtener, difundir y recibir información. A casi siete siglos de la sacra creación de Gutenberg se está ante posibilidades endemoniadamente superiores a todo cuanto pudo ser imaginado. El mundo, antes lo suficientemente vasto como para que mi-

llones tardaran meses en conocer lo sucedido apenas a unos cientos de millas, deviene ahora aldehuela en la que lo sucedido en el más remoto paraje del planeta es conocido en escasos minutos por el resto de la especie. Desde el *living room*, degustando un refrigerio *diet*, millones de humanos beneficiados por la tecnología se horrorizan ante el desastre planetario o disfrutan una transmisión vana y banal de MTV. Extrañamente el refrigerio que se consume puede que resulte fabricado por una empresa cuyo dueño (o accionistas) coincida con el dueño (o accionistas) de la agencia difusora de la noticia que se recibe. Otros millones de seres, infortunadamente muchos más, a horcajadas sobre el hambre y la pobreza más atroz malviven (y sobre todo malmueren) al margen de una revolución tecnológica que nada ha representado para ellos.

Si la imprenta y la linotipia nos acercaron un día a los hechos desde las letras; si el telégrafo y el teléfono permitieron transmitir noticias a despecho de las grandes distancias; si la fotografía apareció sobre los diarios para llevar a los ojos imágenes de lo sucedido en dúplice abordaje de un mismo hecho; si la radio nos hizo escuchar la voz misma de cada historia; si el gramófono, la cinta magnetofónica y el casete permitieron encerrar voces en el reducido espacio de un simple receptáculo; si la televisión y el cine hicieron concurrir sonido e imagen en lo que por aquellos míticos días parecía ser magia sin igual; si el telégrafo inalámbrico y el fax continuaron reduciendo pasmosamente espacios, a menos de una década de haber cruzado el flamante pórtico del mítico siglo XXI (tan insuperablemente mítico a nuestros ojos como lo fue el hoy lejano 1950 para los asombrados testigos de las primeras transmisiones televisivas) la tríada que emerge desde la alianza de las telecomunicaciones, la electrónica y la cibernética se erige como *summum* de todas las posibilidades: por arte de birlibirlique se integra todo lo logrado por cada una de las tecnologías anteriores para que letra, voz e imagen se imbriquen en una novísima e impresionante tríada de asombros.

Indudablemente el impacto involucra (y genera un marcado proceso de transformación) los tres órdenes de todo mensaje humano: emisor, mensaje y receptor. Nunca antes la tecnología hubo de colisionar con tal fuerza mutante sobre esos tres ámbitos. El emisor está hoy obligado a operar y dominar las muy variadas y complejas tecnologías. El mensaje es hoy multifacético, conciliábulo de imágenes, palabras, audio, todo *top quality, low noise, dolby sistem*, ADSL, multimedia, hipertexto, hipermedia, enciclopedias, *download*, *youTube*, *link*, *blogs*, (posibilidades aún insospechadas para un hombre de la octava década del siglo XX) pululan al alcance del *homo ciberneticus* de hoy. No será preciso trasladarse a la biblioteca de una universidad de prestigio en cualquier capital del mundo; bastará consultar, Internet mediante, la muy lejana y prolija base de datos. No será preciso tomar un *jet* comercial en función de entrevistar a la persona deseada; bastará la videoconferencia, la *webcam*, el mail. No se precisará portar grabadora, videocámara o cámara fotográfica, no se necesitará más tarde una cabina telefónica o un telégrafo, ahí está la magia de la telefonía móvil, pequeño artilugio en un bolsillo, y he ahí que imagen, sonido y letras vuelan a la antípoda. CNN o cualquier otro superemporio mediático se encargará de hacer aparecer la primicia en las pantallas de millones de televisores o PC en todo el mundo. Y el receptor, ah, el receptor, ahí está, infocicado, agobiado, ahogado, sepultado, no poco idiotizado ante tanta información, tanta imagen, letra y sonido que no alcanza a digerir. Y es que ya no se trata del receptor antediluviano, aquel que en la *city* londinense, ante una taza de té, se disponía a abrir las páginas de *The Times*, se trata de un receptor que tiene sobre sí la mayor montaña de información de toda la historia, un receptor

que debe dominar modernas tecnologías: navegar en Internet, abrir un hipervínculo, acceder a un *link*, descargar archivos en diferentes formatos, consultar múltiples y, a menudo, contradictorias fuentes, enciclopedias, multimedia, hipertextos, información cuyo nivel de especialización no tiene precedentes, un receptor que lucha (no pocas veces infructuosamente) por forjarse una opinión independiente, libre, a despecho del agobio, del sepulcro, del ahogo, del cada vez más reducido tiempo, del cada vez mayor estrés, un receptor que dista mucho ya de aquel romano que una mañana acudió al Foro para, por encima de algún hombro, afanarse en leer acerca de cierta embajada que marchó al país de los partos en el rígido latín del *acta diurna urbis*. Hoy la profesión del reportero a la vieja usanza comienza a ceder espacio; emerge el llamado «proveedor de contenido», señor que armado de su PC se hunde en multitud de datos, concluye entrevistas, se hace de imágenes, asiste como espectador a magnas citas, y todo ello cómodamente sentado en su *living room*.

El hombre del siglo XXI se alejará cada vez más de aquel romano del Foro, cada vez más del *gentleman* de la *city*. El entramado tecnológico lo acercará a todos los Foros y a todas las *citys* del mundo. En el futuro (parece) todo será posible. Incurrir en vaticinios podría, en escasos años, hacernos militar en la odiosa legión de los carentes de imaginación.

El ánima: periodismo y poder mediático

La intuición y el genio político llevaron a Cayo Julio César a emplear el *acta diurna* en función del logro de sus intereses. El invasor de las Galias estuvo muy lejos de imaginar el poder de las grandes corporaciones que hoy dominan el mundo de la información. El *leitmotiv* de Cayo Julio, sin embargo, es hoy para ellas un dogma. Si bien la tecnología signa profundamente (y, sin duda, signará cada día más) el mundo del periodismo el enorme poder alcanzado por estas grandes corporaciones lo define (y lo definirá incuestionablemente) quién sabe si en mayor medida. Desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX tuvo lugar un vasto proceso de creación de esas corporaciones⁴, en las últimas décadas hemos sido testigos de su desenfundado crecimiento, auge rematado por un alud de megafusiones globales que no cesa aún en nuestros días. El 99,9 % de todo este engranaje se concentra, dramáticamente, en el Primer Mundo, para colmo en poco más de una decena de naciones.⁵

Este engranaje no es en modo alguno una entelequia de etérea e impoluta imparcialidad; tiene, lógicamente, intereses políticos, postulados ideológicos y motivaciones económicas. Si Montesquieu elaboró la teoría de la tripartición de poderes (Ejecutivo, Legislativo y Judicial), base sobre la cual se levantaron las llamadas democracias modernas, muy pronto la prensa hubo de constituirse, desde el poder que dos mil años antes intuyera el genio de César, como el Cuarto Poder. Mas Montesquieu (como antes César) no alcanzó a entrever la *capitis diminutio* del estado en la sociedad posindustrial, o posmoderna, o como demonios decidan llamar «apocalípticos o integrados», como los nombrara Humberto Eco, a esta falacia que hoy dice gobernar los destinos humanos. Tanto ha menguado el poder del estado contemporáneo que se rebautizan los otrora poderes del excelso Montesquieu; Ignacio Ramonet sostiene lúcidamente que hoy la prensa, el vastísimo poder mediático, se levanta como el segundo de los poderes, tan solo aventajado por el poder económico y financiero. El periodismo deriva hacia un escenario en el que parece descenderán cada vez más las influencias gubernamentales para ver crecer los dictados de las grandes corporaciones mediáticas globalizadas. Corporaciones que lo mismo lanzan al mercado alimentos, aviones de combate o noticias.⁶

Información es poder, reza el adagio. Si nunca antes semejante volumen de información hubo de contar con plataformas tecnológicas de tan prodigiosas posibilidades, si nunca antes semejante volumen de información y tan prodigiosas plataformas se concentraron en tan pocas manos, debe concluirse que nunca antes tales manos concentraron tanto poder. Poder que, dicho sea sin sonrojos, suele servir a intereses cada vez más lejanos al reclamo de las grandes mayorías. Y es que nunca antes (oh, sacras contradicciones que animan este mundo nuestro) gozó el receptor de tanta información y fue menos poderoso, nunca antes gozó el receptor de tanta libertad y fue menos libre. La objetividad y la ética periodísticas semejan historietas para niños adocenados de la mano de un periodismo que parece insistir en infantilizar e idiotizar a más y mejor. El periodismo, devenido una de las más codiciadas mercancías, lleva a cualquier afamada agencia de noticias a desplazar a sus no menos afamados profesionales de la terrible matanza en Ruanda hacia un suceso baladí en Europa o cualquier otra nación occidental. Intromisión en las vidas privadas, *reality show*, noticias escandalosas, hechos policiales de los más sangrientos o escalofriantes convulsionan la prensa actual. Y es que tales estrategias elevan *rating* y generan ganancias. Las declaraciones de un intelectual o politólogo de prestigio, aún más si resulta de izquierda, reciben hoy menos difusión que los desenfrenos veraniegos de una muy sexy *movie star* o la boda, bulliciosa y multimillonaria, de cualquier hija de Su Majestad. Los últimos dos siglos representaron en Occidente, en especial en el Primer Mundo, el acceso a la cultura de millones de seres humanos.⁷ Hoy, sin embargo, la lectura y la noticia misma se entronizan como mercancía. Pese a las insuperables tecnologías que posibilitarían un mensaje de enfoque aleccionador y profundo, sin paralelo con época alguna, el periodismo *light*, asistido desde la imponderable banda de tres, conformada por la electrónica, las telecomunicaciones y la cibernética, supera todos los *rating*. Las dictaduras caracterizaban hasta hace muy poco una forma enfermiza de poder omnívoto, las grandes corporaciones mediáticas representan hoy (y parecen destinadas todavía más a representar en el futuro) la nueva variante de poder total. Durante la guerra de Iraq, la difusión de noticias por la libre y *underground* *Al Jazeera* representó toda una sorpresa para los atacantes. Era información que escapaba del tamiz. Se dice que algunos trasnochados llegaron, incluso, a pensar en la supresión (*manu militari*) de la agencia noticiosa árabe. El tamiz garantizaba una guerra que se siguiera como *reality show* y la televisión satelital la hizo llegar a los *living room* del mundo como si se tratara de una maniqueta telenovela de malos y buenos. El hombre actual vive mucho más de imágenes que de palabras escritas. La sociedad es hoy gráfica, visual, extremadamente dinámica, una sociedad donde si bien la noticia deambula a velocidades escalofriantes, el receptor la consume en no menor velocidad. La inteligencia puede que quede ensombrecida en un presente mucho más audiovisual que palabrero. Se ve cada vez más TV y se lee cada vez menos periódicos. Y en ellos lo escrito adopta un esquema que habría hecho palidecer a un periodista de la década del 70 del pasado siglo: retórica, rapidez, brevedad, sencillez, todo en aras de generar el menor esfuerzo interpretativo, se persigue lo espectacular, el drama, el escándalo, las emociones más fuertes, las tragedias más rotundas. Se trata del *non plus ultra* del absurdo: una humanidad más culta y educada opta por ver y escuchar, no lee. El futuro parece apuntar a que se acentúe ese drama, las connotaciones, insoslayablemente aciagas, están a la vista.

En el mundo de hoy bulle la ausencia de credibilidad. La crisis de credibilidad institucional no deja de estremecer cada intersticio, tanto se ha mentido a cara cubierta y descubierta que la gente cree cada vez menos, duda de todo, y desde luego, duda de la prensa, de la radio, de la televisión, de Internet, de toda noticia, sea cual fuere la plataforma que la sostenga. Se identifica a la prensa con intereses de poder, sea este gubernamental, económico, financiero, político u otro cualquiera.⁸

Sin embargo, las nuevas tecnologías posibilitan hoy, también como nunca antes, la réplica por parte de los hasta hace unos pocos años pasivos receptores. La Red de Redes ofrece para ello ciertas libertades (no vaya en modo alguno a juzgarse que estas son absolutas)⁹. Las nuevas tecnologías y la crisis de credibilidad universal crean las

causas y condiciones para que los antes pasivos receptores se levanten a replicar, se constituyan en fuentes alternativas, griten, condenen, y así grito y condena logran irrumpir también en el *living room* del resto de los ciudadanos del mundo. Al menos de aquellos que gozan de un *living room ad hoc*. Los millones y millones sin *living* continuarán a un lado. Los pasivos receptores se están tornando (en progresión geométrica) difusores. Todo ello hace muy seguro el vaticinio acerca de que cada día surgirán más medios alternativos, un ejemplo de ello son los *blogs*, esos sitios que pululan hoy en Internet y han hecho surgir en su intrincada geografía la llamada blogosfera. Algunos, prestos a lo taxonómico, han dado ya nombre a este fenómeno: periodismo de fuente abierta o de P2P.

Ni corpus ni ánima: periodismo y violencia

Ser periodista en muchos sitios del mundo actual continúa siendo hoy una profesión altamente riesgosa. No pueden eludirse dos de las razones: el reportar desde sitios en conflicto militar o el respetar la ética, la verdad y el código deontológico es lo que lleva a denunciar desmanes de poderosos, ya se encuentren en el gobierno, o ya se ubiquen al margen de él (terroristas, paramilitares, mafiosos, narcotraficantes, meros delincuentes). En el 2006 perdieron la vida 81 periodistas en el ejercicio de su labor en 21 países. En el 2007 fueron asesinados 65 periodistas. Un total de 500 periodistas han resultado masacrados en los últimos 15 años. Los asesinatos han sido llevados a una sala de justicia en menos del 15 % de los casos. La violencia se ha lanzado con mayor fuerza sobre los profesionales del gremio en países en conflicto: Iraq, Ruanda, Somalia, Yugoslavia, Sierra Leona, mas caen también periodistas víctimas de la violencia en Colombia, Rusia, India, Filipinas, México. En el 2003, por ejemplo, se asesinaron en América Latina a 19 periodistas en cinco países, ese mismo año en la guerra de Iraq cayeron 14 periodistas. América Latina resultó ese año mucho más peligrosa que Iraq. El periodista es continuamente víctima de amenazas de muerte, golpizas, secuestros (ora desde la «legalidad» del poder gubernamental, ora desde la marginalidad del poder delincriminal). No son pocas las ocasiones en las que debe optar la variante «auto»: el «autoexilio» o «la autocensura».



Ilustración: C. Mondeja

Ante el periodismo del siglo XXI se levantan hoy infinitas y muy vastas posibilidades e infinitos y muy vastos retos. Entre ellos no cabe olvidar democratizar la información, recuperar (al vivificante lomo de la verdad y la objetividad) credibilidad, educar y no idiotizar, desmercantilizar la noticia, alejarse de esa noche de Walpurgis que es el poder, toda forma de poder, en especial el poder de las grandes corporaciones mediáticas¹⁰, hacer crecer a los pueblos y no empequeñecerlos. Emplear, en fin, toda la fastuosa parafernalia tecnológica con un fin socialmente ético. ▀

1. En 1702 nace en Inglaterra el primer noticiario escrito con periodicidad diaria, el *Daily Courant*, más tarde surgirían otras publicaciones: el galo *Le Journal de Paris* (1777), el norteamericano *Pennsylvania Evening Post and Daily Advertiser* (1783), el inglés *The Times* (1785). En América Latina se publica en 1722, en México, *Gaceta de México*.

2. En la historia de la imprenta no deben olvidarse los nombres del impresor alemán Johannes Mentelin (1458-1478); del italiano Pánfilo Castaldi (médico y tipógrafo allá por 1470) y del holandés Lorenzo de Coster (1370-1430).

3. La fotografía comenzó a utilizarse en la prensa diaria en el año 1880 por el *Daily Herald* inglés. Alemania fue la primera nación que insertó fotografías en revistas.

4. En los EE.UU., Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst representaron las primicias del poder mediático con la fundación y control de importantes medios de prensa.

5. En el mundo de hoy unas 15 naciones concentran el 75 % del ingreso mundial. El 20 % de la población del planeta concentra el 83 % de los ingresos. Gaye Tuchman en su obra *La producción de la noticia* (1983) afirma: «la libertad de prensa queda garantizada solo a aquellos que poseen prensa». Se infiere que aquellos que no posean dinero no poseerán prensa. En consecuencia, cabe dudar de la libertad de prensa en el 80 % del mundo, ese que solo concentra el 17 % de los ingresos. (Gaye Tuchman es doctora en sociología en la *Brandeis University* en 1969, profesora de Sociología de la Universidad de Connecticut, ha sido presidenta de la *Eastern Sociological Society* y cofundadora y vicepresidenta de la *Sociologists for Women in Society*, consejera de la *American Sociological Association*. Especialista en Sociología de la cultura, medios y género, miembro de los consejos editoriales de numerosas revistas académicas, entre ellas: *American Journal of Sociology*, *American Sociological Review*, *Sociological Forum*, *Signs*, *Contemporary Sociology* y *Discourse and Society*).

Autora de numerosas obras, tales como: *Television Establishment: Programming for Power and Profit*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1975; *Hearth and Home. Images of Women in the Mass Media* (con Arlene Kaplan y James Benet), Oxford University Press, Nueva York, 1978; *Making News: A Study in the Construction of Reality*, Free Press, Nueva York, 1978; *Edging Women Out: Victorian Novelists, Publishers and Social Change* (con Nina E. Fortin), Yale University Press, 1989. En lengua española: *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad*, Gustavo Gili, México DF, 1983.

6. Los grupos del complejo militar industrial francés Lagardère y Dassault controlan *Le Figaro*, *Paris Match*, *Marie-Claire*, *Larousse*, *Salvat* o *Lire*, entre los dos controlan el 70 % de la prensa francesa y gran parte del mundo editorial.

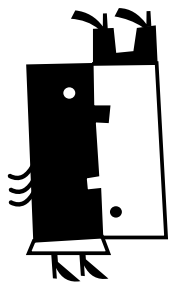
7. Alfabetización, cultura, escolaridad, tecnología, grandes conglomerados urbanos y la aparición de elementos democráticos a partir de la Revolución Francesa tuvieron un importante impacto sobre el periodismo.

8. Serge Halimi de *Le Monde Diplomatique* sostiene: «¿Podemos, como periodistas, denunciar la situación cuando muchos de estos billonarios —los Bill Gates, Ruper Murdochs, Jean Luc Lagardères, Ted Turners y Conrad Blacks del mundo— son propietarios de los periódicos en los que escribimos, las radios en las que hablamos y las redes de televisión en las que aparecemos?». (Serge Halimi es doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Berkeley, licenciado en Ciencias de la Información y Comunicación en la Universidad de París II y profesor en la Sorbona). En 1997 publicó el libro *Los nuevos perros guardianes (Periodistas y poder)*, por el que obtuvo el premio de la *Société des Gens de Lettres*.

9. La Corporación de Internet para los Nombres y los Números Asignados (ICANN) coordina la asignación de identificadores únicos en Internet, nombres de dominio, direcciones de Protocolos, números de puertos de protocolo y de parámetros. La ICANN tiene su sede en California, USA, y depende del Departamento de Comercio de EE.UU., de la legislación norteamericana, en consecuencia el Gobierno de ese país goza de cierto

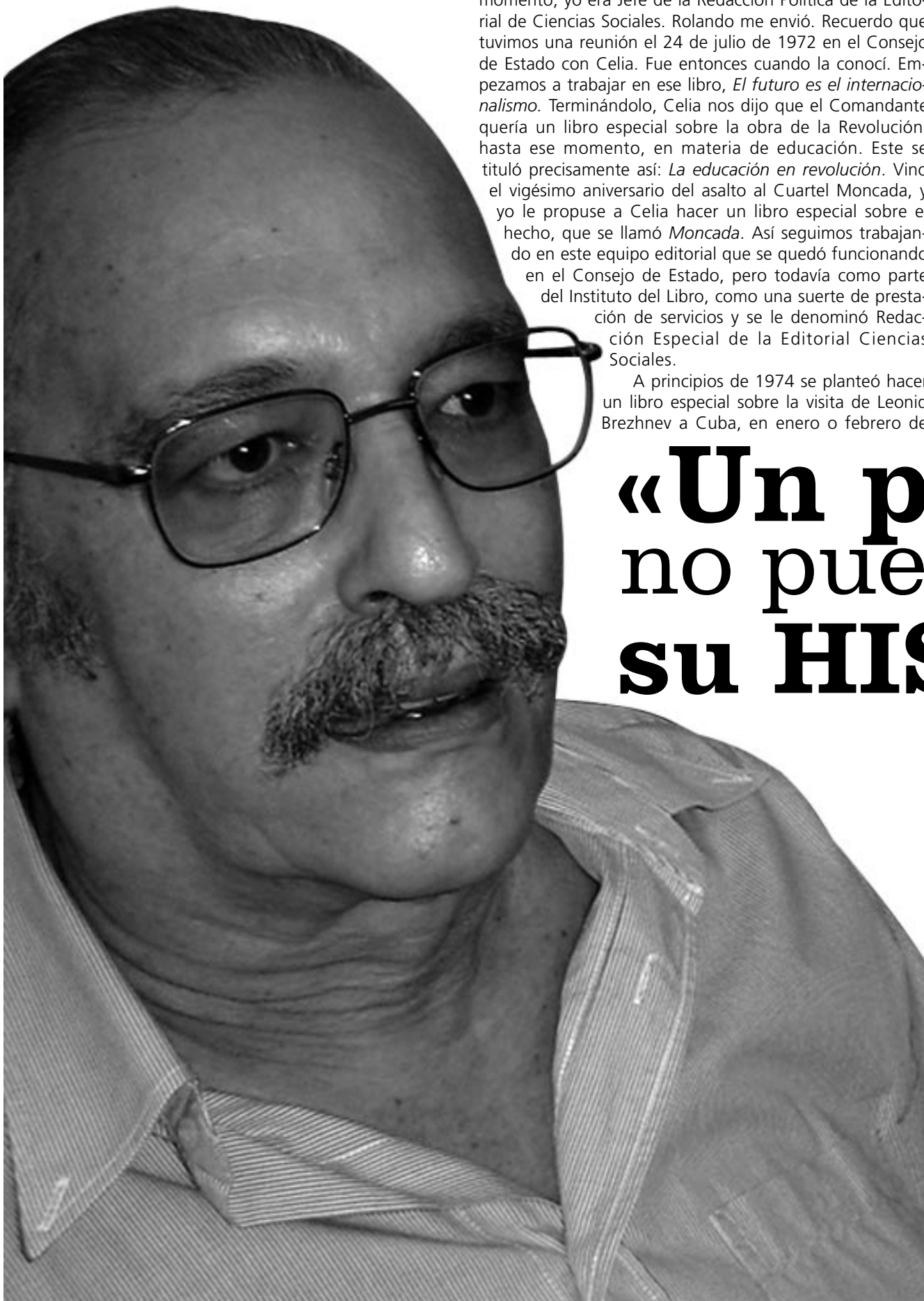
«poder» en cuanto a la posibilidad de bloquear sitios en Internet mediante el manejo del Domain Name System. Y no se ha limitado a tener la posibilidad: ha ejercido ese poder. A Cuba se le han censurado miles de sitios en Internet.

10. Citemos algunos de los más grandes emporios mediáticos del mundo: Bertelsmann AG, AOL Time Warner, New Corp, ComCast, Walt Disney, Viacom, Google, Yahoo, Prisa, Vivendi Universal, Lycos, Microsoft, General Electric, Hearts Corp, The New York Time, The Wahington Post, Tribune, Mc GrawHill, Gannett, McClatchy, AT/ T Corp, Sony, Liberty Media Corp, cadenas como: ABC, CBS, NBC, CNN. Veamos como ejemplo los casos de: New Corporation del magnate australiano/ inglés/ estadounidense Rupert Murdoch, el nuevo Hearst, es la corporación de Comunicaciones más grande del mundo con un capital de 23 billones de USD, controla 175 periódicos, entre ellos los importantes *The Sun* y *The Times*, y 35 revistas en el todo mundo. Es dueño de las cadenas de TV por satélite Fox, Sky y National Geographic, de la Twentieth Century Fox, del Wall Street Journal, dueño de 40 grupos editoriales en USA, Canadá, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda e India. AOL Time Warner con ganancias de 32 mil millones de dólares en el 2001, posee 64 magazines como Time, Life & People y MAD, varios en alianza con AT&T; sus cadenas de TV incluyen numerosas estaciones, redes, cables y producción de programas (CNN, HBO y TNT); posee cinco equipos de fútbol y/o béisbol; produce películas mediante Hermanos Warner y otras subsidiarias; tiene 40 sellos musicales y cuatro editoriales de libros. El GRUPO PRISA (Promotora de Informaciones, Sociedad Anónima): líder de comunicación, cultura, entretenimiento, educación y multimedia en España, presente en 22 países de Europa y América; en el 2005 facturó 1 483 millones de euros; controla 1 235 emisoras de radio en España y América Latina; varias televisoras, entre ellas Canal +, y un importante grupo de editoriales. Tiene presencia en Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, España, USA, Guatemala, México, Perú, Uruguay, Paraguay, Venezuela, Rep. Dominicana, Puerto Rico. La cadena radial Clear Channel Communications controla 1 225 emisoras y 62 estaciones de TV.



encuentro
CON...

**Pedro Álvarez
Tabío**



A Pedro Álvarez Tabío lo ha calificado Fidel como «guardián intachable de documentos históricos» y de él ha dicho también Ignacio Ramonet que es «la segunda memoria de Fidel». De un modo u otro se alude siempre así al afán por el dato exacto y la pasión por la memoria que este hombre desborda. Entre su larga trayectoria repleta de hitos, podría destacarse su desempeño desde 1981 como director de la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado y desde 1994, de la Oficina de Asuntos Históricos, unidas desde 1999 a las de Historia del Consejo de Estado, y haber sido por largo tiempo el editor de los libros del líder de la Revolución. Durante la XVII Feria Internacional del Libro de La Habana, Tabío recibió el Premio Nacional de Edición.

¿Cómo llegó a la investigación histórica?

Llego a la investigación histórica muy en relación con mi trabajo como editor. Desde enero de 1969 ingresé en el Instituto Cubano del Libro. Fue entonces cuando comenzó mi carrera como editor. En 1972 Celia Sánchez le pidió a Rolando Rodríguez, quien era entonces el presidente fundador del Instituto, un editor y un equipo editorial para trabajar en un libro que se pensaba hacer sobre el viaje largo del Comandante en Jefe a algunos países de África y los países del campo socialista europeo. En ese momento, yo era Jefe de la Redacción Política de la Editorial de Ciencias Sociales. Rolando me envió. Recuerdo que tuvimos una reunión el 24 de julio de 1972 en el Consejo de Estado con Celia. Fue entonces cuando la conocí. Empezamos a trabajar en ese libro, *El futuro es el internacionalismo*. Terminándolo, Celia nos dijo que el Comandante quería un libro especial sobre la obra de la Revolución, hasta ese momento, en materia de educación. Este se tituló precisamente así: *La educación en revolución*. Vino el vigésimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada, y yo le propuse a Celia hacer un libro especial sobre el hecho, que se llamó *Moncada*. Así seguimos trabajando en este equipo editorial que se quedó funcionando en el Consejo de Estado, pero todavía como parte del Instituto del Libro, como una suerte de prestación de servicios y se le denominó Redacción Especial de la Editorial Ciencias Sociales.

A principios de 1974 se planteó hacer un libro especial sobre la visita de Leonid Brezhnev a Cuba, en enero o febrero de

ese año, con una característica muy singular —yo lo llamé el libro simultáneo—: que estuviera terminado e impreso a tiempo para poderlo entregar al visitante antes que se marchara. Eso parecía una locura porque eran los tiempos en que aún no existían las computadoras ni la composición ni la fotomecánica y la impresión digitales, o sea, ninguno de los medios tecnológicos modernos que aceleran extraordinariamente el proceso poligráfico. Ese libro tenía incluso ilustraciones en colores, muchas fotografías, todas las crónicas de las actividades del visitante en el país, sus discursos, los del Comandante, los documentos aprobados como resultado de la visita, etcétera. Al pie de la escalera del avión, cuando el Comandante estaba despidiendo a Brezhnev, le dijo: «Le tengo una sorpresa», y le entregó el libro. El hombre se quedó estupefacto. Incluso tengo noticias de que a su regreso a la Unión Soviética, convocó una reunión del Buró Político del PCUS para mostrar el libro y hablar maravillado de lo que eran capaces de hacer los cubanos. El libro incluía hasta la despedida en el aeropuerto, con una foto de Brezhnev diciendo adiós, lo cual por supuesto era un truco. La foto había sido tomada cuando llegó y se paró arriba en la escalera haciendo un gesto de saludo y usamos esa foto como si fuera la despedida; o sea, tenía hasta la propia despedida que no se había producido en ese momento. Me he detenido en este episodio porque es uno de los momentos culminantes en mi actividad como editor, porque fue algo sin precedentes, en un momento donde no existían las condiciones actuales. Hoy sería más fácil y, sin embargo, aún así costaría mucho trabajo. Así seguimos trabajando en esta Redacción Especial como editores de libros que el Comandante solicitaba o por los cuales Celia se interesaba. Llegó entonces el vigésimo aniversario del *Granma*, en diciembre de 1976. Meses antes, Celia había organizado un equipo de trabajo en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, para realizar una investigación sobre el desembarco del *Granma* y publicar algo con ese motivo. Este equipo estaba dirigido por el compañero —ya fallecido— Francisco Pividal, investigador, historiador y escritor. A mediados de noviembre aproximadamente ya el trabajo de investigación estaba concluido, y Celia le planteó a Pividal que ella quería publicar el resultado de esa investigación a tiempo para el vigésimo aniversario, el 2 de diciembre. Pividal le respondió que eso era difícil, que la investigación estaba concluida, pero no era posible hacer un libro con ese resultado

«Un país no puede perder su HISTORIA»

Yinett
Polanco

en tan poco tiempo. Ahí Celia me llamó y me preguntó si yo era capaz de armar un libro o algo digno para el vigésimo aniversario del *Granma*, con los resultados de la investigación histórica realizada por este equipo. Por supuesto, le dije que sí. Nunca le he dicho no a ninguna tarea que se me haya planteado, por difícil o aparentemente imposible que parezca. Así se hizo, no un libro, sino un número especial de la revista *Bohemia* dedicado exclusivamente al desembarco del *Granma*, que armé editorialmente a partir de la investigación realizada.

Inmediatamente después, a partir de enero del 1977, comenzaban a conmemorarse otros vigésimos aniversarios de los hechos de la guerra. A partir del desembarco venían las primeras acciones, y Celia me preguntó si yo podría realizar una investigación sobre el primer combate victorioso, el combate de la Plata, el 17 de enero de 1957. Que para eso debía trasladarme a la Sierra, montar en mulo, subir lomas, pasar trabajo... Yo la interrumpí. «No me diga nada más, lo que usted me plantea para mí es un privilegio y estoy en la mejor disposición de hacerlo». Realicé esa investigación, y con los resultados publiqué un artículo muy extenso en el periódico *Granma* el 17 de enero de 1977. A partir de ahí empezó mi destino como investigador histórico, porque después que terminamos ese trabajo ella me preguntó si estaría en disposición de continuar la investigación sobre el Primer Frente. Por supuesto, le dije que sí. Existía ya una comisión organizada por



Fotos: R. A. Hernández

Raúl para investigar la historia del Segundo Frente, el Comandante Almeida tenía un equipo de trabajo para el Tercer Frente y, sin embargo, el Primer Frente, el de Fidel, el Frente madre, no contaba aún con un equipo de trabajo para realizar su investigación histórica. Así comienza mi carrera como historiador, muy vinculada a los antecedentes anteriores de mi trabajo con Celia como editor, ahí se enlazan las dos cosas.

Usted ha desempeñado muchas funciones: traductor, dirigente administrativo, funcionario y diplomático, de la cual se habla poco. ¿Qué desafíos entrañó representar a Cuba en esta labor?

Desde 1961 hasta 1968 trabajé en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Parte de ese tiempo estuve en la Misión Permanente en las Naciones Unidas en Nueva York. Tuve oportunidad de trabajar con el Che en dos ocasiones: primero como Secretario de la delegación que él presidió para la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, efectuada en Ginebra en 1964, y después cuando la visita del Che a las Naciones Unidas, en diciembre de ese mismo año. Esos momentos los conservo como unas de las memorias más vívidas y más intensas de mi vida, haber tenido el privilegio de conocer a ese hombre excepcional que fue el Che, y gozar de su confianza. Desgraciadamente solo fueron esas dos ocasiones, pero las guardo muy íntimamente.

Me tocó desempeñarme como diplomático en una etapa muy difícil. Llegué a Nueva York a la Misión Permanente de Cuba en las Naciones Unidas, a raíz de la Crisis de Octubre. Fue un momento realmente muy tenso, y además era Nueva York, el corazón del imperio prácticamente, donde había que estar constantemente en guardia y defendiendo a la Revolución y al país. Apenas tenía 22 ó 23 años. Tengo entendido que he sido el Jefe de Misión más joven en toda la historia de las Naciones Unidas,

pues durante varios meses fui Encargado de Negocios antes de que nombraran un nuevo Embajador, que resultó ser mi padre, Fernando Álvarez Tabío. El diplomático cubano tiene una gran responsabilidad, sobre todo cuando está destacado en países hostiles, como pueden ser algunos europeos, el propio EE.UU. o cualquier otro donde haya necesidad de estar enfrentando constantemente las provocaciones y las agresiones que a diario sufren los diplomáticos cubanos. Felipe Pérez Roque ha sido muy elocuente cuando a veces ha hablado de la responsabilidad especial que tienen los diplomáticos cubanos, distinta a la de un diplomático de cualquier otro país.

¿Qué encontró en las profesiones de historiador y editor que lo hicieron abandonar por completo todas las demás?

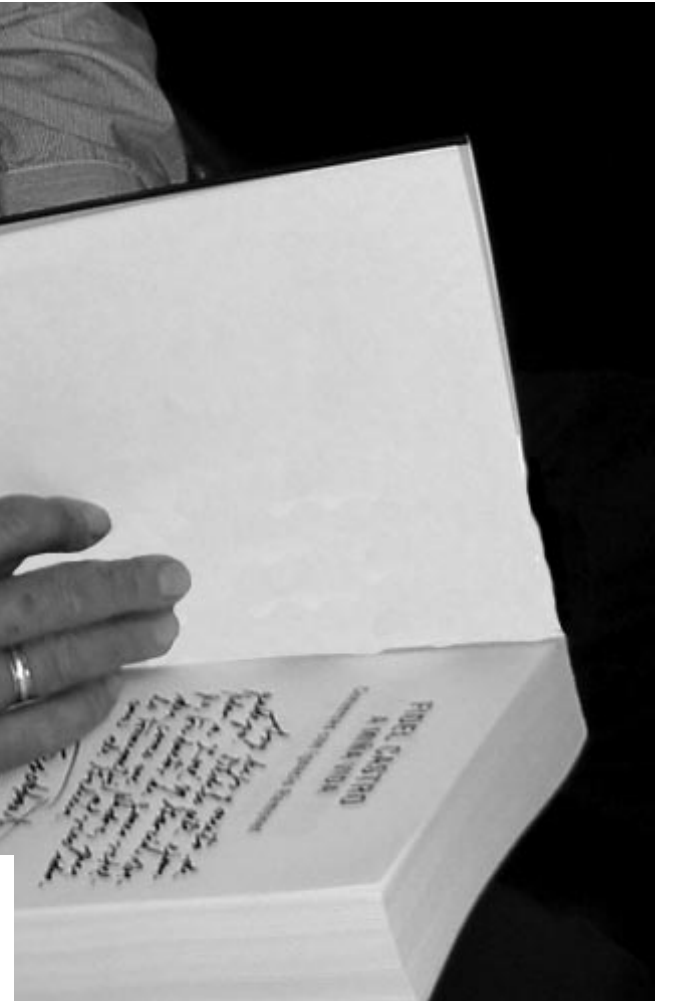
En realidad ya había abandonado todas las demás cuando ingresé en el Instituto Cubano del Libro. Como dije en las palabras que pronuncié el día de la premiación, esa fue una de las decisiones más felices que he tomado en mi vida laboral, porque me permitió encontrar mi primer destino verdadero, mi primera realización plena personal, como trabajador intelectual. Luego se le agregó esta otra de investigador histórico, en la que también he encontrado una plena realización. Por eso cuando me piden que me defina, respondo: editor e historiador, que son las dos profesiones o los dos oficios donde realmente me siento realizado.

¿Qué lugar cree que debe ocupar el editor en la formación de la cultura de un país?

Un papel fundamental. El papel del editor, por lo general, ha sido muy subestimado. Se piensa generalmente que el editor es casi como un corrector de estilo, y no, es mucho más. Por supuesto, esa es su primera función: arreglar las cosas que un autor pueda haber escrito mal, porque a un autor por muy bueno que sea siempre se le desliza algo. Pero el editor va mucho más allá. Debe aportar claridad, precisión, elegancia en el lenguaje, eliminar lo superfluo, o sea, debe hacer un trabajo de pulido de lo escrito por el autor. Pero un editor también puede crear libros y entonces ya se convierte en compilador, digamos, de una selección de discursos del Comandante, una selección de escritos de José Martí, una antología de escritos del Che, por ejemplo. Ese es otro trabajo del editor. El editor aporta cultura en la medida en que crea realmente, crea cosas que incluso van más allá de lo originalmente concebido por el autor, y se dan casos en que un editor se convierte de hecho en segundo autor de la obra, y hay autores que tienen la generosidad y la modestia suficientes de reconocerlo. Para mí es un trabajo muy importante, muy creativo, muy estimulante, que puede dar a quien lo hace y lo ejerce bien, una gran satisfacción y una gran realización.

Usted contaba cómo había llegado a la investigación histórica de la mano de Celia, ¿qué recuerdos guarda de ella?

Para mí es sumamente difícil hablar de Celia, porque la relación, el cariño, la confianza que Celia depositó en mí es algo que guardo íntimamente en mi corazón.



Ella era una persona excepcional, de gran dulzura, mucha comprensión, pero también de una gran exigencia; combinaba de una manera única ambas cosas. Una mujer de singular delicadeza, de extraordinaria sensibilidad, sensibilidad humana y política. Una persona muy inteligente, al tanto de todo, muy informada. El pueblo decía que Celia era los ojos y los oídos de Fidel, que ahí donde Fidel no pudiera llegar por sus responsabilidades, llegaba ella. En Fidel, Celia veía al pueblo: en Celia, el pueblo veía a Fidel. El pueblo sentía hacia ella un cariño y una admiración extraordinarios por su capacidad para conocer, para comprender los dolores y las alegrías de cualquiera, tanto individuales, como colectivas. Su muerte fue realmente una pérdida irreparable.

¿De algún modo su libro Celia: ensayo para una biografía, es una especie de homenaje a su figura?

Por supuesto, trato en la medida de mis posibilidades de dar la imagen de esa mujer extraordinaria; pero eso no se puede lograr con unas cuantas páginas de un libro, su figura y su proyección van mucho más allá.

Usted lleva muchos años al frente de las Oficinas de Publicaciones y de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, ¿qué responsabilidad ha tenido esta institución para la salvaguarda de la memoria de la Revolución?

La Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado es una editorial, publica libros, folletos y otros materiales impresos, muchos de ellos de carácter histórico. Su función, en términos de la memoria histórica, se complementa con la Oficina de Asuntos Históricos, que es donde se conserva toda la documentación de la etapa insurreccional de la Revolución. Ese sí es el depósito de la memoria histórica de la Revolución. De ahí la dedicatoria del Comandante en el libro que tuvo la enorme gentileza y la gran generosidad de hacerme llegar el día del Premio, en la que me califica de guardián de los documentos históricos. En la Oficina de Asuntos Históricos es donde está la memoria histórica de la Revolución, y la Oficina de Publicaciones lo que hace es divulgar, en la medida de lo posible, esa memoria histórica.

¿Cómo recibió esa dedicatoria?

Una enorme emoción. Para cualquiera que el Comandante en Jefe tenga un gesto semejante, significa una gran emoción y en mi caso, por supuesto, un compromiso, el compromiso de seguir siendo ese guardián intachable, como él me califica en su dedicatoria, de seguir sirviendo a la Revolución con dedicación y fidelidad.

En su discurso de agradecimiento dijo que trabajar con él había sido su mayor reto y su mejor escuela.

Puse el ejemplo del libro que se preparó para la Séptima Cumbre de los Países No Alineados, en 1981, en la que él rendía informe como Presidente saliente designado en la Sexta Cumbre, que había sido en La Habana, y a la que quiso no llevar un informe, sino llevar ese libro que él mismo tituló *La crisis económica y social del mundo*. Ahí fue donde por primera vez realmente sufrí como editor esa pasión del Comandante por la claridad, por la precisión, por la exactitud, en una palabra, por la perfección. Recuerdo las discusiones de madrugada, a veces durante horas, por una palabra, porque no era solo yo, estaba un grupo de compañeros que había participado en la elaboración del primer borrador del libro, algunos economistas, algunos sociólogos, y las discusiones eran a veces de horas por una palabra. Porque, ¿qué ocurre con el Comandante?, que es un hombre de una información vastísima, está al tanto y al día de todo, es un hombre que ha leído muchísimo, con una extensísima y profundísima cultura. Es muy difícil trabajar con un autor que tiene estos requisitos y además es el Comandante en Jefe, o sea, no es discutir con cualquiera. Pero como es un hombre de una gran comprensión y muy inteligente, si se da cuenta de que otro tiene la razón es capaz de reconocerlo, o sea, no es un hombre terco, obstinado, cerrado a admitir que otro pueda tener la razón. Por eso yo decía que trabajar un libro del Comandante es el mayor reto que un editor puede tener y la mejor escuela al mismo tiempo.

Ya me ha tocado este de *La crisis económica y social del mundo, Fidel y la religión*, con Frei Betto, *Un grano de maíz*, con Tomás Borge, *Un encuentro con Fidel* con Gianni Miná, y ahora más recientemente *Cien horas con Fidel*, con Ignacio Ramonet, un libro excepcional, por lo complejo y variado de su contenido, donde prácticamente Ramonet en su entrevista pasea al Comandante a lo largo de toda su vida, desde su infancia en Birán hasta los hechos más recientes: la lucha por el medio ambiente, por la liberación de los Cinco héroes, etcétera.

De hecho, Ramonet ha dicho que usted se había convertido en el tercer autor del libro...

Lo ha dicho públicamente y también en una dedicatoria que me hizo en un ejemplar del libro, porque realmente el trabajo editorial con este libro fue muy complejo, muy vasto, profundo y bastante creativo. En menos de un año hubo tres ediciones de ese libro, porque la primera edición el Comandante nos autorizó a Ramonet y a mí a publicarla sin que él la hubiera revisado, y cuando salió el libro en mayo de 2006 él empezó a leerlo ya completo, y quiso realizar una revisión a fondo, y fue la segunda edición publicada en septiembre para la Cumbre de los No Alineados. Aun así, en medio de su enfermedad, de su convalecencia, quiso seguir revisando el libro y salió la tercera edición en diciembre para el 80 cumpleaños diferido, con preguntas añadidas fundamentalmente sobre Francia y temas relacionados con personalidades de ese país que

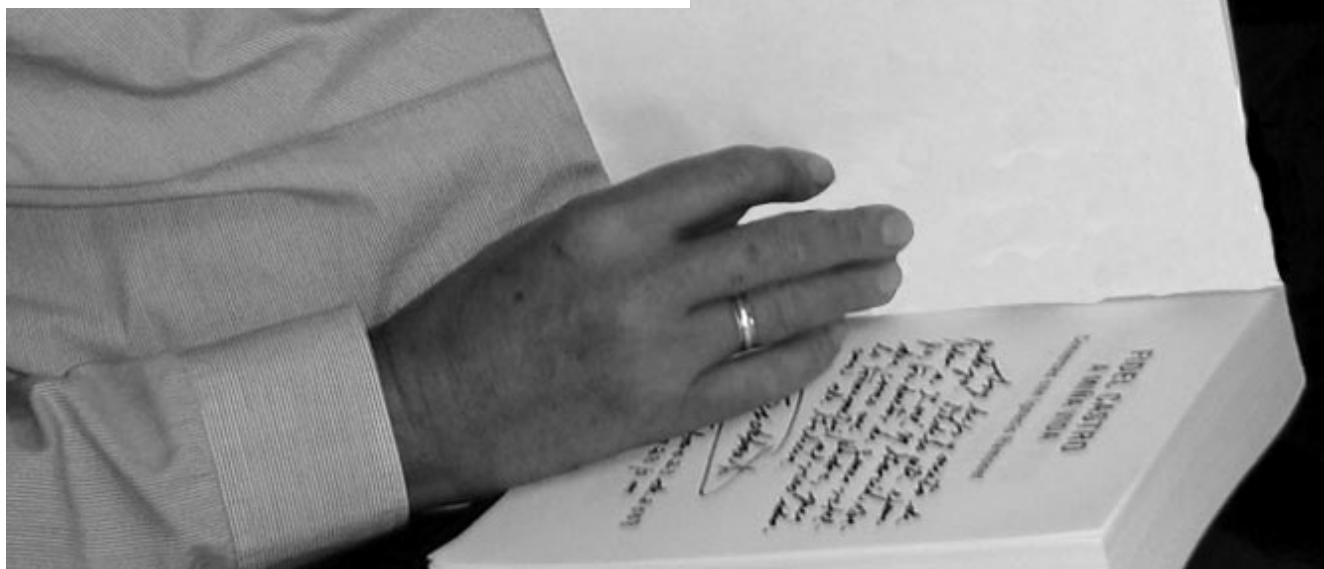
Ramonet le pidió incluir para la edición francesa del libro, él aceptó y se incluyeron también en esa tercera edición.

Ha estado también al cuidado de libros como El diario de la guerra, ¿qué emociones provoca tener en sus manos los documentos o testimonios directos de los principales protagonistas de la lucha revolucionaria?

Es una sensación a la cual te acostumbras con el tiempo, pero al principio te tiemblan las manos, porque en la Oficina de Asuntos Históricos no solo están depositados los originales del Che, de Frank, del Comandante, de Celia, de Raúl; está depositada también toda la papelería original de Martí, que por decisión del Comandante en Jefe se guarda allí. Te tiemblan las manos cuando tomas entre tus dedos uno de esos manuscritos. Llega un momento, como todo en la vida, en que te acostumbras a ello; pero al principio realmente es muy impresionante tener en tus manos un papel escrito en su momento por una de estas personas extraordinarias y que te haya tocado a ti ser el custodio, el guardián de ese patrimonio de la nación cubana.

Usted también es reconocido como un apasionado martiano...

Me hubiera gustado trabajar más el pensamiento y la figura de Martí —que es una personalidad extraordinaria en la historia no solo de América, sino también del mundo, un hombre de dimensión universal—, pero no he tenido la oportunidad ni el tiempo, por estar cumpliendo otras obligaciones. Por suerte otros compañeros han trabajado mucho su figura y ya en estos momentos se ha dicho, no todo, porque es imposible, pero se ha dicho mucho de su obra y su pensamiento. Sí tengo dos o tres libros de compilaciones sobre el pensamiento martiano, por ejemplo, la *Antología mínima* en dos tomos, *Escritos sobre educación* y *El Partido Revolucionario y la guerra*; pero lamento no haber tenido el tiempo de haber trabajado más su figura. Ahora que tal vez puedo disponer de un poco más de tiempo, quizá pueda escribir y hacer algunas otras cosas que tengo en mente, pendientes.



¿Tiene ya algún libro que esté pensando en trabajar o es solo un proyecto en general?

Quiero seguir trabajando en la serie que comencé con el primer tomo del *Diario de la guerra*, completarlo hasta el triunfo del Primero de Enero del 59. Ya de hecho está terminado y publicado el segundo tomo, porque se publicó no como libro sino en forma de suplementos especiales del periódico *Granma* en 1997. Estos continuaban el diario de la guerra hasta el combate del Uvero. Un investigador que trabaja conmigo en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, Heberto Norman, tiene prácticamente terminado lo que sería el *Diario de la Guerra III*, el cual llegaría hasta el primer combate de Pino del Agua, y así sucesivamente. Tengo muy avanzado un libro sobre la etapa de la gran ofensiva enemiga en el verano del 58, en la Sierra Maestra, para así terminar de alguna manera este trabajo completo sobre la guerra de liberación en el Primer Frente. Tengo otros proyectos, cosas por hacer y escribir, pero aún no quisiera mencionarlos, porque están un poco verdes todavía.

Se le conoce como un ferviente defensor del patrimonio, ¿por qué considera tan importante esa función de custodia?

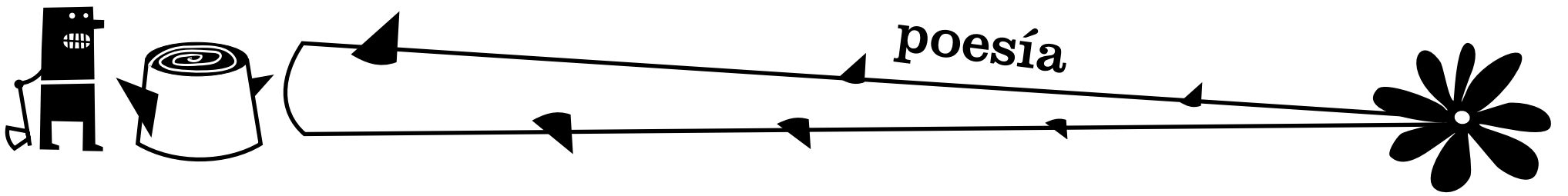
Ningún país puede perder su historia. Hemos sido testigos de hechos muy tristes ocurridos tras el derrumbe de la Unión Soviética, del campo socialista europeo, de

países que han querido negar o perder su historia. Un país no puede perder su historia, y mucho menos un país como Cuba, con un pasado de heroísmo, de sacrificio, de lucha, de combate, de resistencia tan extraordinario como el del pueblo cubano. Esos sitios o lugares son monumentos a esa historia. Cuando llegas a Playitas de Cajobabo, por ejemplo, o la Comandancia de la Plata, sientes una magia que te empieza a decir por qué se ganó esa guerra, por qué estamos aquí los cubanos a pesar de 50 años de todo cuanto han querido hacer contra esta Revolución y contra este pueblo, por esa voluntad de resistencia y de sacrificio que no es de ahora, sino que viene desde el 68, desde la primera Guerra de Independencia. Cualquiera de esos lugares nos habla de eso y, por tanto, son lugares a los cuales se debe salvar, conservar para las futuras generaciones, para que los jóvenes lo comprendan, lo vean, lo sientan y asimilen esa misma magia que sentimos nosotros ahora cuando llegamos a ellos. Las Oficinas de Historia del Consejo de Estado tienen la responsabilidad de atender y cuidar muchos de esos lugares. Eso para nosotros es un deber sagrado, cuidar esos lugares y tratar de convertirlos en sitios donde los jóvenes puedan conocer y sentir nuestra historia. Por ejemplo, Birán está ahí cuidado, solo cuidado, porque están vivos los principales protagonistas y, como es sabido, ha sido un principio fundamental sentado desde el primer momento por el Comandante, que nada relacionado con su persona adquiera un carácter monumental. Pero Birán tiene las condiciones para ser convertido en un gran museo donde se expliquen las razones

por las que ese hijo de un gallego inmigrante se convirtió en el líder de la Revolución Cubana. Birán es un lugar extraordinario. Allí te das cuenta de quién era Ángel Castro, ese hombre que llegó con una mano delante y otra detrás y logró construir ese feudo, ganándose además el respeto y el cariño de todos sus trabajadores, porque a pesar de ser un hombre relativamente acomodado no era un explotador al estilo de los que abundaban en esa época y en esa zona. El Comandante ha hablado mucho de eso, incluso en el libro de Ramonet.

¿Qué importancia le concede al hecho de volver a la historia en el proceso de construcción de un país?

La historia de un pueblo es su verdadera esencia, es su trayectoria, y más aún, como decía, en el caso de un pueblo que se ha caracterizado en los últimos 150 años por la lucha, por su tenacidad para lograr los objetivos, primero de su independencia, después de su plena liberación, frente a obstáculos enormes. En nuestro caso, de ninguna manera podemos no ya olvidar nuestra historia, sino ni siquiera dejarla de tener siempre presente como referente para seguir batallando. Para mí nuestra historia es un valor esencial de nuestra identidad, de la cubanía. ■



ESPEJO DE PACIENCIA

[...]

Andaba entre los nuestros diligente
 Un etíope digno de alabanza,
 Llamado Salvador, negro valiente,
 De los que tiene Yara en su labranza,
 Hijo de Golomón, viejo prudente:
 El cual, armado de machete y lanza,
 Cuando vido a Gilberto andar brioso,
 Arremete contra él cual león furioso.

Don Gilberto que vido al etíope,
 Se puso luego a punto de batalla,
 Y se encontraron; mas quedó del golpe
 Desnudo el negro, y el francés con malla.
 ¡Oh tú, divina musa Caliope,
 Permite, y tú bella ninfa Aglaya,
 Que pueda dibujar la pluma mía
 De este negro el valor y valentía!

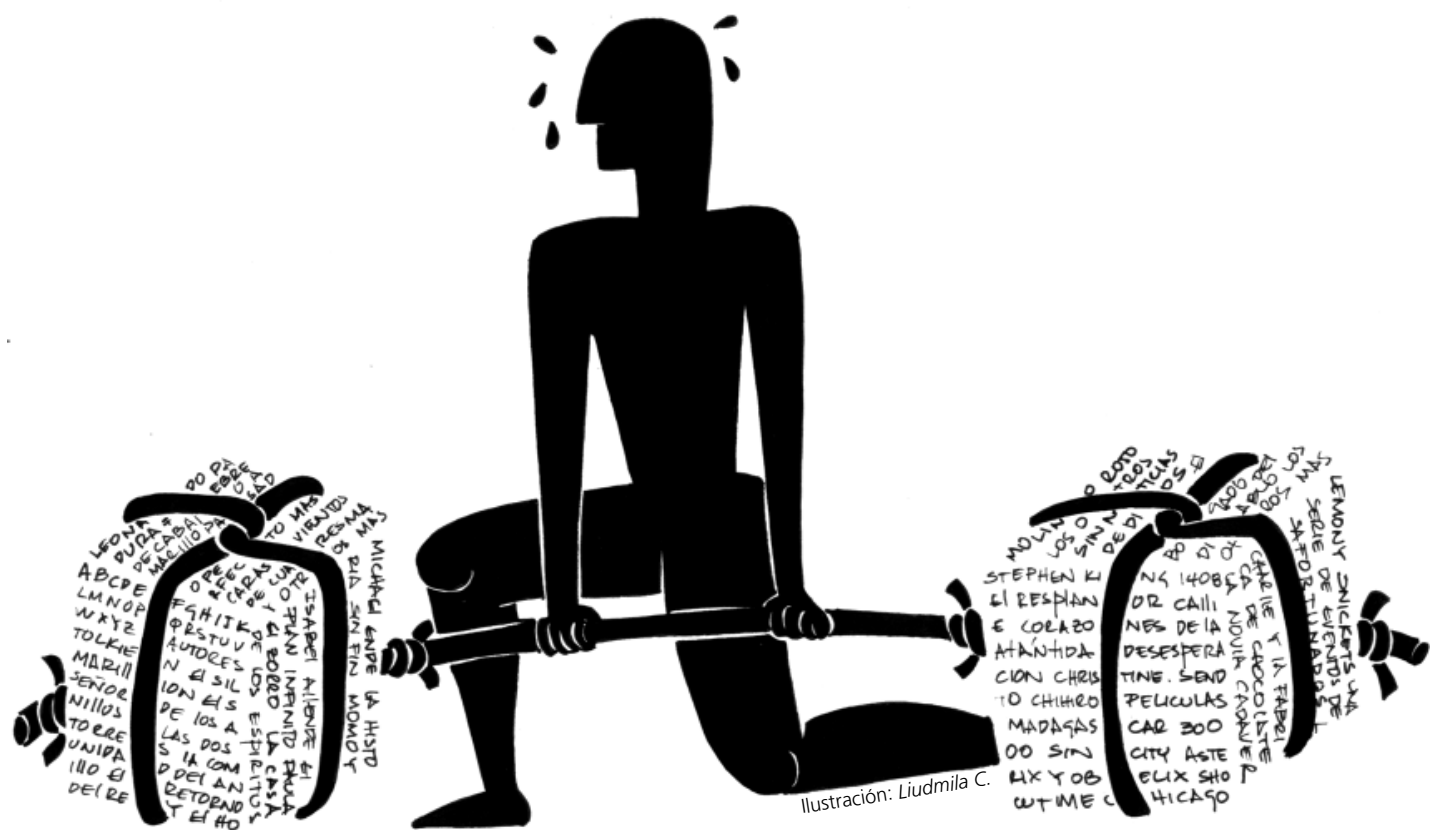
Andaba Don Gilberto ya cansado,
 Y ofendido de un negro con vergüenza;
 Que las más veces vemos que un pecado
 Al hombre trae a lo que nunca piensa:
 Y viéndole el buen negro desmayado,
 Sin que perdiese punto en su defensa,
 Hizóse afuera y le apuntó derecho,
 Metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado, cuando al punto
 El alma se salió por esta herida,
 Dejando el cuerpo pálido y difunto,
 Pagando las maldades que hizo en vida.
 Luego uno de los nuestros que allí junto
 Estaba con la mano prevenida,
 Le corta la cabeza, y con tal gloria
 A voces aclamaron la victoria.

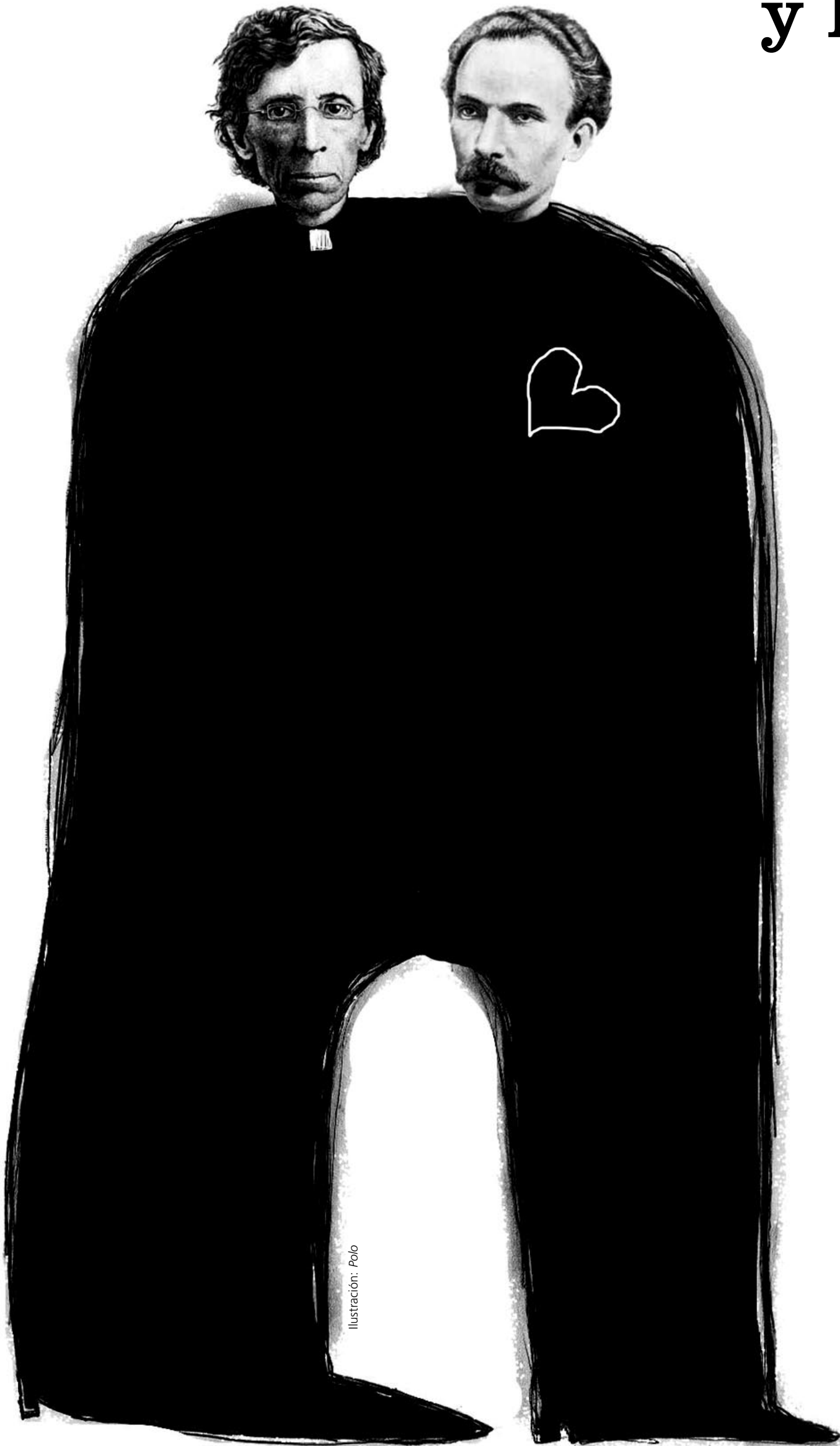
¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!
 ¡Vuele tu fama, y nunca se consuma;
 Que en la alabanza de tan buen soldado
 Es bien que no se cansen lengua y pluma!
 Y no porque te doy este dictado,
 Ningún mordaz entienda ni presuma
 Que es afición que tengo en lo que escribo
 A un negro esclavo, y sin razón cautivo.

Y tú, claro Bayamo peregrino,
 Ostenta ese blasón que te engrandece;
 Y a este etíope, de memoria dino,
 Dale la libertad pues la merece.
 De las arenas de tu río divino
 El pálido metal que te enriquece
 Saca, y ahorra antes que el vulgo hable,
 A Salvador el negro memorable.
 [...]

**Silvestre de Balboa y Troya de Quesada
 (1563-1647)**



La partida de Varela y la llegada de Martí



Memorias

Eliades Acosta Matos

En 1848, año revolucionario en Europa, el precario estado de salud del padre Félix Varela lo obliga a trasladarse de la agitada New York al arenal que era entonces San Agustín de la Florida. Vivía pobremente aquel hombrecillo que nadie identificaría exteriormente con el gigante moral que era. De naturaleza apacible y bondadosa, pocos recordarían para entonces que al dejar establecida la primera Cátedra de la Constitución que se creaba en el continente americano, en la temprana fecha del 21 de enero de 1821, un Varela de apenas 32 años había declarado, ante un público numeroso y asombrado de su osadía: «Esta es la cátedra de la libertad y de los derechos del hombre».

El hombre de salud quebrantada que llegaba para no salir nunca más de la Florida, hasta que sus restos fueran trasladados de regreso a la Patria, había sido electo en 1822 diputado a Corte por la Isla de Cuba, junto a Leonardo Santos Suárez y el catalán Tomás Gener. Allí, mientras otros se congraciaban con los cortesanos madrileños o cerraban negocios y prebendas a cambio de cabildeo político, un Varela enjuto y cetrino hasta el martirio presentaba dos proyectos singulares que le acarrearían el destierro perpetuo y la enconada animadversión de la Corona española: el Proyecto de Gobierno Autónomo para el gobierno político de las provincias de Ultramar, y el Proyecto de Decreto sobre la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba. Una vez más, para darse fuerzas ante la desatención y la hostilidad con que tales medidas revolucionarias fueron recibidas por una Corte que se reputaba de liberal y progresista, Varela debió repetirse, por lo bajo, lo que el obispo Espada había dicho de él, años atrás, en su querida Habana: «Este joven catedrático va adelantado, pero aún tiene mucho que barrer». En efecto, la historia siempre demuestra que los adelantados como Varela, y como ocurriría luego con Saco y Martí, han de pagar un alto precio por barrer los escombros del pasado, pero sin ellos la propia historia no podría avanzar.

El desempeño de Varela en aquellas Cortes es poco conocido. Quizá al trasladarse a la casa de San Agustín, de la Florida, casi una celda monacal, donde pasaría los últimos años de su vida, debió recordar el calor de aquellos debates y la altura con que las mejores causas del momento fueron defendidas por él, con elocuencia suprema. Aquellas encendidas polémicas debieron llenar de ruidos su cabeza, poniendo alguna que otra sonrisa pícaro en los labios que apenas se despegaban ya para nada que no fuese orar o aconsejar. El 20 de octubre de 1822, como si fuese un patriarca bíblico y no un humilde cura de una remota colonia, ataca a los obispos que combaten abiertamente la Constitución de Cádiz, recomendando que se declaren vacantes sus obispados y que el gobierno los traslade a otros puntos de la península. El 22 de octubre se yergue ante los militares, casta omnipotente en la historia de España, para decirles en pleno rostro que no pueden detentar facultades extraordinarias para castigar a sospechosos, porque ello «es algo peor que una dictadura», y para rematar la batalla en este frente, el 14 de diciembre, defiende la tesis, más que avanzada, de que los militares no deben detentar derechos diferentes a los de los demás ciudadanos.

En Cádiz, un Varela cada vez más radical, y por lo tanto, más revolucionario, había quemado definitivamente sus naves. Al producirse la llamada «Invasión de los cien mil hijos de San Luis» al mando del Duque de Angulema, con el expreso propósito de restaurar la monarquía y sus fueros, sin las riendas de una constitución liberal, y ante la traición de un pérfido Fernando VII, que se apresura a pasar al campo francés después de haberse refugiado en Cádiz con los diputados, Varela se ve obligado a pasar a Gibraltar, junto a Gener y Santo Suárez, el 3 de octubre de 1823. A mediados de diciembre, a bordo del buque inglés *Drape*, arriba definitivamente a los EE.UU., dejando atrás las últimas ataduras con la política española y una condena a muerte, por revolucionario y sedicioso, con la que el traidor de Fernando VII quiso premiarlo. En 1824, desde Filadelfia, comienza a publicar *El Habanero*, su periódico independentista.

De la influencia y fuerza creciente de su ideario, que llegaba de contrabando a la Isla mediante el periódico y era un acicate para los que conspiraban contra el colonialismo, especialmente los jóvenes, testimonia el hecho de que el Capitán General Vives, uno de los espadones peninsulares derrotado en las contiendas libertarias americanas, ofreció 30 mil pesos a un criminal apodado el Tuerto Morejón, para que pasase a EE.UU. y lo asesinasen. El Varela invernal de la Florida debió recordar el incidente y dedicar alguna plegaria silenciosa por el alma de quien lo buscó para matarlo por codicia, y se retiró abatido y lleno de remordimientos, tras confesarse ante él y ser desarmado por la luz de que la virtud y la verdad siempre están aureoladas. José Martí, continuador de sus ideas y de su apostolado, protagonizaría un incidente similar en Tampa, mientras se encontraba preparando la Guerra del 95.

Para demostrar que las ideas se combaten con ideas, y que la censura colonial y la represión pierden su fuerza cuando se les muestra a la luz pública, Varela publicó en el número seis de *El Habanero* el texto íntegro de la Real Orden de Fernando VII, mediante la cual se establecía la prohibición expresa para evitar... «que el indicado folleto sea introducido en la Península e islas adyacentes». Decepcionado ante el espectáculo desolador de la política española,

donde los ideales revolucionarios y liberales eran desechados por quienes habían jurado solemnemente defenderlos hasta la muerte, para correr a unirse al carro del déspota felón, y por el propio panorama de la isla de Cuba, esa que deseaba «verla tan isla en lo político como lo es en la naturaleza», cuyos prohombres coquetaban con las mismas autoridades e instituciones coloniales a las que antes, en privado, había jurado destruir, hacia 1826 se retiró de toda participación activa en las luchas, dedicándose al magisterio y el sacerdocio.

Mucho debió sufrir en lo hondo el alma buena y generosa de Varela, ante el triste espectáculo de la ingratitud humana y la inconstancia de los hombres; ante una política de pactos y componendas, huérfana de principios; ante el despliegue del egoísmo más abyecto disfrazado de altas conveniencias para la Patria. Pero como ocurre en hombres de su estatura, no se arrepintió jamás de sus ideas, ni abjuró de sus principios. Al llegar a su otoño, y aun cuando muy debilitado y casi inmóvil, había adquirido ya la naturaleza pura de los que saben comprender, sin olvidar, dicen que parecía levitar y le salía un fuego especial por la mirada noble, si le hablaban de su Cuba querida.

No todo había sido sinsabores y decepciones. En 1828, viaja expresamente a New York un grupo de sus antiguos discípulos que lo reverencian desde la distancia. Allí lo encuentran José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Antonio de la Luz y José Luis Alfonso. De aquel encuentro mítico, del cual desafortunadamente no ha quedado testimonio alguno para la historia, surge la idea de publicar entre todos *El Mensajero Semanal*, el cual circula entre 1828 y 1830. Deberá hacerse un estudio detallado, sin prejuicios, con profunda cultura, y desde la responsabilidad que da el conocimiento de ciertas misteriosas regularidades en la Historia de Cuba, para desentrañar cómo maestros y alumnos, discípulos y condiscípulos, a veces prolongándose a través de varias generaciones, han ido tejiendo una red de ideas, casi siempre revolucionarias y patrióticas, para, llegado el momento preciso, desatar los nudos del devenir de la nación. Mientras en otros países las castas y los clanes han ejercido tal influencia histórica, en Cuba, desde Félix Varela, las contradicciones históricas se han dirimido, inicialmente, en las aulas y desde la relación entre los maestros y sus alumnos. Hermosa metáfora que ilumina el destino de la Isla.

Pero llega la hora definitiva y encuentra a aquel anciano, casi transparente a fuerza de destinar a otros lo que debió haber reservado para su sustento, envuelto en la luz de los inmortales. Pocos de los que lo rodean en sus últimos momentos pueden imaginar que lejos de terminar, Varela se immortaliza allí y sus ideas circularán, como nunca antes, tocando a la puerta del alma nacional, que tardará aún 15 años en abrirse para siempre en un remoto punto del Oriente cubano, en un ingenio nombrado La Demajagua.

José Manuel Casal, uno de sus fieles discípulos, comisionado por los demás, llega tarde para auxiliarlo. Murió en paz consigo mismo y con todos, el 25 de febrero de 1853. En abril, una sencilla lápida fue colocada sobre su tumba, «Al Padre Varela, de los cubanos».

Apenas un mes antes, en la calle de Paula, la familia Martí y Pérez se estremecía de emoción al escuchar el llanto de un recién nacido, el primer varón. José Julián Martí y Pérez había llegado. Ya Varela podía partir. ■



Amado del Pino

LORCA envía y recibe

Cada vez disfruto más de los epistolarios, libros de memoria, diarios íntimos. Claro, no todos son iguales de hondos y diáfanos. Como la grandeza o la brillantez varían aun entre los mejores autores; la capacidad o el gusto para escribir cartas, hacer apuntes, dejar contraseñas a la posteridad también cambia de una firma a otra.

Hace poco estaba en una biblioteca a la que acudo de vez en cuando. A decir verdad, prefiero la Regional de Murcia: más pública y llena de adolescentes, pero también con mayores dosis de alegría y eficacia. Esa tarde no andaba muy inspirado en mi investigación. Pensé anotar algo ahí mismo y no llevarme ningún libro prestado. En lo alto del anaquel de madera, encontré el grueso tomo. Todas las cartas de Lorca se agrupaban en el libraco, que no pude dejar de pasar por las manos de una señora un poco distante y portadora de la advertencia de que solo cuento con diez días para tanto intercambio.

A mitad de la lectura, me voy percatando de que los afanes y desvelos de Federico tuvieron algo que ver con los de todos los que intentamos publicar y, sobre todo cuando andamos por los campos de la dramaturgia, estrenar. Me da un poco de gracia la forma casi compulsiva en que —ya a principios de la década del 30 del siglo pasado, años después de las cartas que voy leyendo— mi querido Miguel Hernández pretendió que el genial Lorca le ayudara a llevar sus obras a las tablas. Tal vez para el de Orihuela —ni tan pobre ni tan pastor como se ha enarbolado, pero con muchas menos opciones económicas— García Lorca siempre lo tuvo todo fácil. Y no fue así. Escribe, pregunta, espera, se disgusta como cualquier autor teatral, principiante o no tan novato, en busca de entrar en contacto con el público. Claro, después de los primeros éxitos en España, en medio mundo no han dejado de representarlo.

Este amigo con letras, casi tan grueso como yo, me trae, además, muchos recuerdos. En primer lugar la querida antología cubana, aquel *Lorca por Lorca* que nos aprendimos de memoria en la adolescencia. Mi relación con los libros no ha sido un lecho de rosas. En una época compré y guardé; en otra (amarguita) perdí y hasta vendí. Sin embargo, el tomo con buena parte de la poesía y del teatro de Federico siempre termina por aparecer en un costado de las cajas. Hace años perdió la endeble y hermosa cubierta, cada vez está más amarillento, pero siempre que lo vuelva a rescatar sentiré algo que por no parecer ridículo no nombro francamente como emoción.

Con unas cuartillas sobre el autor de *Bodas de sangre* llegué al Instituto Superior de Arte hace ahora unos 30 años. Al irónico pero sensible Rine Leal —fundador de la Teatrológica cubana— le conmovió un poco mi pasión lorquiana, que procedía de la infancia y de mi profunda y añorada ruralidad.

Dialogando con las cartas me viene a la memoria el estreno de *Mariana*, dirigida por el maestro Roberto Blanco en 1987. Pienso que muy bien le habrían venido al renovador de la escena cubana estas cartas y apuntes que entonces no habían visto la luz. Evoco aquel ensayo general doble y sobre todo la labor protagónica de Susana Alonso que después pocos disfrutarían ante el público. El libro se queda sobre mi pecho y recuerdo los comienzos de mi amistad con Roberto Bertrand, el formidable actor que antes había sido salvavidas, pero no pudo nadar bien entre la corriente del alcohol y la melancolía. Pero todo fue después. Entonces «el Bértran» brilló en cuatro personajes y siempre evocamos la emoción con que asumía al propio Lorca en una electrizante escena hacia el final de la obra.

En esta *Mariana* —a la que Blanco le quitó el apellido Pineda pero respetó muy bien sus esencias— había un coro de jóvenes que debía acomodarse y funcionar debajo de un hermoso manto. Todavía el cercano actor Renecito de la Cruz cuenta anécdotas de las bromas y sustos que se producían debajo de aquel manto, que desde el público se veía tan hermoso y resultaba tan eficaz. Uno de los que más sufría era el gigantesco Camilo Portuondo, otro entrañable amigo de esos 80 al que no veo desde hace mucho.

Las líneas que escribo ya se pasan de mi costumbre y, con el amanecer, regreso a este librote que comprime tantos mensajes, esperanzas, certezas.



«El silencio y la esperanza», óleo, 1981

El cuerpo masculino era su gran obsesión. Era un tipo con una gran fantasía homoerótica y un rigor profesional envidiable. Maestro de influencias en muchos que pasaron por su casa, pero sin embargo su corazón sufrió un dolor que no merecía.
RUBÉN RODRÍGUEZ¹

La figuración épica y el erotismo abstracto pudieran definirse como los aspectos históricamente más realzados dentro del discurso institucional que se emite en Cuba sobre la obra de Servando Cabrera Moreno, entendidos estos como los campos más descomunales y significativos abordados en el lenguaje de su acción pictórica. La supratrascendencia de la Revolución Cubana sobre casi todo el hacer y el pensar generados dentro y fuera de la Isla pudiera hacer muy entendible que la balanza de las aproximaciones se inclinase a sopesar más su singular manera de testimoniar la epopeya de los primeros años de la Revolución desde un acercamiento monumental —casi escultórico aun en la bidimensionalidad de los lienzos— a los héroes y protagonistas de las dinámicas transformaciones sociopolíticas que marcaron aquellos años iniciales del proceso revolucionario del 59, que a destacar la inmensidad expresiva de sus incitaciones y alusiones a la fuerza del *Eros* desde la interrelación de cuerpos fundidos y «abstraídos» en abundancia.

No obstante, a cualquiera de las múltiples mediaciones teóricas que han encausado el juicio hacia sus grandes etapas, nunca obviadas en los análisis de su impronta dentro del mejor arte cubano, resultan generalmente reduccionistas muchos de los textos más públicos emitidos, porque evitan o sortean con timidez la más profunda y esencial obsesión del artista, su sublime y liberal adoración de la sensualidad y sexualidad de la figura masculina y, por tanto, su respetable y paradigmática pertenencia a la mirada homoerótica dentro del mejor arte nacional.

Haber desarrollado una obra plástica inevitablemente distinguida por su valor visual y exceptuada de corrientes de modas durante las décadas del 60 y el 70, y haberla resuelto con dignidad y talento bajo la presión del conflicto medular entre su

Andrés D. Abreu El paradigma mutilado

figura dentro del panorama del Arte Cubano, al que se le despoja de un claro paradigma para el análisis de la progresión de esa mirada o «voz homoerótica»³ inevitable y significativamente dinámica a partir de los años 90 dado el explícito aporte de otros reconocidos creadores como Raúl Martínez, Eduardo Hernández, Rocío García y René Peña, y la no tan evidente, pero debatible presencia de su sentido en piezas de otros muchos como Cosme Proenza, Rubén Rodríguez, Elvis Cellez o Harold López.

El anunciado programa homenaje⁴ que se organiza por el aniversario 85 del natalicio de Servando pudiera servir de marco oportuno para abrir todas esas puertas que han resguardado dubitativamente determinadas lecturas del universo visual del artista y limitado el escape de una luz esencial y vital en sus imágenes cuanto líricas como perturbadoras.

Tanto en los más realistas y colosales trazos epopéyicos considerados cercanos al muralismo, como en las mejores transparencias e interconexiones de torsos servandinos está en profusión un hombre creado bajo un imaginario de seducción alrededor de otro hombre, para tras esa posible sugestión expresarse tentadora y explosivamente una elocuencia de lucha, trabajo, amor y sexo. Y si cuatro décadas atrás, para sortear los muros de la intransigencia homofóbica, el propio artista debió de seguro cercenar y transgenerar muchos de sus cuerpos amados y armados para evitar escindirse totalmente el alma, no dejemos que hoy nuestras mentes continúen cínicamente utilizando la fragmentación sexual del ser humano para marginarlo. Restaurar contextualmente en Servando toda su verdad es también ser consecuentes con el espacio cubano de hoy. En busca de días futuros mucho más abiertos, plurales, libres y revolucionarios en cuanto a proyecto social y cultural, vamos aceptando la justa convivencia de los diferentes y nos revolucionamos a nosotros mismos. ▀

personalidad homosexual e individualidad expresiva modernista y las complejas relaciones socioculturales establecidas por el contexto —extremadamente comprometido con una posición determinante de pensamiento único de lucha hacia el establecimiento de un nuevo modelo de sociedad y hombre revolucionario que lamentablemente no incluía la identidad homosexual—, se constituyen en validaciones de un sentido vanguardista pocas veces enunciado públicamente sobre la ética y estética del arte doblemente comprometido con su tiempo de Servando Cabrera.

«La obra erótica de Servando engarza de una forma bastante coherente en el conjunto de su creación, en la medida que toda está marcada por un espíritu, por una voluntad de emancipación, y al mismo tiempo por una fuerza vitalista con cierta violencia contenida... Tenía una timidez básica; no le gustaban demasiado la espectacularidad, el ambiente farandulero, la vida social de coctel... Pero al mismo tiempo era un cultivador de la amistad... Disfrutaba mucho enseñar, él pudo ser profesor durante un período muy breve, pero los alumnos que pasaron por sus clases sintieron, para siempre, la influencia de Servando.»²
Graziella Pogolotti

Continuar minimizando ese justo carácter de lucha y resistencia de una posición de esencia en su facto plástico y evadir la ineludible construcción de una valiosa y perdurable poética visual homoerótica, durante un período histórico de estructurales transformaciones para la nación cubana, pero erradamente y extremadamente homofóbico, es consentir las posturas retrógradas y conservadoras sobre un fenómeno hiriente, y disentir, además, de la necesaria y perentoria superación de un pasado que pesa sobre el desarrollo lógico de una cultura que no puede seguir excluyendo de sus grandes presupuestos humanistas la aceptación de la total diversidad natural y existencial humana en su plenitud sexual.

Sostener esos discursos mutilados y no transparentes sobre la producción artística de Cabrera Moreno bajo el miedo, pudor o rechazo al *homo* nos daña como seres racionales y cultos, y daña también la historicidad de su



«La luna rosa de plata», óleo, 100 x 80,5 cm, 1979

Los seres creados por Ivette Ávila vinieron a este mundo dispuestos a seducirnos y alcanzar lo que nos queda de ternura. Esa razón primigenia está en los personajes amasados doblemente por la artista, primero en la imaginación y, luego, en el mundo físico donde sus cuerpos se vuelven tangibles. Fue así como una parte de su mundo, el de las pequeñas esculturas, se convirtió en aquella presentación que bajo el título *Parábola de los abrazos*, desbordó el reducido espacio dedicado a las artes visuales en la nueva sede de *La Jiribilla*, el 30 de mayo.

Esta exposición personal de la joven artista se distinguió de modo cardinal por su lirismo; un lirismo encarnado en todos y cada uno de los personajes allí reunidos. Lo que hace más de un año era solo una fantasía, se convirtió en la crónica del ejercicio escultórico que la artista ha preferido como modo de expresión, al mismo tiempo que sintetizaba de manera puntual diversos momentos del camino por ella recorrido.

En esa amalgama que fue *Parábola de los abrazos*, estaba implícito ese primer segmento que va desde su infancia hasta su adolescencia, durante el cual Ivette acudió una y otra vez al modelado, de inicio con plastilina —como casi todos—, y luego, con el fango tomado del surco en los períodos de escuelas al campo en su paso por los diferentes niveles de la enseñanza. Los «muñequitos» resultantes de aquel procedimiento eran llevados por sus condiscípulos a los albergues cual diminutos trofeos de su peculiar habilidad; don que la llevó a incursionar en la cerámica, a desafiar las cualidades de la goma de mascar hasta tener una comunión con la cera que se producía en los panales cultivados por su padre para, finalmente, decidirse a reinterpretar, en cuanto a las posibilidades plásticas, la técnica del *papier maché*.

Ese ejercicio estaba acompañado por la especial relación que Ivette Ávila ha sostenido con los niños como cuando inventaba, hace algo más de dos años, múltiples divertimentos para intercambiar con los integrantes de dos círculos de interés en una escuela de La Habana Vieja.

En otro sentido se insertaba también esa amplia galería de actores configurada por los cuerpecillos creados para infinidad de velas, que son hoy parte de una especie de tradición, en cuanto a celebraciones, de muy diversa naturaleza (hecho que rebasa ampliamente su círculo de amigos y conocidos), diseminada silenciosamente en la ciudad, la Isla y más allá de ella.

No estarían completos los argumentos que determinaron su presentación en *La Jiribilla*, si no destacara esa capacidad de Ivette para aprovechar cada soporte, cada material, como espacio ganado a favor de lo escultórico. Así, la pintura al óleo, la ilustración y esa peculiar manera de asumir el *papier maché* con más amplio horizonte y un acabado donde la pátina determina la visualidad, expandieron un universo de ideas que la artista misma ha insistido en lograr en el abordaje de lo tridimensional, hecho que finalmente contribuyó notablemente a la materialización de ese sueño que era para ella llegar a animar sus propios personajes.

Ese sentido de volcarse hacia lo escultórico, esa cualidad sensorial en pos de lo volumétrico se descubre en la joven cuando «dibuja» tridimensionalmente, lo mismo con fino alambre de cobre que con un cable revestido y también, sin lugar a duda, cuando traza sobre el lienzo esos peculiares «lengudos» suyos. La línea de contorno de estas cabezotas —hace un tiempo atrás— incluía una intervención posterior



PARÁBOLA de los ABRAZOS

Caridad Blanco de la Cruz

sobre la pasta vertida, semejante a la de aquel lienzo que tan especialmente recuerdo, por la figura que llevaba una libélula en la punta de su singular prolongación.

Eso y mucho más fue *Parábola de los abrazos*. Su estructura como exhibición fue concebida a partir de dos núcleos fundamentales. El primero, integrado por un grupo de esculturas autónomas, piezas suficientes en sí mismas. El segundo núcleo se ideó en función de los personajes creados para un corto animado que sería también parte de la exposición.

Ambos grupos tenían en común su confección con materiales reciclados, la predisposición para sugerir la existencia de una historia, casi a punto de ser contada y el hecho de ser seres feos, reclamándonos el ejercicio de un sincero humanismo. La diferencia se establecía por la función para la cual habían sido realizados, sin que dicha función, visible allí, negara la posibilidad futura de roles intercambiables.

El primer conjunto escultórico fue esencialmente modelado desde el *papier maché* como material básico, con un acabado peculiar que le confería el uso de la pátina, el aserrín, la cera y la tinta de imprenta, entre otros elementos. Mención especial merece «Bomba», aquel corazón cuya presencia destacaba, entre otras cosas, el vigor del amor y la pasión, sentimientos cual armas de extrema nobleza para asumir la vida, incluso la sobrevivencia, expresión que pone un énfasis beligerante al hecho de existir. La pieza «Darío y el hombre gris» resultaba una aproximación al género del retrato. Atrapaba un gesto familiar de la artista, sujeto en la frescura y vivacidad de un niño que miraba, con picardía, a los ojos del espantapájaros que lo contenía, sentado en una oquedad de su propio cuerpo.

La estética que predomina en la creación de la trovadora Teresita Fernández y su significativo aporte a la música infantil, estaban en la espiritualidad de «Nido». No creo exagerar si afirmo que esa escultura ilustraba sucintamente, como nadie había hecho hasta hoy, ese clásico de la canción

universal que es «Lo feo», por medio de un ser sin brazos, carente de alegría y, sin duda, desahuciado. Un estado tan precario no impide al personaje abrigar y dar amparo, en el hueco que tiene justo donde debía llevar su corazón, a unos huevecillos que no tienen más que esa protección.

Una sugerente propuesta fue también aquella sirena de la tercera edad. Ella exhibía su ausencia de esplendor, en una reverencia a la sabiduría, tras dejar a un lado en esa distinción de lo mítico, la valorización extrema de la apariencia externa. «Homenaje a Teresita Fernández», como escultura, nació del trueque con un dibujo humorístico de corte ecológico. Su justa dimensión plástica, no hacía otra cosa que nombrar una de las fuentes a las que tributa, en sentido general, toda la propuesta de Ivette Ávila. «Parábola», por su parte fue, entre todas las piezas de la exposición, el resumen más preciso del pensamiento de la artista y de su postura reverente hacia todos los seres vivos sin distinción y a la naturaleza como *magna mater*.

Cabe señalar cómo la ingeniosidad, la imaginación y la sensibilidad de la joven artista resultan determinantes para reivindicar una técnica mal mirada por muchos. Esos factores y no otros fueron los responsables de la diferencia interpuesta entre sus obras y esas estereotipadas expresiones artesanales, convertidas en clichés de lo popular.

El otro conjunto que se conformó en la muestra lo integraron las marionetas utilizadas en el animado *La última gota* y la presentación del audiovisual en el mismo espacio de la exhibición. Cada personaje era sencillo y preciso en su diseño. Así lo exigía la modalidad de animación que se utilizó. Respondían eficazmente a la manipulación; transformables a tal punto que pudieron actuar según lo previsto en el guión escrito por la propia Ivette (a partir de una idea original de Ramiro Zardoya Sánchez) antes de asumir la dirección general del corto.

La disposición de esos personajes para el movimiento no se limitaba a una flexibilidad solo articular o de las extremidades, incluía desplazamientos de la cabeza, la boca y hasta de los ojos de muchos de ellos. La finalidad: conseguir un nivel de «interpretación» convincente. Todas aquellas marionetas ideadas y realizadas por la artista respondían a los requerimientos técnicos del *stop motion*, modalidad de animación a partir de la cual se realizó el audiovisual. Una guerra por una gota de agua podía verse en el corto de 84 segundos, este tiempo era el que requería el concurso donde el corto iba a participar¹.

Todos los personajes inanimados junto al público participante fueron convertidos en espectadores, no ya de la puesta en escena vista, sino de cada una de las narraciones escondidas en el hecho mismo de modelar. Tuvimos la primicia de esas viñetas. Viñetas del *story-board* de las ficciones que tal vez Ivette muy pronto nos empiece a contar.

En lo que llega esa ocasión, celebremos su apuesta, su fe en el mejoramiento humano. Festejemos esta vindicación de lo feo, lo imperfecto, lo incompleto, lo distinto; el espacio abierto a favor de la aceptación. Aceptar es, a diferencia de humillar, negar o maltratar, tener la capacidad de dar afecto, fuerza y convicción para estrenar una mirada y recibir, voluntariamente entre los brazos, esa desfavorable apariencia que tanta belleza esconde. ▀

1. *La última gota* representa a Cuba en el Festival VidéEau, Concurso Internacional de Video Spots con el tema «El agua, el hombre y el desarrollo sostenible». Este certamen está organizado por el Secretariado Internacional del Agua (SIA), con vista a los próximos encuentros internacionales «Agua y Cine» que se llevarán a cabo en Estambul en el 2009, durante el 5^o Foro Mundial del Agua. Justo cuando terminaba de redactar este texto supe que el spot se encontraba entre los 15 finalistas del concurso. Es oportuno reconocer que un trabajo de semejante magnitud fue posible, gracias al esfuerzo de un gran equipo de trabajo. La extensión de los créditos de este animado, impiden por razones de espacio, sean colocados aquí. Sin embargo, es imprescindible reconocer a David Noel Jaime Veitia en la Dirección de Animación y por haber conseguido que sobreviviera la modalidad del *stop motion*.



Tubo de ensayo, espacio de la posibilidad y lo visible

William Ruiz

Tubo de ensayo, para decirlo en dos palabras, es un proyecto que busca desarrollar estrategias para la comunicación entre los jóvenes teatristas en Cuba. Para decirlo en unas más es también un grupo de acciones que permiten la visualización, el diálogo, la construcción de una experiencia común entre artistas que comienzan a explorar las posibilidades de nuevas escrituras y escenas. Surgido de manera espontánea, Tubo de ensayo fue en principio la I Jornada de Novísimos Dramaturgos, un evento del sello editorial Tablas-Alarcos, como parte de sus Lecturas de Teatro Cubano. El principio se puede encontrar quizá un poco antes, en un movimiento de dramaturgos surgido en el Instituto Superior de Arte (ISA) con textos interesantes y una voluntad de convertir esa creación en fenómeno visible y organizado. Precisamente con una muestra de esos estudiantes es que se compuso la jornada. Más tarde vendría la I Jornada de Novísimos Teatrólogos, en un intento de validar la crítica como espacio que también puede significar renovación a partir de los cambios de perspectiva de su discurso. Este fue un evento que intentó defender su propia inseguridad: no se trata en este caso de poéticas críticas establecidas, sino de exploraciones, apreciaciones, búsquedas, intuiciones que algunos estudiantes de crítica de la Facultad de Artes Escénicas ponían a consideración de sus colegas e invitados para favorecer un espacio de debate.

Con la acumulación de ese material textual surgió entonces la idea de una multimedia que se convirtiera en memoria y definición de estos eventos. En el espacio digital, de cómoda manipulación, los textos dramáticos comparten reflexiones críticas significando, por la cantidad de información recogida, un muy efectivo modo de construir un documento que soporte y sea prueba física de un trabajo organizado y de resultados innegables. El nombre de esa multimedia fue precisamente, Tubo de ensayo. A partir de aquí, y con el comienzo de un productivo diálogo con la Asociación Hermanos Saíz, se decide asumir esa identificación como la de un grupo que determina estrategias de promoción y encuentro entre diferentes zonas de la creación teatral joven. Siempre partiendo de acciones concretas, Tubo de

ensayo proyecta una serie de eventos que permiten el desarrollo de los jóvenes artistas en un intento de dinamizar a partir de nuevas propuestas, desde el espacio que logremos, la producción teatral nacional.

Así se realizó del 9 al 12 de mayo pasado, en la fundación Ludwig, la II Jornada de Novísimos Dramaturgos, como el primero de los eventos Tubo de ensayo. Ahora con un mayor conocimiento de los dramaturgos y textos que participaban —no solo gracias a estas jornadas se han dado a conocer— cambió la composición del público asistente. Se salió de la circunscripción estrecha estudiantil para provocar incidencias directas en el mundo profesional. En este evento fueron mayores los niveles de construcción escénica en la concepción de las lecturas dramatizadas, signo de la intención espectacular que detentan los textos y los autores. Volvimos a encontrar las profundas diferencias formales entre los textos de una muestra que, como ha venido siendo norma, se organiza sobre un «canon de la multiplicidad». Y esa variedad es precisamente lo importante en este caso ya que no se trata de validar determinadas poéticas a partir de sus contenidos o la formalidad, sino de encontrar esas creaciones que posean, de la manera más diversa, la posibilidad de ser efectivas. Esta perspectiva amplia en relación con los textos no es absoluta. Tubo de ensayo se preocupa mucho por determinar los límites en que se mueven los materiales dentro de este espacio. No se trata de ser acumulativos, sino de ser intensivos en el descubrimiento y promoción de creaciones que signifiquen posibilidades renovadoras dentro del teatro nacional. Este espacio no funciona a partir de presupuestos estéticos o temáticos fijos —la diversidad que lo acompaña así lo demuestra—, sino que trabaja con una idea evidente: la necesidad de crear nuevos caminos para las prácticas escénicas, y es a la solución de ese problema que se dirige. Una vez más es necesario relativizar: no se trata de afirmar que Tubo de ensayo puede solucionar una zona deficiente del teatro cubano, sino que su intención es lograr un espacio creativo dinámico que, a partir de la producción concreta, y no solo con objetivos y planes, sea capaz de insertarse en nuestro contexto cultural como fenómeno coherente. ■

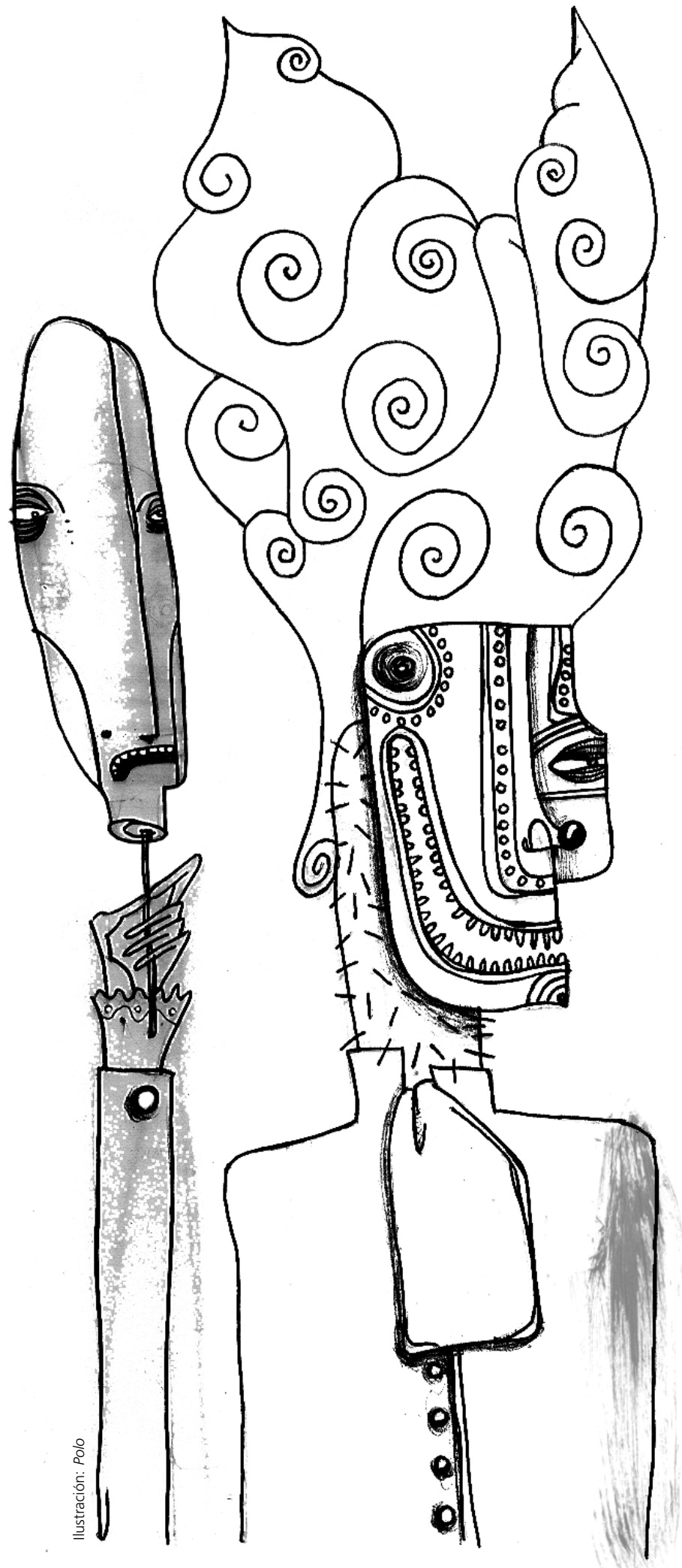


Ilustración: Polo

La realidad del audiovisual y el cine de nuestros días ofrece un panorama más rico y heterogéneo que la trillada y simplona división en dos bandos opuestos: la existencia de un cine oficialista o cine de los monopolios —sea privado o estatal—, y la del llamado cine independiente, alternativo o cine pobre.

La estrecha frontera entre el cine independiente y el cine apoyado por las instituciones oficiales es, a menudo, difusa e imperceptible, una frágil demarcación, porque es el evidente resultado de una gran negociación o pacto subliminal entre los poderosos y los cineastas, entre los productores y el conjunto de profesionales que han incurrido en el campo de la producción independiente.

En el presente estamos ante un cambio en las relaciones de estos dos grupos y es notoria una fusión, ya sea por eventuales concesiones tácticas de los dueños de la producción y el mercado, o por el desgaste continuado protagonizado por muchos cineastas durante el largo proceso producción-exhibición. Ello también es fruto de una creciente demanda en sectores del público cinematográfico por un nuevo audiovisual alternativo.

No sería adecuado plantear que esta nueva realidad ha sido la consecuencia de un proyecto premeditado y prediseñado por los cineastas y productores independientes en los inicios de este movimiento, hace más de una década y media. Lo percibo, sobre todo, como una mutación que viene acompañada de pocos pros y muchos contras. Y, sin embargo, durante este largo proceso, realizadores consagrados junto con numerosos debutantes y productores independientes del cine han podido y han sabido influir, directa e indirectamente, en el surgimiento de espacios de exhibición paralelos a los circuitos oficiales.

Cada vez con mayor frecuencia, filmes con producción tanto oficial, como alternativa, hallan fórmulas para la difusión que, en lugar de acontecer en los circuitos tradicionales, tienen lugar oficialmente en festivales alternativos, en casas clandestinas —que no tributan ni a los estados ni a los autores, con la consiguiente injusta no remuneración de ambos— o en el mano a mano de las infinitas cadenas de amigos. No perdamos de vista los innumerables caminos recorridos hacia la legalidad y en pos de la merecida retribución al autor, que prosiguieron a una anterior y extenuante lucha de sus actores por abandonar la marginalidad cultural.

Lo cierto es que hoy —salvo en numerosos espacios que ofrecen festivales y muestras periféricas en unos pocos países— no se ha logrado definitivamente una verdadera ventana para la distribución independiente. La mayoría de las incipientes salas digitales ya surgen controladas por los distribuidores tradicionales, haciendo desaparecer a los pequeños exhibidores, mientras que cada día se desperdician los diferentes sitios en Internet, a pesar de lo mucho que se predica en los foros internacionales sobre sus utilidades y potencialidades. Y, no obstante, Internet sigue siendo un camino cierto; pero solo si en el futuro inminente se aprovecha con velocidad esta herramienta de difusión, aunque todavía de escasa accesibilidad en el presente.

Por otro lado, y no sin razones, la gran mayoría de los cineastas no está dispuesta a perder su autonomía artística y, por ende, no dejará de ejercer sus legítimos derechos dentro de los espacios estándares, lo cual es comprensible y válido también. Por ello es estratégico ganar la mayor cantidad de espacios en la televisión, único medio de alcance verdaderamente masivo.

El Festival de Gibara, su modesta plataforma, ha sido y seguirá siendo accesible a aquellos autores y gestores

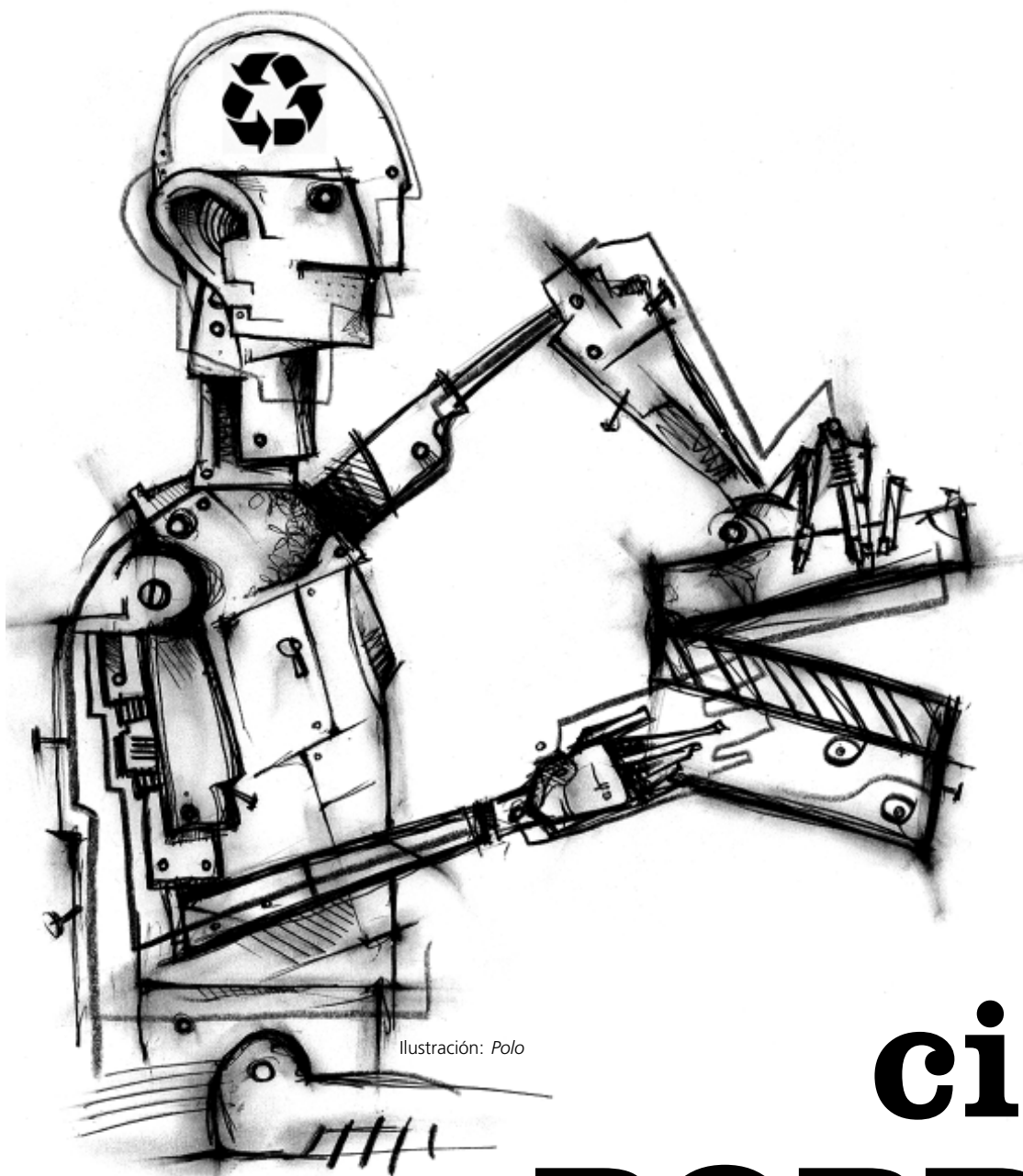


Ilustración: Polo

cine POBRE: el destino de los perseverantes

cinematográficos que no se han conformado con aceptar barreras institucionales, limitaciones financieras y burocráticas, que a menudo estimulan la creciente producción de un cine anodino, cuya inocuidad contextual, vacío espiritual y pérdida de frescura, barnizada de trucos de factura, se propaga por todo el planeta con planificada y perversa intencionalidad inmovilizadora.

Hoy existe un cine pobre alternativo e independiente; pero también culto y sofisticado, que es vanguardista y se contrapone a esas estructuras que promulgan obras condicionadas en nuestros países, ya sea temática o comercialmente. Las burocracias conservadoras pierden terreno ante el resurgir del interés por el audiovisual autónomo en cada nuevo y pequeño espacio cultural. Debemos centrar los esfuerzos en transgredir el principal obstáculo: consolidar la distribución independiente, que un día tendrá que ser generalizada desde el ordenador personal de un artista. Mientras tanto, debemos estar preparados para seguir siendo «no prioritarios» y para asumir fórmulas de subsistencia que nos permitan defender un cine artístico e independiente, que ineludiblemente hallará nuevos senderos, y donde encontrarán refugio las minorías que retratan y cambian la vida de sus entornos sociales en contra del dictado inculto, nada revolucionario e insensible a la cultura que los «poderosos» intentan imponer a las pequeñas comunidades.

Se inauguró el 6to. Festival con el largometraje *Personal Belongings*, sincero y hermoso filme cubano realizado íntegramente de manera independiente. Con esta película modesta, culminada ya plenamente, nos sentimos involucrados, pues recibí, en la pasada cita de Gibara, la necesaria financiación a través del Gran Premio Swiss Effects, lo cual facilitó su ampliado a 35 mm. *Personal Belongings* es una obra que nos enorgullece porque sus

autores transgredieron grandes barreras burocráticas para lograr sus propósitos.

Una vez más, el Festival de Cine Pobre de Gibara exhorta en esta sexta edición a los cineastas de todo el mundo, a buscar la autonomía máxima, a barrer con fríos e incultos Mesías de la banalidad y del oportunismo, burocratas de academia que pululan sin ningún apego por el arte cinematográfico, a cambio de prebendas o palmadillas aprobatorias.

Los obstáculos solo crean nuevas escenas, nuevos conflictos y nuevas ideas revolucionarias. Las cámaras están al alcance por todas partes, en los campos y en las ciudades, y hoy se filman películas cuyos marcos de libertad y no oficialidad conceptual se sintetizan, pues no son pocos los realizadores, actores y técnicos que, conscientes de su minúscula existencia terrenal como artistas, han sabido sacrificarse y salir a grabar de manera independiente.

Los autores del cine pobre, de ficción y documental, no van a adherirse al *status quo* del audiovisual conservador, ante la oferta siempre disponible para comprar a los «débiles». Nuestro espacio —el de Gibara— seguirá siendo el destino de los perseverantes; licencia deliciosa que se toma anualmente un grupo de cineastas, organizadores, amigos, músicos de vanguardia, plásticos, bailarines y teatrístas.

Nos corresponde hacer valer el respeto a la intelectualidad, al libre pensamiento, a la sutileza constructiva y a la individualidad de perspectivas en este nuevo contexto que, sin duda, está renovando al cine.

¡Enhorabuena a estas formidables herramientas de colaboración y eticidad! ▀

MARTA ROJAS Leyenda viva

Nancy Morejón

Una periodista cuya carrera es leyenda viva en la historia de Cuba durante los dos últimos siglos. El asalto al Cuartel Moncada, un 26 de julio de 1953, fue el tema de un reportaje suyo que solo pudo ver la luz pública en 1959 cuando el Ejército Rebelde —que animaran el joven abogado Fidel Castro, su hermano Raúl, los Comandantes Camilo Cienfuegos, Juan Almeida Bosque y Ernesto Guevara de la Serna— había tomado las riendas de una Revolución aún victoriosa. Marta iba a reportar los famosos carnavales de Santiago de Cuba, su ciudad natal, junto al fotógrafo Panchito Cano. Aquellos carnavales del 53 sirvieron no solo de divertimento al pueblo santiaguero, sino también a la clarinada de una nueva época en la leyenda de la periodista del Moncada, que es como se le conoce popularmente en Cuba, se hizo realidad en la Sección En Cuba, que dirigía Enrique de la Osa, para la revista *Bohemia*, propiedad en aquel entonces de Miguel Ángel Quevedo.

Marta Rojas ha publicado páginas memorables que reconstruyeron no solo el hecho histórico del asalto en su naturaleza militar, sino —y es lo más importante— el proceso judicial que se celebrara tiempo después y donde Fidel asumiera su propia defensa mediante el alegato universalmente conocido como *La historia me absolverá*, la más tremenda denuncia, entre otras, de la dictadura militar de Fulgencio Batista y Zaldívar, precursora de las que en un futuro lejano asolarían a los países suramericanos.

El 17 de mayo pasado, Marta Rojas cumplió 80 años. Vuelvo a decir que es una periodista y, desde hace años, una escritora de acento caribeño y primaveral quien, como se sabe, sin apenas tener conciencia de ello, ha ido transitando por los avatares más enaltecedores de una vida civil y política al lado del pueblo cubano; en busca de esa independencia forjada por tantos mártires y tantos hombres y mujeres inmolados cuya memoria se fija en una llama que no cesa de arder a la entrada del cementerio de Santa Ifigenia.

Entro a la sala de su apartamento en El Vedado y antes de pronunciar palabra alguna me muestra con orgullo su nuevo jardín que son varios ramos de flores, enormes rosas blancas, al gusto del poeta honrado por la Generación del Centenario; tranquilas rosas rojas, es decir, príncipes negros, como se dice en el habla popular de la Isla. Hay dos, que son los mayores: de Raúl y Fidel. Y luego más flores y flores, y más flores como en el célebre discurso del mexicano Carlos Pellicer y un mapa labrado en cerámica que presenta la forma de su otra patria, el país de los anamitas, que se llama Vietnam. Las flores esparcen su aroma por la pequeña sala y ofrecen un ambiente de vida irreversible, llena de alegría, de luz, de longevidad. Solo lamento no tener conmigo una cámara de cualquier tipo para retratar este instante en que el presente jardín, nacido de una historia excepcional, refulge en medio de una Habana casi dormida que se despiereza bordeando el mediodía. ■

Apuntes en la mañana de un 21 de mayo, 2008.

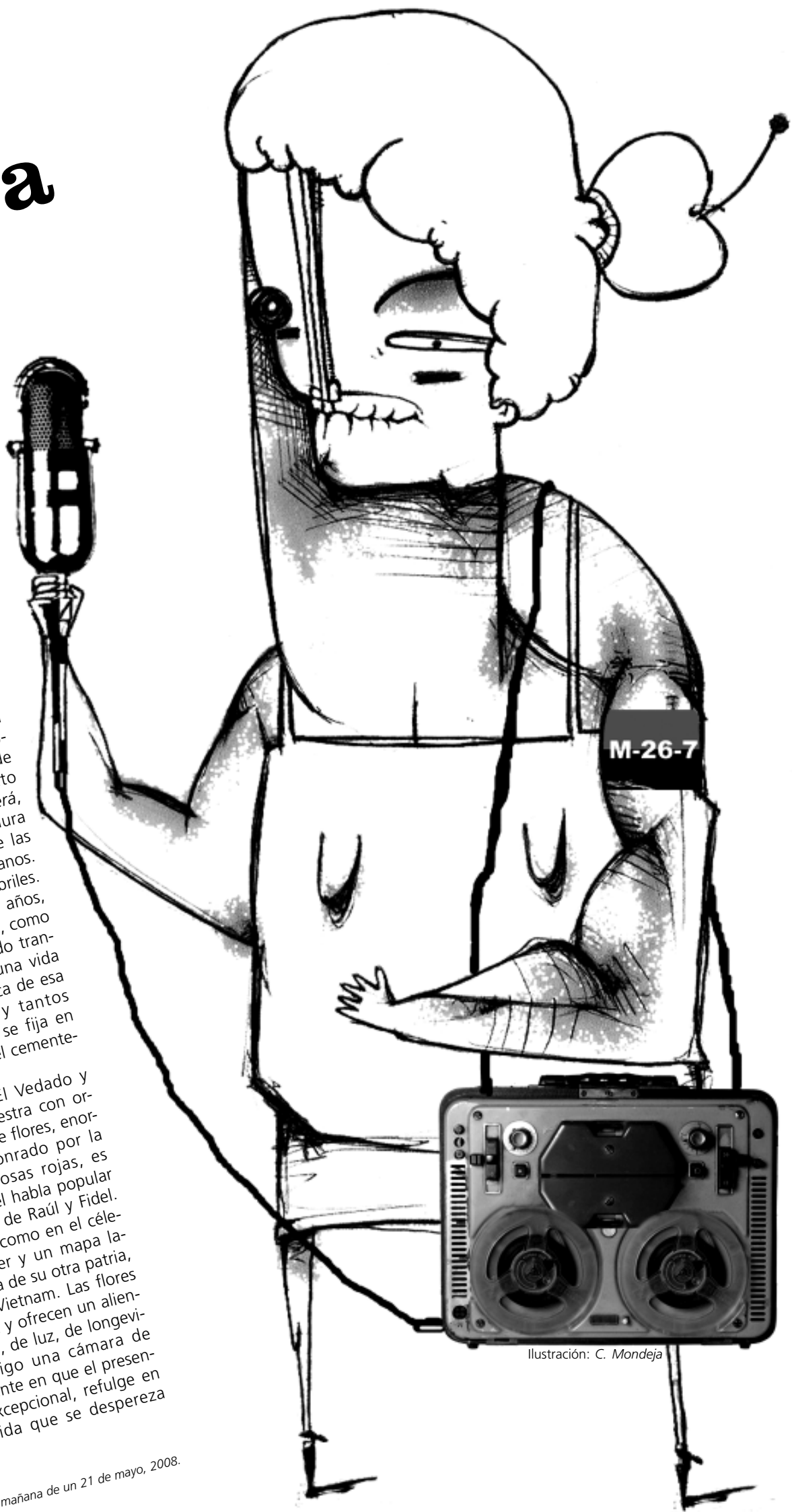


Ilustración: C. Mondeja



Foto: Kaloian

Cosas de Marta

Pedro de la Hoz

Quien observe detenidamente a Marta Rojas, se dará cuenta de su eterna sonrisa. Puede en algún momento montar en cólera, dispararse como un fusible, enardecerse, pero el secreto de su longevidad útil, pródiga y disimulada está en esa relación intensa con la vida que ha defendido a toda costa.

Si tuvo el privilegio de ser la cronista del Moncada, no fue simplemente porque coincidiera en su natal Santiago con ese histórico acontecimiento. Otros periodistas estaban allí por esos días y luego, cuando comenzó el juicio a los asaltantes liderados por Fidel, abandonaron la sala de audiencias al pensar que todo iba a ser más de lo mismo en aquella república secuestrada.

Marta había decidido disfrutar hasta último minuto los carnavales santiagueros en el Día de la Santa Ana. No podía perderse por nada la salida de las congas de Los Hoyos y el Tivolí, más si tenía el encargo de escribir los pies de grabado de un fotorreportaje de Panchito Cano sobre las fiestas. Tan apasionada y seriamente tomaba su trabajo. Esa vigilia festiva facilitó su pronta reorientación en la madrugada del 26 de julio de 1953.

En cuanto al juicio, una corriente de solidaridad y simpatía con las dos muchachas implicadas en la causa, Haydée Santamaría y Melba Hernández, y más tarde, la imantación que ejerció sobre ella Fidel, decidieron que se quedara a cubrir, por su cuenta y riesgo, el célebre proceso. Mientras otros se rendían, ella persistió. No importó que por la censura aquel reportaje tuviera que esperar al triunfo revolucionario para que viera la luz. Tenía fe y confianza en aquellos luchadores y en que la verdad y la justicia no tardarían en abrirse paso.

La prueba del espíritu irreductible y creador de Marta la hemos tenido en la última década. Ya había ganado por su formidable obra periodística y testimonial un sitio en la literatura cubana, cuando en ella se desataron los demonios de la ficción. Novela tras novela nos ha demostrado que su talento narrativo no fue un chispazo ocasional, sino una vocación tardíamente manifiesta. De *El columpio de Rey Spencer a Inglesa por un año* (Premio Alejo Carpentier) ha hecho una notable contribución a la narrativa cubana contemporánea de fondo histórico e inspirada en la revelación de las diversas y complejas fuentes que nutren nuestra identidad.

No sé si algún día nos entregue sus memorias, puesto que ahora mismo, a los 80 años de edad, da los puntos finales a otra novela, provisionalmente titulada *El viaje*, sobre la inmigración china a la Isla. Pero si lo hace tendrá que contar la anécdota que me atrevo a adelantar.

Después de la salida de Fidel de la prisión de Isla de Pinos y antes de que partiera hacia México para organizar la expedición libertaria, Marta coincidió varias veces con el líder. En una de esas ocasiones, en el pequeño apartamento donde habitaba Fidel en El Vedado, este le dijo: «Me enteré de que te dedicas a leer el futuro en la palma de la mano. Ahí tienes la mía a ver qué se te ocurre inventar». Tomó una mano de Fidel y comenzó a fabular sobre una larga vida, un camino recto no exento de dificultades y otros tópicos habituales en las lecturas quirománticas. «Ah, dijo finalmente, un día te voy a ver con la barba encanecida». Fidel espetó: «Qué cosas se te ocurren; tú sabes que me rasuro todos los días».

En 1985, al término de una de las sesiones del Primer Congreso del Partido, Fidel llamó aparte a Marta y la sorprendió diciéndole: «¿Te has fijado en mi barba? Ya tiene las primeras canas». ■

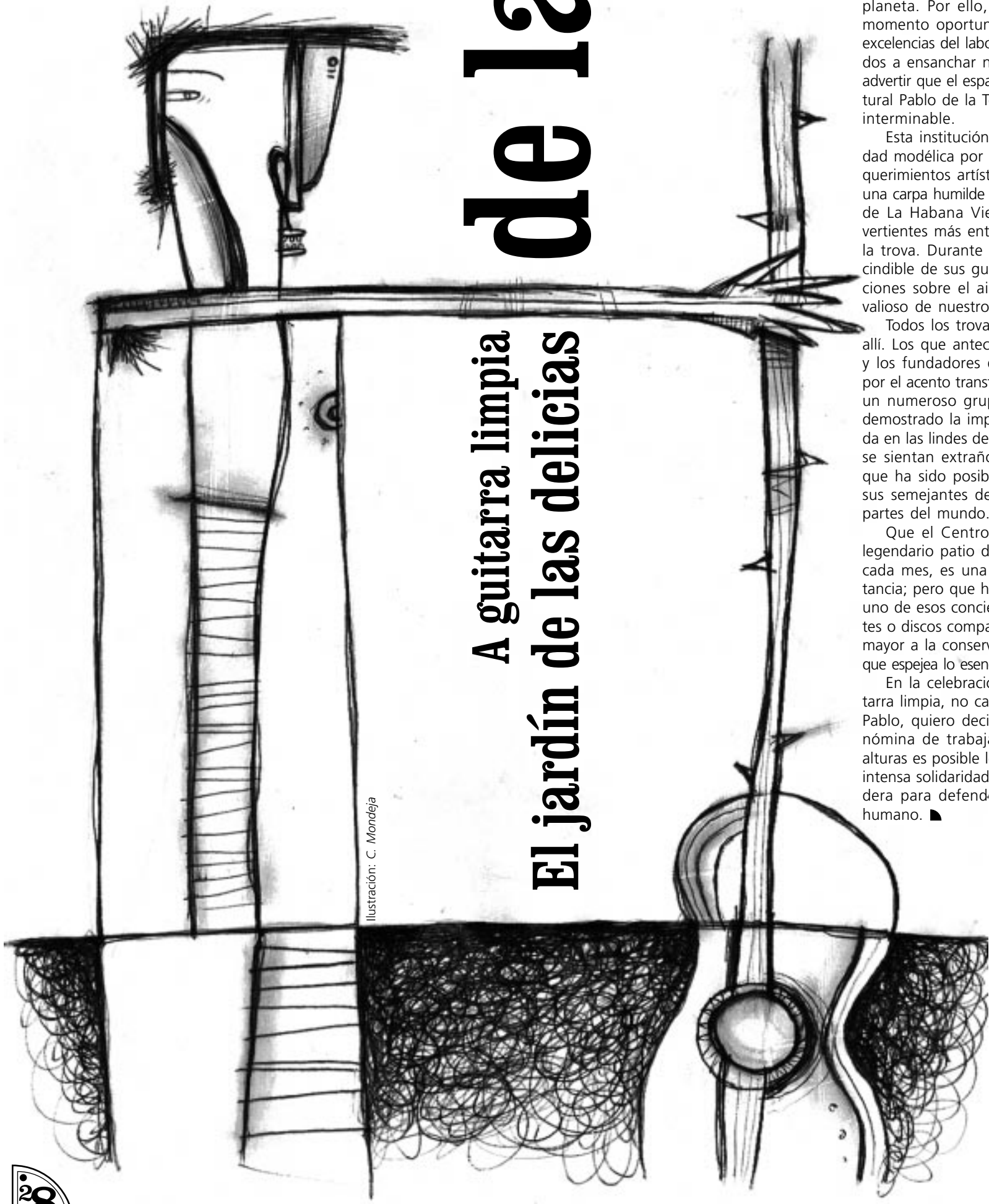


Ilustración: C. Mondeja

**A guitarra limpia
El jardín de las delicias**

de la trova



Bladimir Zamora Céspedes

Nuestro país es un enjambre de constante resonancia del ejercicio de la cultura, de la que emana y cimbra a través de los siglos de nuestro propio suelo, y también de la que nos llega de otros territorios del planeta. Por ello, no pocas veces, se nos escapa el momento oportuno del reconocimiento a verdaderas excelencias del laboreo continuo, de proyectos consagrados a ensanchar nuestro espíritu. En este sentido vale advertir que el espacio A guitarra limpia, del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, se merece un aplauso interminable.

Esta institución, que se ha convertido en una entidad modélica por su atención a los más auténticos requerimientos artísticos de Cuba, hace diez años armó una carpa humilde y poderosa en el patio de Muralla 63, de La Habana Vieja, para la defensa de una de las vertientes más entrañables de la cancionística cubana: la trova. Durante una década, con el escudo imprescindible de sus guitarras, han echado a volar sus canciones sobre el aire de la Isla, gran parte de lo más valioso de nuestros juglares, en ese suelo.

Todos los trovadores han tenido su asiento natural allí. Los que anteceden al cultivo de la canción nueva y los fundadores de esa expresión del canto signada por el acento transformador de la Revolución. Y también un numeroso grupo de quienes, sucesivamente, han demostrado la importancia de la canción comprometida en las lindes de nuestro archipiélago. Y para que no se sientan extraños los cantores del patio, cada vez que ha sido posible, han estado en A guitarra limpia sus semejantes del resto de nuestra América y otras partes del mundo.

Que el Centro Pablo brinde a un trovador su ya legendario patio de las yagrumas el último sábado de cada mes, es una acción cultural de la mayor importancia; pero que haya propiciado la grabación de cada uno de esos conciertos, y su posterior edición en cassetes o discos compactos, es ya una maravilla. Un aporte mayor a la conservación de la memoria de la canción, que espejea lo esencial de las preocupaciones del cubano.

En la celebración del décimo aniversario de A guitarra limpia, no cabe menos que dar gracias al Centro Pablo, quiero decir, gracias a su apretada y laboriosa nómina de trabajadores, por demostrar que a estas alturas es posible levantar, con sobriedad de recursos e intensa solidaridad de sus cómplices, una enorme bandera para defender las esencias de lo mejor del ser humano. ▀

Entre los artistas verdaderamente genuinos es norma que tras el paso de los años, populares temas adquieran un acento diferente sin dejar de ser los mismos. Esto es lo que ha hecho, por ejemplo, Paul McCartney en sus conciertos cuando aborda creativamente una canción de Los Beatles o los innovadores arreglos de Robert Plant y Jimmy Page a piezas de Led Zeppelin en un memorable concierto de 1994. Similar gestión para evadir la monotonía de entregarnos conocidas canciones en su estilo original, es un hecho que Silvio Rodríguez realiza regularmente en cada nuevo disco, pero para los conciertos ofrecidos por Silvio y su grupo los pasados 9 y 10 de mayo en el teatro Karl Marx, dicha intención despierta particular interés por su indiscutible frescura. Como ya es habitual, el trovador se hace acompañar de magníficos músicos que le permiten convertir cada versión en una inesperada



Guille Vilar

sorpreza. Y esto ocurre así porque nadie se percata del transcurrir de dos horas, que en realidad representan solo una parte de la abarcadora propuesta del Silvio de estos momentos al contar con las excelencias del grupo Trovarroco, con la presencia de una virtuosa de la flauta y del clarinete como Niurka González, con el inquieto percusionista Oliver Valdés y con las elogiadas voces del cuarteto femenino Sexto Sentido. En medio de una exquisita y mesurada atmósfera provocada por el alto rango artístico de la velada, el público disfruta la opción de reconocer cada obra solo desde los primeros versos en la voz de un Silvio todavía mucho más reflexivo, que lo mismo declama o lleva la canción a un *tempo* más lento; pero igualmente sugerente como ocurre con el criollo punto cubano de «Días y flores», la argentina clarinada de «La maza» o la renovada «Quién fuera».

En cada pieza abundan los pasajes donde Maykel Elizarde muestra su dominio

implica la acción de reconocernos orgullosos en la hidalguía de nuestras vivencias cotidianas en una sociedad donde valoramos a las personas por lo que representan como individuos y no por la cantidad de cosas que estas puedan tener. Enaltece apostar por este concepto de vida donde el ser humano es justamente humano, inspirado en posiciones altruistas como requisito fundamental de los principios éticos plasmados en su extensa y enriquecedora obra. Semejante proyecto de bienestar espiritual es también asumido por la multitud de jóvenes que colman el teatro como continuadores de su fidelidad a valores permanentes necesarios para el contexto de las complejas realidades de nuestro tiempo.

Se afirma que aquellos que hacen lo correcto, deben de seguir haciéndolo, y como los valores se promueven con la práctica cotidiana, Silvio después de estos conciertos a los que hemos hecho referencia, regresó de nuevo al escenario del Karl Marx, específicamente el pasado 11 de mayo, para la clausura de la etapa inicial de su gira Expedición, por 16 recintos penitenciarios de todo el país. Acompañado, además, de su grupo, por trovadores, soneros, humoristas, artistas de la plástica y escritores, Silvio ratifica su vocación por dignificar al ser humano en compatriotas que esperen otra oportunidad de la vida en una inequívoca señal de hermandad y de confianza. Si conmovedoras pueden ser las anécdotas de quienes participaron en esta singular expedición por los centros penitenciarios,

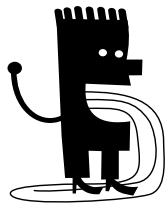
Silvio, el futuro está asegurado

sobre el tres, Niurka resplandece con emotividad y perfección en las incursiones de la flauta, mientras que las voces de Sexto Sentido dialogan con el canto del trovador. Si agradable resulta el intermedio con las versiones de Sexto Sentido de «Come Together», de Lennon y McCartney, y «No me platiques más», de Vicente Garrido, espectacular es la fusión de las estelares intérpretes con la voz del creador de «El necio». Y a propósito de dicha pieza, durante todo el concierto nos acompaña la convicción de ser partícipes de un recorrido por razones que alientan nuestras cubanas vidas durante estos 50 años de Revolución. Con alguien del consenso, del prestigio y del respeto de que es merecedor Silvio Rodríguez, figura prominente de la resistencia cultural ante la globalización de la superficialidad y la banalidad, son sus versos cargados de prédica martiana, fidelista y guevariana, los que convocan a meditar en el compromiso por una sociedad solidaria en este mundo injustamente desequilibrado. Escuchar uno tras otro, clásicos de la canción de urgencia como «La maza», «El dulce abismo», «La era está pariendo un corazón», «Días y flores», «La canción del elegido» al igual que «El necio»,

los que presenciamos en el teatro este espectáculo, fuimos fuertemente impresionados por la calidad de los artistas aficionados de esas prisiones y por el sentido patriótico de sus piezas como es el caso del declamador Julio Zamora en su vibrante poema «La expedición», así como por los raperos del Proyecto Farándula y el tema «Holguín pa'lante». El cierre del espectáculo no pudo ser más simbólico, a cargo del grupo folclórico Okán Tomí con «El necio», al ritmo de una cubanísima rumba y sus encendidas improvisaciones con todos los artistas, los profesionales y aficionados combatientes y reclusos, acompañados por una pintura de Ernesto Rancaño sobre nuestro Apóstol, proyectada en grandes pantallas, y el pabellón cubano ondeando por todo el escenario. Después de esta jornada de efervescencia del arte revolucionario aportada por Silvio y sus expedicionarios, bien pudiéramos concluir con este estribillo de la canción «Él no renunció», del septeto Revolución, auténtica muestra de la sabiduría del arte popular: «Él no renunció, él no está cansado/ él duerme tranquilo, porque el futuro está asegurado». ■

Entre los artistas que participaron en la gira Expedición se encontraban Silvio Rodríguez, la flautista Niurka González, el percusionista Oliver Valdés, Trovarroco, Sexto Sentido, los trovadores Vicente Feliú, Amaury Pérez, Augusto Blanca y Polito Ibáñez; el humorista Carlos Ruiz de la Tejera, Eliades Ochoa y su grupo Patria, Alexis Díaz-Pimienta y su grupo Pimienta.cu, el escritor Reynaldo González, Premio Nacional de Literatura, y los pintores Ernesto Rancaño, Alexis Leyva (Kcho), Roberto Fabelo, Sandor González y Vicente Hernández.

Ilustración: Polo



Narrativa



Ilustración: Polo

En el solar a nadie le hizo gracia verme aparecer con mi uniforme azul y mi nuevo aire castrense¹. Ni siquiera a mi madre, que se escandalizaba cada vez que escuchaba las palabras «delincuente» y «policía».

—Son la misma mierda —decía—, solo que a uno le dan la ropa y el otro tiene que robársela.

Avelino solo sonrió, se acomodó las trenzas largas y continuó tocando la guitarra como si ya me hubiera dedicado demasiado tiempo. Freud me estudió durante largo rato y finalmente me ladró en euskera, o en sánscrito, unas voces extrañas que intentaban sondear mi Yo más íntimo. Los Torombolo, los Costa y el resto de la pléyade solariega, se encogieron de hombros, olisquearon a mi paso como una partida de lebreles, y escupieron por donde yo pasaba. Pero todos esa noche jugaron en la bolita la combinación perfecta: «policía» y «chivato», todos menos mi madre, por supuesto. Y todos ganaron algo: el fijo o el corrido o el parlé o el candado, a pesar de que el Banco había limitado los dos números.

Ante tal avalancha de dinero, hubo gran borrachera en el solar, y todos me brindaron tragos de aguardiente Bocoy, felicitándome. Yo, ingenuo, creí que celebraban mi ingreso en el Cuerpo. Pero era sospechoso; estos negrones no son tontos (pensé), y acto seguido imaginé que se estaban burlando de mí. Luego volví a pensar que no, que se sentían más seguros con un fiana en el solar, un fiana que los conocía, que había crecido entre ellos, que los cuidaría incluso.

Pero mentira; al contrario. Todos pensaban que lo del uniforme era mi forma de vengar el robo, que me había metido a policía no solo para atrapar a los que me robaron, sino para joder el bisne en el solar, la venta de maría, los juegos venales (bule, trío y par, dominó, siló, cubilete y bolita), además de la venta de carne clandestina... O peor: que ya era fiana desde mucho antes, un chivato de la policía al que habían, finalmente, reclutado. Sus muecas de comisura izquierda recogida hacia un lado, significaban que ahora sí estaba deschavado por completo; sus escupitajos interdentes, filiformes, significaban que lo sabían todo sobre mí, que me tenían cogido por los huevos; sus carcajadas estruendosas simbolizaban un desafío a mi paso de «chivatiente» a combatiente. En este punto de la borrachera, las disquisiciones se tornaron brumosas. Estaban tan desconcertados que no sabían si golpearme o si hacer las paces conmigo, si pedirme perdón o si pedirme cuentas. Y optaron por brindarme ron. Mucho ron. Y yo bebí, no le hice caso a Freud que me gruñía sin salir del cuarto, bebí y brindé con ellos.

—¡Por Rofe!

—¡Por don Romualdo!

—¡Por el mejor fiana del solar de Los Sitios!

Se reían con desparpajo etílico.

Guardé distancia.

Mi madre vociferó no sé qué cosa sobre unos libros y aproveché para marcharme.

SALVADOR Golomón

Alexis Díaz-Pimienta

Freud había tirado de la punta del mantel y había arrojado sobre el suelo *La sexta isla*, *El halcón maltés* y el *Diccionario Etimológico*, de Sandobal de la Maza. Avelino escuchaba música con sus auriculares, sin poder evitar cierta cara de burla.

—Eh, ¿qué pasa? —indagué, pero mi madre ni se dio la vuelta, Avelino continuó ensimismado y Freud se echó bajo la mesa, sobre el saco, y comenzó a mirarme con su gesto freudiano de las seis de la tarde.

Me quité el uniforme y lo doblé sobre una silla, colocándole encima el resto de las cosas: el portaespray, el portaesposas, las esposas, el sambrán, la estuchera, la tonfa, el talip y la pistola Makarov². Orden del primer día, supongo. Y me vestí de civil en jornada de descanso: viejas bermudas de mezcilla, desflecadas en los bajos, viejas chancletas playeras con el belcro gastado, sin camisa.

Fue entonces cuando mi madre tuvo conmigo la conversación más larga que ha tenido en su vida. Todo su peso de madre preocupada sobre una endeble silla de aluminio.

—Lo que me faltaba —dijo—. Ya no me basta con tener dos vagos en la casa, uno lleno de libros y el otro de instrumentos.

Hablaba con una calma, y en un tono, que preferí no interrumpirla; hablaba tan segura, tan enfadada, tan madre herida...

—¿Policía? ¿Tú sabes lo que es ser policía en este barrio?³

Mamá hacía pausas leves, para que yo dijera algo, pero yo estaba en postura freudiana también, y la que estaba en el diván era ella.

—Estoy hasta aquí —se tocó el pelo—. Dejaste de trabajar porque te dio la gana; empezaste lo del pan y lo dejaste, porque te dio la gana, y al menos con el carro resolvíamos algo; te robaron en el cuarto porque te dio la gana, yo te lo había advertido un montón de veces

no dividas la casa, Rofe, asegura la ventana, Rofe, no dejes tu parte sola, Rofe...

lo más jodido es que tenía razón. Aburrirse de trabajar como lsesor literario, abandonar un puesto de programador musical en la empresa artística de mi hermano⁴, y renunciar en dos semanas a una contrata como profesor de Español en una Secundaria Básica⁵, tenía para ella una fría traducción: ciento y pico de pesos menos al mes; dejar de repartir el pan, tenía otra: 20 panes menos por semana. Y la división del cuarto había sido solo idea mía: no soportaba más a Avelino con su música ni a mamá con sus achaques; no podía escribir ni leer ni pensar en nada; además, Avelino y Freud no podían ni olerse; Freud era demasiado decimonónico para aguantar a un rastafari como mi hermano, hundido todo el tiempo en su filosofía y su música, en su particular silencio; así que lo propuse un día, como al desgano, y al otro día lo ejecuté, yo solo, a pesar de que mamá se opuso. Nuestro cuarto en el solar es uno de los más grandes, con dos entradas, lo que me permitía separarme sin hacer demasiadas modificaciones. Tapié la puerta que comunicaba el comedor con la sala, la cerré con varias tablas de caoba que habían pertenecido a un viejo chiforróber, y me independicé, me privé de la presencia bonachona de mamá, pero a la vez me puse a salvo de la presencia exasperante de Avelino. Me bastaban mi cama personal, una mesa para la computadora y los papeles —seguiría comiendo con el plato en la mano, como siempre—, otra mesita redonda, dos sillas y un librero. Eso era todo. Y las cajas de libros y revistas en el suelo, tras la puerta y debajo de la cama. Lo único malo era que en mi parte estaba el baño, y en la de ellos la cocina, así que nuestro divorcio no era total, nos nucleábamos cada día en los horarios de comida y aseo.

Mamá seguía imperturbable, más parecida a Avelino que nunca, enumerando mis cabezonadas.

—Y ahora, ¿qué? ¿Vas a arreglar el mundo? ¿Vas a coger tú solo a los ladrones? Esto no es una novela de esas que tú escribes, Rofito. Yo ya estoy vieja y quiero morirme en paz, mijo.

Mamá siempre parecía que iba a llorar, pero nunca lloraba. Yo no recuerdo haberla visto llorar nunca. Ni siquiera cuando papá se fue, que Avelino no se acuerda, pero yo sí, clarito, como si hubiera sido ayer, papá saliendo de la casa con la camisa abierta, el tabaco en la boca, una jaba llena de ropas y una gorra ladeada:

—Me voy, y no me busques.

Yo, parado en el pasillo aéreo del solar, vi a mamá salir corriendo tras papá, hasta la puerta del solar, hasta el camión, y allí quedarse quieta, inmóvil, mirando a otra mujer que estaba en la cabina.

—Que no me busques, Fela —dijo un portazo, puso el camión en marcha y sacó la cabeza por la ventanilla—. Cuida a los fiñes, Fela, cuida a los chamacos.

Y comenzó a llorar. Papá lloró por ambos. Me lo contó la vieja Luisa Torombolo, que estaba sobre la acera y lo

vio todo de cerca. Papá arrancó el camión llorando y no paró hasta Buey Arriba, en Granma, de donde era la mujer aquella, madre de tres hermanas a las que todavía Avelino y yo no conocemos. Papá lloró y mamá le dio la espalda, al camión y a su recuerdo de marido y de padre; volvió a casa con un silencio duro, seco, el rostro detenido para siempre en esa expresión fría con la que ahora me estaba amonestando.

—Mamá, estate tranquila, yo solo soy el mecanógrafo de la Estación... el escritor, vaya —simplifiqué el problema. —¡El escritor, el escritor! ¡Pero, hijo!

Se levantó, me dio la espalda y solo volvió a hablarme hora y media más tarde, para decirme que ya estaba la sopa.

Así eran nuestras vidas. Así han sido. Mamá y yo convivimos en una especie de diálogo inconexo hasta que uno de los dos le da la espalda al otro. Y Avelino y mamá viven en una especie de relación conventual, silenciosa, en la que ni se estorban ni se benefician. Ella vive ensimismada entre la radio, la televisión y la cocina; y él embutido dentro de una gran cápsula de pentagramas y humo. Apenas se hablan. Apenas se han hablado nunca, ni siquiera cuando vivíamos revueltos los tres en el mismo espacio, lo que nos obligaba, más que ahora, a tropezar cada dos minutos. Avelino solo habla con su grabadora, con sus pósteres de Bob Marley y con sus amigos rastas, siete u ocho muchachos que arrastran, como él, grandes melenas y guitarras noctámbulas. En el solar lo tienen por enfermo. El Músico, le dicen. Y a mí, El Escritor. Somos, para toda la negrú del barrio, Los Intelectualitos, mentes unidas por la sangre, pero opuestas e irreconciliables en los demás aspectos de la vida. No comprenden que en el fondo nos amamos, nos complementamos incluso, que él se lee mis manuscritos y yo acepto su virtuosismo musical, que él admira mi erudición y yo elogio y envidio su raro donjuanismo, que estamos más cerca de lo que aparentamos. Para alguien de la calle, para mamá inclusive, Avelino y yo somos dos extraños, miembros de dos sectas rivales y enfrentadas: yo derecho y el zurdo; yo alto y el bajito; yo con mis libros y él con sus instrumentos musicales; yo con mi cabeza rapada y él con sus largas trenzas duras; yo con mi alcohol y él con su marihuana; yo *cuasi* comunista, admirador del Che y del Fifo, y él *cuasi* disidente, detractor del soviétismo y de la libreta de abastecimientos; yo con mi cuerpo de gladiador, y él con su escualidez y desaliño; yo con mi extroversión y él con su estilo taciturno; yo hincha de los Metros y él furibundo industrialista; yo con mi loco afán de que ningún editor descubra mis aptitudes literarias, y él con su anhelo de que un turista se apasione con su música, lo saque del «sopeo» y se lo lleve a dar conciertos en los grandes teatros de lejanos países. De este modo, mi hermano y yo sobrevivimos, equilibramos nuestro baremo familiar sopesando los pesos y los granos de frijoles negros, de tal modo que nuestra economía y nuestro estado de ánimo están indisolublemente unidos, siameses que no admiten solución quirúrgica, raro cachumbambé que baja o sube según sea el olor de lo que esté cociéndose, y cuyo punto de apoyo y equilibrio es el estoicismo de mamá, su heroísmo doméstico. Pero para la gente del solar esto no existe. Para ellos somos, simplemente, los hijos de Fela, Los Intelectualitos del solar. A mí esto me da gracia, pero a Avelino no, al contrario, le molesta. Avelino no se cree intelectual, se cree distinto, superior, escogido, qué sé yo. Nunca lo he comprendido. Nunca he entendido cómo se puede pasar el día entero sin emitir más que monosílabos, respuestas rápidas y prefabricadas, gestos vacíos, y escuchando reggae, fumando marihuana, acomodándose las trenzas de su *dreadlocks*. Avelino solo genera música. Y aturde. A mamá no; mamá tiene su propio código para comprenderlo. Según qué esté tocando, o qué esté oyendo (The Wailers o Carlos Varela, Beethoven o Gerardo Alfonso), intuye su estado de ánimo, el tipo de comida que le apetece, si está de buen o mal humor, o si está enamorado, como casi siempre. Porque eso sí, lo que es ligar, mi hermano liga más que yo, y mejores. Nunca he entendido qué les dice, cómo hace para conquistarlas; pero en lo que yo me leo un libro, él se lee tres vientres femeninos; en lo que yo intento leerle la mano a una muchacha conquistable, él ya se sabe de memoria la espalda de tres nuevas víctimas. Supongo que es el morbo. Los rastafaris tienen mucho morbo. Las mujeres caen a su alrededor como moscas golosas atraídas por la música, el canto, las trenzas, el silencio mismo. Avelino, la verdad, es todo un personaje. Un día voy a escribir un cuento sobre él, o una novela: El Casanova afásico, o algo por el estilo. Le gustará. Seguro. Lo único positivo de nuestra relación es que a Avelino le gusta mi escritura, es mi primer lector, y

además, crítico. Enciende uno de sus pitillos pestilentes y se apoltrona sobre el sofá a devorar mis manuscritos mientras yo salgo con el pequeño Freud para no verlo. Lo de la marihuana nos aleja. No es pacatería, no es tabú ni un carajo, como él piensa, es la peste; yo no resisto ni el olor a cigarro, el humo me enferma, me da náuseas. Avelino se pasa la vida buscando a Jah entre nubes de cannabis, achinado, contemplativo y hedonista, en una especie de recogimiento irresponsable que sobrevive a todas mis protestas y a la mirada torva de mamá.

Avelino se inició en Ras Tafari, rey etíope, emperador feudal devenido deidad afroamericana, en el mismo momento en que el resto de los negros de La Habana nos iniciábamos en Michael Jordan, todos rapados o con el *machimbraum*, ahorradores de peines y lindano (tan necesario contra la escabiosis y demás rasquiñas tropicales). Hasta los rubios del equipo Industriales estaban pelados al rape cuando Avelino comenzó a dejarse aquellas trenzas largas, y puso a mamá a tejerle extraños tams con los colores de la bandera etíope. A partir de entonces, se introdujo más que nunca en un mutismo y hedonismo cannábicos que lo alejaron para siempre de todos los habitantes del solar, del barrio, del país, del mundo. Se pasaba largas horas adorando su guitarra, sus bongoes, su bajo, su violín, o fumando maría y oyendo discos de Bob Marley y Gregory Isaacs. Largas horas en búsqueda de Jah, con espasmódicos gestos de calipso y soul, sin hacer caso de los esfuerzos desesperados de mamá para que se bañara, grotescos ademanes de *rhythm and blues*, o para que comiera, danza martiniqueña con el plato en la mano.

Pero no. Avelino solo salía del letargo si llegaba a la puerta alguna de sus novias, una de esas preciosas niñas que siempre lo persiguen. Porque mi hermano, debo decirlo, tiene novias escandalosamente hermosas, blanquitas lindas que ponen caras navokovianas en cuanto llegan al solar; negritas lindas que estudian en el ISA y tocan piano o chelo o violín o son mezzosopranos en coros importantes; novias para becase entre sus piernas. Pero mi hermano es piolo, no puede evitarlo; todo su rastafarismo se va a la mierda, y Marcus Garvey se va al carajo, y los contornos de África se desvanecen en cuanto ve una rubia de piel sedosa y curvas finas al alcance de su mano; se alborota, convulsiona, él quiere ser el Sammy Davis Junior de Los Sitios, pasearse con una rubia despampanante por todo Centro Habana, escandalizar a los racistas solapados, segregacionistas acogidos a la amnistía oficialista del antirracismo *que se jodan, ese culito blanco es mío, mío, mío* untándose las trenzas del terror con su humedad bermeja, lo blanco y lo azabache, lo diurno y lo nocturno, que lo perdona Jah, que lo excomulguen los marihuaneros, pero él con versos y canciones, con melosos discursos ensaya cada tarde la conquista de la chica de los cabellos de oro, sin importarle para nada mi discurso sobre febrilidad y mestizaje

Ochún, mi hermano, una negra caliente es como un pito de cannabis encendido en el culo

Nada, para él no. Él también es un racista irreductible, con un flagelo fálico

el vergador solitario (y se ríe)

él también tiene indulto social porque nació negrito, y las pocas veces que se ríe a carcajadas lo hace para aprobar el chiste preferido de Guillermo Torombolo, aforismo racista que algunos negros repiten como si fuera inocuo

es mejor ir al entierro de una blanca que a los quince de una negra, asere

y Avelino se ríe con estrépito, para después templarse a la primera blanca que se muera de amor por sus trenzas hirsutas, y aunque él no lo entiende así, seguramente lo hace para vengar a las negritas quinceañeras del barrio.

Avelino adapta su rastafarismo a ciertos códigos eróticos que son irrenunciables en un muchacho de su edad, criado en época de libertades públicas y discursos pelvianos, nacido en Cuba, el paraíso de los mestizajes, tierra de culto al ajíaco en todas sus versiones, la enagua indígena mezclada con el tambor batá y ambos imbricados con la boina gallega. Mi hermano no quiere regresar a África como Marcus Garvey ni que los blancos le sirvan como esclavos; solo quiere templarse a sus hijitas aprovechando el Babilonia comunista, llenarlas de ganja y atravesarlas con aquella su verga tatuada con franjas rojas, amarillas y verdes, que, combinadas con los espacios negros de su propia piel, constituyen su tam particular, una bandera etíope para invadir bahías blancas a cilindrazo limpio. Mi hermano no es vegetariano ni renuncia al cerdo. Todo su culto se reduce a un modo de vestir, a un hedonismo descarado y fácil, a sesiones más o menos tediosas de reggae, y al culto a Natty Dread, a Rastaman Vibration, ajeno a que el

pequeño Freud esté tratando de dormir, a que yo esté intentando leerme a Umberto Eco, o a que mamá esté preguntando qué peste es esa que hay dentro del cuarto.

Mamá nunca ha descubierto qué es ese olor extraño y fuerte. Como el solar por cada esquina huele parecido, tiene la misma sensación de los que viven cerca de una cebería, o de un central azucarero: la pestilencia insoponible de los cueros curtiéndose, o la aromática dulzura del melao y la cachaza se convierten en un efluvio familiar, hasta tal punto, que para ellos lo curioso es que existan también otros olores. Mamá ignora que cuando mi hermano está imitando el dub, el toasting o el ragga, con los ojos rojizos y los pies girando con movimientos lentos, es porque está lleno de humo, en paz, ido del mundo. Y a mí, en verdad, me importa poco. Fue lo primero que pensé cuando soborné al Jefe de Estación, cuando me estaba probando el uniforme

Avelino no existe, está con Jah, si hasta ahora no lo he visto, no tengo por qué verlo a partir de ahora

así que, sin hablar, sin ponernos de acuerdo, el Intelectualito rastafari siguió con su cannabis, sus violines, sus guitarras, su «sopeo» por los restaurantes de La Habana Vieja, sus novias lindas y su cacería de la rubia perfecta, mientras yo, el Intelectualito escritor, comenzaba mi vida de escribanía policial y latrocinio narrativo. Sin estorbarlos, como siempre. ■

1. Aquí hubiera sido bueno que detallaras todo el trámite que tuve que hacer para trabajar como policía. De lo contrario, parecerá que esto se consigue fácilmente, o, peor aún, resultará inverosímil. Por regla general, para ser Oficial de Carpeta de la PNR hay que estudiar durante 11 meses en la Academia Superior del MININT. Así empieza un proceso largo, con su respectivo seguimiento, que culmina en el Registro Operativo. En mi caso, lo que logró el Capitán Miguel Ángel gracias al «soborno estético», fue que, amparándose en mi título de mecanografía, y con el pretexto de que ocuparía solo la plaza de Oficial de Carpeta, no pasara por dicha Academia, sino que, con el título de mecanógrafo, tres fotos, mi autobiografía, mi certificado de nivel escolar y los obligatorios trámites del examen psicométrico y la entrevista con el psicólogo, me hiciera dueño de la plaza.

2. En realidad, no me dieron ni pistola ni tonfa ni talip. Esta es, entonces, una «licencia» que te has tomado, supongo que para darle «consistencia al personaje», pero creo que no hacía falta.

3. Meterme a policía, exactamente a Oficial de Carpeta en la Estación de Castillejo, tuvo para mí, desde el principio, un precio altísimo. Hubo incluso un hecho que casi me cuesta la vida, una bronca que no sé por qué no cuentas, a pesar de que le daría verdaderos tintes policiales a la obra. Todo ocurrió casi un mes antes de conocer a Daniela Ferratti. Debiste contarla, así más o menos (respetando tu estilo):

«Estaba releendo el libreto de la obra de teatro de Cremata, todavía con las botas y el pantalón del uniforme puestos, cuando tocaron a la puerta. Grité «¡ya vaaa!»

«pero volvieron a tocar con mayor fuerza. Volví a gritar

«¡ya vaaa!»

«me apuré un poco, abrí, y al abrir recibí un puñetazo en pleno rostro, y luego otro en el pecho, hasta que por fin pude lanzar un golpe y hacer blanco en el ojo izquierdo de aquel negro flaquísimo, el de los índices largos y bicolors que tecleaban, meses atrás, en una vieja Remington. Me dio otro puñetazo y una patada en la cadera, pero logré tirarlo sobre la mesa y darle duro, duro, en los testículos, mientras Freud le mordía los tobillos, y tomé una botella de ron vacía para rajarle la cabeza, pero ya era tarde, él había sacado el revólver y uno de sus índices largos y bicolors había empujado el gatillo. El plomo rozó mi cuello e hizo pedazos un cuadro con diploma. E iba a disparar de nuevo cuando, por suerte, apareció, apareció, pistola en mano, Miguel Ángel Eastwood Nolte Villazón, pateó la puerta, y gritó, a lo Día y Noche con música de Morricone

«¡suéltala, Ricardo!»

«Solo entonces supe el nombre del oficial que más me odiaba en la Estación de Castillejo, quien quería mi muerte, porque yo, Romualdo Írsula, El Intelectualito, le había jodido su cómodo trabajo, ocho horitas sentado en la Estación, escribiendo denuncias, ganando un salario por mover solo dos dedos «¡hijo de puta!»

«me gritó, levantando las manos y soltando el revólver. Pero mientras Miguel Ángel lo esposaba, pateó a Freud, y yo le di un piñazo, uno solo, con toda mi fuerza salvador-golomónica, sobre el labio inferior. Media hora después, cuando Miguel Ángel logró sosegarlo, aún le quedaba sangre seca en la barbilla.»

4. Sabes bien que era la Empresa Artística «Antonio María Romeu», sita en Galiano, entre Zanja y San José, también en Centro Habana. Escamotear este dato, sabiendo todo el mundo que esta es la misma Empresa en la que has trabajado durante años como repentista, es, por lo menos, «sospechoso»; parece un ingenuo ardid narrativo. La verdad es que el trabajo en dicha Empresa se me volvió un calvario, porque yo, que detesto el repentismo, lo sabes, me pasaba el día lidiando con repentistas, laudistas, tonadistas y treseros, programándolos, sufriendo sus megalomanías y sus impertinencias. El poco tiempo que duré como programador, lo soporté porque frente a la Empresa está la librería Luis Rogelio Noguera y, más que trabajar, me pasaba el día leyendo libros en sus estanterías.

5. Era la Escuela Secundaria Romualdo de la Cuesta, que está a mediación de la calle Estévez. En este trabajo me encantaron dos cosas: la tétrica fachada de la escuela, hecha con mármoles de un verde casi negro, y ser tocayo del héroe que le daba nombre. Solo eso.

Esta novela fue finalista del Premio Ateneo de Sevilla, 2004; ganador del Premio Luis Berenguer, 2004, y finalista del Premio Rómulo Gallegos, 2007. Fue publicada por la Editorial Algaida, Sevilla, 2005.

4 siglos DE Literatura CUBANA

